

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



FILOSOFIA
Y LETRAS

MARIANO JOSE DE LARRA
Y EL ROMANTICISMO ESPAÑOL

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
MAESTRA EN LETRAS ESPAÑOLAS, PRESENTA:
MARIA LUISA SAENZ DE LA CALZADA

MEXICO, D. F.

1963.

M 122885



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A MIS PADRES.



A MIS MAESTROS.

31035~

CAPITULO I.—El romanticismo en España.—Mariano José de Larra. Su tiempo (Situación histórica y literaria).—Su vida.

Toda historia de la literatura puede decirse que es una sucesión de épocas clásicas y románticas, es decir, a una época de equilibrio ha de seguir una de libertad, el nombre que reciba puede ser uno cualquiera, pero la idea será la misma. Estudiadas estas épocas en el transcurso del tiempo, comprobamos que tienen entre sí numerosos puntos de contacto; por tanto, en España, no será raro que el bárroco y el romanticismo tengan notas semejantes: (libertad, soledad, patriotismo, etc.), y que lo que se despreció en el siglo XVIII, vuelva a valorarse en el XIX.

Claro está, que en materia histórica, trátase de lo que se trate, no pueden hacerse cortes tajantes, ni pueden citarse fechas determinadas, es decir, toda época tiene sus antecedentes, y después, su lastre, así dentro de la literatura aunque se reconozca la diferencia entre una época clásica y una romántica, no se puede dejar de reconocer, del mismo modo, que los finales de la una, marcan ya lo que ha de ser la otra, y luego, durante la siguiente, se percibirán rastros de la precedente, pues casi todos los autores de una época empiezan siendo fervorosos admiradores de la que antecede, aunque luego la rechacen. Así en el romanticismo comprobamos que muchos de sus autores, Larra entre ellos, empiezan admirando a los clásicos, o perteneciendo a instituciones de ese tipo, como Espronceda, para después oponerse a ellas, o cuando menos, terminar por reconocer, que aunque esas formas tengan valor "la tendencia del siglo es otra"

Todo esto es lógico, ya que las cosas no pueden acabar de buenas a primeras, y además, dentro del arte, lo que tiene un verdadero valor, lo tendrá siempre, lo único que cambiará será la forma de estimarlo.

Independientemente de cuáles sean los antecedentes del romanticismo y cuáles sus influencias, es necesario conocer sus propósitos ideales y más que éstos, que en sí no presentan ninguna novedad, la manera de tratarlos, que sí la tiene.

De éstos, el más importante, siendo el sentimentalismo la nota privativa, es el amoroso, el cual ha de darle al romántico las más grandes decepciones, pues haciendo del objeto amado un reflejo de su espíritu, un ser ideal, que al mostrar su naturaleza real, ocasionará en el alma del romántico la mayor desesperación, y es que casi todos ellos, más que amar a la persona, aman en ella a un ente ideal, esto es, están enamorados del amor, o sea, buscan en la persona objeto de su amor algo que no puede darles, y esto traerá como consecuencia, la desesperación.

En el caso de Larra, sucede lo mismo, ya que no se conformará con el amor vulgar y corriente, sino que buscará un amor, si no ideal, sí imposible, ya que aunque logra cifrar su aspiración ideal en un ser determinado, ello, moralmente será imposible, por tanto, no será motivo de felicidad, sino, por el contrario, de continuos sobresaltos y amarguras.

"El poeta romántico hace circular el mundo alrededor de su yo, única medida y única norma" (1). Larra, sin ser realmente poeta, en cuanto esta significación sirva para los que escriben en verso, o hacen de su obra algo personal, es en cierta manera poeta, ya que aún escribiendo acerca de cosas, casi siempre objetivas, no deja de ser nunca, en su apreciación, subjetivo, haciendo que sea su ego quien valore todos los asuntos.

Siguiendo la enumeración de las aspiraciones ideales del romanticismo, puede decirse, citando a Díaz Plaja, que "el romántico proyecta sobre su alrededor lo mejor de su espíritu. A esto se le puede llamar, posiblemente, idealismo romántico. El artista sueña sus formas sin trabas ni restricciones, a esto suele llamarse libertad romántico" (2); ahora bien, hay que tomar en cuenta que esto es tan sólo una parte del propósito ideal romántico, otra igual de importante es la actitud decepcionada, la cual será consecuencia del choque que se produce entre el mundo soñado y el real. Al sentir esa desilusión, el romántico, va a tomar por solución, la evasión hacia la soledad o, el extremo ya desesperado, el suicidio.

Otro tópico del romanticismo es el afán de gloria de sus autores, afán que se traduce en querer salir de la mediocridad y de la vida vulgar y corriente. En Larra, veremos, como esto será uno de los motivos de su suicidio, ya que el rápido logro y pérdida de la gloria, en todos sus aspectos, le harán ver que sólo le queda por vivir una realidad vulgar, sin gloria y en la cual no será motivo de interés general su persona, todo esto ayudado por otra nota característica de esta generación, su constante descontento con todo lo que les rodea, esto es, su "insatisfacción"

Los periodistas en esta época, siguiendo este mismo afán de gloria, empiezan a firmar sus artículos, cosa que no había sucedido en el siglo XVIII. Aunque la mayor parte de las veces usan de seudónimos, no lo hacen para ocultarse tras ellos. Así, Larra nunca oculta su personalidad de Figaro, por el contrario es la que le hubiera gustado vivir, aunque nunca llegue a estar satisfecho, ni de su gloria, ni de la de Figaro.

Veamos, también, como ejemplo de ese afán, lo que sucede con Larra y Zorrilla; la muerte del uno ha de dar comienzo a la gloria del otro. Zorrilla no puede ya sentir la pena del amigo muerto, porque está empezando a sentir la alegría de la gloria: "En esto ví que metían en el nicho el ataúd de Larra. El creador de páginas inmortales se iba para siempre, la puerta negra se cerraba tras él. No era más que un nombre. No lejos de allí, Zorrilla, pálido de la emoción y del frío, temblaba recibiendo plácemes: era un hombre nuevo que allí había salido de la tierra, a punto de que el pobre cuerpo del otro entraba" (3)

Y cosa curiosa, sucede con Zorrilla, algo que, ¡quién sabe por qué casualidad del destino!, había comentado Larra en el artículo "Del cementerio a la fonda"

(1) Díaz Plaja G.—**Introducción al estudio del Romanticismo Español**. Pág. 82.

(2) Díaz Plaja G.—**Op. cit.** Pág. 85.

(3) Pérez Galdós B.—**Obras Completas**. Pág. 900.

Por lo que a la prosa se refiere, durante el romanticismo, el autor va a tratar de hacer pequeños cuadros, es decir, captar determinados momentos de una situación. En esta acepción de la prosa, pueden colocarse los artículos de costumbres de Larra.

Ahora bien, cuando en estas descripciones se trata de reflejar el paisaje, éste no va a ser ordenado y sistemático como en el neoclásico, sino por el contrario, libre y natural. Además, escogerá también, ciertos paisajes, ya que ellos serán reflejo de su estado de ánimo. Esto hará que sean preferentemente misteriosos, tristes y melancólicos. Uno de los paisajes preferidos, será así, el de las ruinas, ya que ellas representan "el predominio de lo natural sobre lo artificial, el triunfo de la naturaleza sobre el esfuerzo meditado de la inteligencia". (4)

Al lado de esto, no hay que olvidar el tema sepulcral que llegó a España por intercesión de Young, aunque había ya en España antecedentes en la obra de Cadalso.

Dentro de la novela, uno de los temas preferidos, será el medieval caballeresco, pues los asuntos de tipo sentimental se adaptarán muy bien a su sensibilidad y se prestarán a las más alocadas interpretaciones.

Si Larra, en otros aspectos de su obra, no llega a ser realmente un romántico, porque siempre dentro de su estilística, tiran de él sus estudios, clásicos, en la novela, es en donde verdaderamente se une en todos aspectos a las aspiraciones y formas del romanticismo.

Las ideas de la revolución francesa germinarán muy pronto en toda Europa, creando en todas las mentes las ideas de libertad y progreso; ello no obstante, España, como casi siempre a lo largo de su historia, ya por motivos políticos o religiosos, ya por ambos reunidos, cierra sus puertas a estas nuevas ideas. Así, son pocos los brotes de liberalismo, orginales en sí, que en España encontramos, éstos empezarán a germinar más bien entre los expatriados, que fuera de su país van "poniéndose al día" y, cayendo en la cuenta de los errores de España, y siempre que puedan van a transmitir, ellos mismos o por intermediarios, esas nuevas fórmulas a sus compañeros de la Península.

Casi el único, podría decirse, que en esta época, dentro de España, se atreve a escribir acerca del tema de la libertad, es Larra, quien nos dice que para que España esté a la altura de los demás países europeos, es necesaria: "libertad en la literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia" (5) Con todo, el genio de Larra se da cuenta de que esto no es posible, que España está demasiado cerrada dentro de sí misma, y así, más adelante tendrá que reconocer que "escribir en España es llorar" Como veremos al hacer el estudio de sus artículos, todo esto ocasionará en él un choque demasiado fuerte, que le hará huir de la realidad, pero ahí quedan sus escritos que alentarán a generaciones posteriores hacia las mismas aspiraciones ideales, las cuales, tal vez, por seguir siendo demasiado románticas, tampoco llegarán a feliz término.

(4) Díaz Plaia G.—*Op. cit.* Pág. 112.

(5) Larra Mariano José.—*Obras Completas.* Pág. 328.

Situación Histórica.—España en el siglo XIX.

Desde sus comienzos, se presentó este siglo lleno de dificultades y desórdenes que en el transcurso de todo él se irán acrecentando y provocarán en España una serie de luchas sangrientas e inútiles, a lo cual ha de contribuir la poca eficacia de monarquías y gobiernos que durante toda esta época se hicieron cargo de las riendas de ella.

Desde el reinado de Carlos IV, rey inepto, empezarán las dificultades, la lucha contra el invasor francés. Napoleón mandó a España ejércitos bien organizados que se enfrentaron a los ejércitos españoles mal organizados, mandados y alimentados, y en España, en vez de unirse todos en contra del invasor, empiezan a formarse partidos políticos, rivales entre ellos, que en vez de beneficiar a los ejércitos, han de perjudicarlos.

La guerra no fue, en verdad, corta. Así, en 1812 las luchas siguen en su apogeo, las cosas van de mal en peor; Madrid empieza a padecer hambres, y no sólo son los pobres los que no tienen que llevarse a la boca, sino que aún para los ricos las cosas empiezan a estar difíciles. La ciudad, hasta entonces alegre y bulliciosa, ha dejado de serlo. El francés no le permite a sus habitantes ni el inocente entretenimiento de las conversaciones, desde luego con el justificado miedo a las intrigas, las cuales, por cierto, ni aun usando de estos medios, pueden impedir.

Aparte esto tenían que padecer los españoles, y en especial, los madrileños, el horror de los tribunales, dirigidos por franceses o afrancesados, lo cual era peor, pues no perdonaban el menor asomo de liberalismo, y ello costó muchas vidas y dio ocasión a que se cometieran miles de crímenes que quedaron impunes.

Además de esto, aunque España había empezado a emanciparse de sus antiguos prejuicios y mojigaterías, dando entrada a las nuevas ideas, no había llegado todavía al nivel de Francia, y entonces las costumbres de los invasores, aunque para muchos eran bien aceptadas, no dejaban de escandalizar a otros, que aparte de tacharlos de malvados, lo hacían, también, de libertinos.

No obstante todo esto, la figura del rey intruso no fue tan odiada como se supone, era José Bonaparte, una persona de poca inteligencia, pero que trató de congratularse con los españoles y probablemente lo hubiera logrado a no ser por las circunstancias, esto es, no fue odiado por él mismo, sino más bien por lo que representaba.

La deseada vuelta y restauración de Fernando VII no fue de mayor beneficio para España, ya que aunque en un principio pareció que el monarca iba a aceptar las ideas liberales de la mayoría, acaba estableciendo un absolutismo mayor que el que había singularizado a sus antepasados, lo cual dio lugar a que, no estando España restablecida de la lucha contra el invasor francés, empiece con una serie de luchas intestinas, entre absolutistas y liberales que van a ser más perjudiciales y terribles que las anteriores, sobre todo por tratarse de luchas entre hermanos, lo cual, además, ocasiona-

rá que el poder absolutista del rey vaya siendo cada vez mayor, hasta el punto de llegar a ser insostenible aun para sus propios partidarios.

La figura del deseado rey, que no puede ofrecer más contradicciones y mudanzas, tiene, con todo, que mostrarse ya terrible, para que el pueblo llegue al extremo de odiarle, puesto que le fue fiel, no obstante los muchos descalabros que le hizo pasar y de los que no escarmienta, hasta que no llega a lo inconcebible.

Así, la anarquía iba haciéndose cada vez mayor, y como dice Galdós en uno de sus Episodios Nacionales, refiriéndose a la situación en 1822, "Qué días aquellos! En otras épocas hemos visto anarquías, pero como aquella ninguna. Nos gobernaba una Constitución impracticable y un rey conspirador, que tenía agentes en el norte para levantar partidas, agentes en Francia para organizar la reacción, agentes en Madrid para engañar a todos" (6).

Todo esto va a traer por consecuencia el que las intrigas y los motines se multipliquen, complicando más las cosas y llevándolas al absurdo, pues muchos había que ya no sabían por lo que luchaban, habían perdido el ardor que dan las propias convicciones.

La muerte de D. Fernando, quien terminó sus días entre la indiferencia de aquellos que en otros tiempos ofrecieron la vida por él, no va a ser ninguna solución para los problemas de España, sino por el contrario, ya que la sucesión de su hija va a provocar otra serie de interminables luchas entre los partidarios de la Reina madre, cristinos o liberales, y los del Infante, carlistas.

La reina Cristina, de carácter enérgico y segura de sus ideas, no va a decaer un solo momento en la lucha, aun cuando sus enemigos se hagan cada vez más numerosos. Al lado de esta férrea voluntad va a estar la inepta y débil de don Carlos, quien rodeado de gente ambiciosa y sin escrúpulos, y ayudado por su fanatismo, va a seguir perjudicando a España, pues esa guerra, que sigue consumiéndola, aparte no estar fundada en sólidas razones, tiene en su contra, además, el que don Carlos tampoco deseaba el trono para mejorar con ello a España, su apatía no se lo hubiera permitido, sino que era una voluntad movida por otras ambiciones; y eso fue lo malo, porque a haber sido otros los directores del infante, esa interminable lucha no se habría producido nunca. Aunque, también, es necesario reconocer que el infante, que se creía con el derecho divino a la sucesión del trono, fue realmente apreciado por muchos de sus partidarios: "le querían de veras, sin conocerle más que como se conoce a las imágenes de la Iglesia, que no hablan ni se mueven, pues si hablasen, quizá muchas de ellas no tendrían tantos devotos" (7).

Los dos partidos existentes, liberales y conservadores, siguen en esta época, con la única diferencia de que los liberales se han dispersado y dividido, ya no es un sólo bando, y aunque el propósito general de todos ellos

(6) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 629.

(7) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 701.

sea uno mismo, el modo de enfocarlo y conseguirlo, es distinto, hasta el punto de llegar a ser enemigos entre ellos, lo cual perjudicará mucho a este partido, pues los carlistas, en cambio, de una manera o de otra, irán persiguiendo siempre, poco más o menos, un mismo designio.

En el año 35, la guerra entre cristinos y carlistas sigue en su apogeo. Tanto los caudillos de los unos como de los otros, cambian constantemente y son censurados por su ineptitud, pues ninguno da con la solución deseada. Se cometen, por ambos lados, desatinos e infamias, el pueblo llega a no estar conforme ya con nada. Nadie logra ponerse de acuerdo. Está llegando el momento, si es que no ha llegado, en que España no sabe ya lo que quiere, y los españoles, ni siquiera por qué luchan.

En estos momentos, la historia de España es un quita y pon entre moderados, exaltados, carlistas y todo lo que salga al paso; y el pueblo, a quien se culpa de todos los disturbios, no acierta a entender nada, no sabe a la sombra de quién acogerse, pues los conceptos de absolutismo y libertad se han desvirtuado de tal manera que los caudillos de esos partidos suelen moverse, la mayor parte de las veces, más que por patriotismo, por propias ambiciones, y sólo el pueblo, en medio de su inocencia, seguía pagando los caprichos de los demás. Ello no obstante, había todavía, y sobre todo entre los liberales, hombres de bien, que creían firmemente en sus ideas políticas y luchaban lealmente por ellas y así aunque el estado en que se hallaba España no podía ser peor: tenía un sólo motivo por el que sentirse orgullosa, como Galdós dice: "Desgraciada era entonces España, pero tenía hombres..." (8).

Las relaciones de España con el resto de Europa, eran en realidad pocas, más que nada porque España, respecto de los otros países estaba todavía bastante atrasada en cuanto a nuevas ideas, además de estar sojuzgada por las ideas absolutistas. Con todo esto, clandestinamente se tenían noticias de los expatriados, los cuales hacían concebir mayores los valores de otras tierras y peores los defectos del propio suelo.

Después de la revolución francesa, Europa en general, había empezado a ver las cosas de otra manera y la palabra libertad, tal y como la conocemos hoy, había empezado a florecer. España quedó hasta cierto punto aislada. No es que no empiece a dar cabida a estas ideas, sino que en ella encuentran suelos menos propicios, ya que aunque gran parte de sus habitantes lucharon primero contra el despotismo de Fernando VII y luego pusieron su vida al lado de la causa de la reina Cristina; en su mayoría estos hombres no llegaron a entender lo que en realidad la palabra libertad significa, me refiero desde luego, al vulgo, a la masa general del pueblo, ya que para ellos la libertad se entendía y tal vez sigue entendiéndose "en hacer cada cual su santo gusto, y en burlarse de la autoridad. En una palabra, cada español, al pedir libertad, reclama la suya importándole poco la del prójimo" (9).

(8) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 813.

(9) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 1023.

A pesar de ello, España, entendiéndolo o no, desde los albores del siglo XIX lucha por esa libertad. No descansa un solo día. Comprende que será obra de tiempo, de mucho tiempo. No estaba equivocada, se quedó corta en sus cálculos.

Situación Literaria.

Pese a toda esta perturbación política, no puede decirse, en verdad, que el siglo XIX haya sido una época negativa, pues, bien mirado, floreció en él, el gran movimiento intelectual, o mejor dicho literario, del romanticismo; muestra de que a pesar de la opresión política, la inteligencia permanece libre. Ello no obstante, los primeros años del siglo son bastante pobres, no será sino hasta mediados de siglo, más o menos, cuando la muerte del rey, cuando vuelven a abrirse las universidades, que la juventud romántica empiece a dar sus frutos.

En los comienzos del siglo, el panorama era más o menos el siguiente: el poco teatro que había florecido en el siglo XVIII y que había empezado teniendo bastante buen éxito en el XIX, llega a carecer absolutamente de importancia. No hay autores y los pocos que quieren merecer este nombre, no lo logran. Las obras originales empiezan a escasear, y las traducciones a privar, lo cual indicaba, en primer lugar, la falta de ingenio de los autores, ya que tienen que recurrir a las plumas de otros, además de que al tener buen éxito estas traducciones, los ingenios van embotándose, pues los autores no se preocupan de despertar su propia imaginación. Casi todo estreno es pateado por el público.

De la poesía, no se puede, realmente ni hablar, ya que los ejemplos que pudieron existir no son dignos de ese nombre.

La prosa, que se muestra en los artículos periodísticos, llega a perder todas sus cualidades, al ser manejada por los diversos partidos que hacen de ella un medio de grosera propaganda en provecho propio y de difamación en contra de sus enemigos. Por ello, lo que dice Galdós es exacto: "poseíamos una prensa insolente y desvergonzada cual no se ha visto nunca. Todos los excesos de hoy son donaires y galanuras comparadas con las bestialidades groseras de "El Zurriago" de Madrid y "El Gorro" de Cádiz. Los insultos del primero encanallaban a la plebe. Nadie se vió libre de la inmundicia con que rociaba a los ministros, a los diputados moderados, a las autoridades todas. El gobierno no teniendo ley para sofocar aquella algarabía indecente, la sufría con paciencia" (10).

Todo ello era natural, ya que la literatura necesita para su desenvolvimiento de cierta tranquilidad social, de lo cual España, en esos momentos carecía. Esa intranquilidad había ocasionado, además, que el hombre fuese haciéndose cada vez más apático y materialista, apático por el aburrimiento de la situación, y materialista al caer en la cuenta de que lo que movía a la política eran sólo ambiciones. Por tanto, los placeres espirituales habían quedado un poco de lado. La gente sólo pensaba en mejorar, y

(10) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 837.

los autores no sentían el menor interés en escribir, ya que echaban de ver la indiferencia del público.

Hacia 1827, y debido a las persecuciones, que habían ocasionado que las figuras que empezaban a florecer, en su mayor parte, hubiesen tenido que salir de España, el estado de la literatura había empeorado, ya que puede decirse que la enseñanza era nula, el teatro yacía en el olvido y la prensa no existía. Con todo, y a pesar de todo esto, en las mentes juveniles nacían nuevamente ardores literarios, sobre todo en el campo de la poesía; y aunque estas primeras obras no sean de gran valor, tienen el mérito de que, además de que las condiciones en que se desenvolvían no podían ser peores, ya que todos estos incipientes poetas se singularizaron por carecer hasta de lo más indispensable. Carecían, por igual, de cualquier estímulo, pues como dice Galdós: "aquellos insignes poetas o prosistas o simples mortales vivían de la poderosa fuerza íntima, que en unos era la fantasía, en otros la conciencia de un gran valer, y en todos el presagio de que habían de ser principio y fundamento de una generación fecunda" (11). En estos momentos es cuando la figura de Larra empieza a darse a conocer y a señalarse como la de un satírico consumado.

En 1830, el movimiento literario había ido prosperando, y ya empezaban los jóvenes literatos a usar la palabra romanticismo, la cual aunque no hayan llegado a entender todavía, les sirve para empezar, ya, a romper con todas las tradiciones clásicas.

Los géneros iban en aumento, ya no sólo se trataba un asunto, sino todos, se empezaban a vislumbrar nuevos horizontes y con ello aparecían nuevas aspiraciones.

Así al llegar el año 35, dentro de los cafés y en la mente de los jóvenes está germinando ya la verdadera escuela romántica, la literatura está renaciendo rápidamente, el teatro que estaba olvidado vuelve a tener algunas pequeñas manifestaciones, que tienen el mérito de ser las primeras que exponen las nuevas aspiraciones, sobre todo la de igualdad.

Desde esa época en adelante la literatura vuelve a estabilizarse y a cobrar cada vez mayores valores. Los jóvenes expatriados comienzan a volver a España, trayendo nuevas ideas y muchos planes. Eran los más importantes, la idea de la libertad y la de no sujetarse a algo especial, de no tener un oficio monótono y siempre igual, un afán de superación, el no seguir una "rutina", así, van a necesitar una libertad de acción tan grande como la libertad y el vuelo que dan a su imaginación.

Larra, que se contaba entre estos jóvenes y que empezaba a dar con su obra, frutos de valor a la literatura patria, con su prematura muerte no llega a ver el triunfo de esa labor por la que tanto lucharan todos ellos, ni tampoco llega él mismo a producir todo lo que de su ingenio se esperaba.

(11) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 914.

Mariano José de Larra.—Su vida.

La breve existencia de Figaro se desliza entre 1809 y 1837. Solamente 28 años de vida fecunda e incansable.

Al estudiar su biografía, hay que ver en ella no sólo al romántico, sino también al hombre razonador, y considerarle como lo que fue, un inadaptado, un hombre que se adelantó a su época.

Nació en Madrid, donde pasó sus primeros años en casa de sus abuelos paternos. El abuelo, un hombre de genio duro e intransigente, que tratará de educar a su nieto en esa disciplina, y la abuela, mujer sumamente culta que trata de inculcar en el niño el amor al estudio. Así, los primeros años de su vida pasan entre los cuidados maternos, las enseñanzas de la abuela, y el mal genio del abuelo; viendo sólo de tarde en tarde a su padre, que, por afrancesado, había tenido que abandonar el hogar paterno; por tanto, la vida del niño fue triste y retirada.

Súbitamente mudará el escenario de su vida con el viaje de sus padres a Francia, ya que, al dejar los ejércitos de Napoleón las tierras españolas, el padre de Larra se fue con ellos como médico del ejército. Tiene el niño, entonces, edad suficiente como para caer en la cuenta de lo que sucede, y aunque el tiempo le hará olvidar, el horror del viaje, los incidentes y pormenores de éste, quedarán para siempre grabados en su mente.

El genio retraído y silencioso que ya desde su más tierna edad mostrara, va a hacerse más manifiesto durante los años que permanece en Francia, pues de buenas a primeras se hallará solo, en un sitio donde no conoce el idioma y entre gente extraña que no saben brindarle el cariño al cual estaba acostumbrado. En medio de esta soledad, empieza a evocar la figura de su padre, hasta hacer de él una especie de ídolo, que le hace sentirse orgulloso de su origen y, por tanto, superior a los demás.

Cuando empieza a adaptarse al medio del colegio de Burdeos, se ve precisado a dejarlo para ir con sus padres a París, donde por entonces se hallaban establecidos. Desde entonces, y ya para siempre, a pesar de estar en su casa, y con la familia, seguirá sintiéndose solo, no encontrará en el hogar paterno, como le sucederá después en el conyugal, el cariño y la comprensión que su espíritu solicita.

Es entonces cuando, por su trato con los expatriados españoles, empieza Larra a conocer a España y a admirarla. La vuelta a Madrid, sin embargo, le va a hacer ver una patria muy distinta de la que había imaginado, ya que se encuentra con una ciudad triste y pobre, comparada sobre todo con París, a pesar de lo cual preferirá la capital española, aunque reconozca la superioridad de la francesa, y lo mismo le sucederá después en otros aspectos de su vida, por los que se le ha tachado de afrancesado, lo que no es exacto, ya que una cosa es tener criterio suficiente y no ser obcecado para no reconocer los propios errores y ver las virtudes de los demás, que es el caso de Larra, y otra, el ponerse definitivamente al lado contrario de los propios.

Estos primeros años de vida en Madrid son importantes en su vida, pues tiene ya la edad suficiente como para que su personalidad empiece a formarse definitivamente.

Las luchas políticas entre conservadores y liberales están "a la orden del día", y el padre de Larra se ve mezclado en ellas. El muchacho, sin comprender bien el asunto, empieza a preocuparse y a tratar de estar al tanto de toda una serie de cosas que su inteligencia no llega todavía a alcanzar. Su vida escolar, semejante a la que llevara en Francia, nos lo muestra como un estudiante retraído y solitario, no sólo en la escuela, sino también en su casa, no gusta ni de amigos ni de diversiones; aunque por la edad es todavía un niño, su genio no lo demuestra, ya que en vez de gustar de los juegos infantiles, prefiere el estudio y la soledad.

El comienzo de su adolescencia coincide con la necesaria salida de Madrid de su familia, probablemente por causas políticas. Se trasladan a una aldea de la provincia de Navarra, en donde la vida de Mariano José no será muy diferente a la que llevaba en Madrid, excepto porque tiene oportunidad de ponerse en contacto con la naturaleza, y aunque parece echar menos la compañía de algún amigo de su edad, no debió empeñarse mucho en buscarlo, pues, a haberlo hecho es seguro que lo hubiese hallado.

Las persecuciones políticas siguen, y los Larras deben volver a Madrid, donde pasarán sólo unos meses, pero que son importantes en la vida de Fígaro, porque durante ellos, traba Mariano José conocimiento con los jóvenes liberales de la sociedad de los Numantinos, que habían de dar a la literatura española los más grandes escritores del romanticismo. Larra, aunque participa de sus aspiraciones e ideales, no está de acuerdo con la forma en que pretenden lograrlas. Las sociedades secretas le parecen algo infantil, piensa que "al mal hay que atacarlo por la parte más vulnerable, el ridículo" (12), idea en que habrá de mantenerse, pues años más tarde, aún estando más compenetrado con este grupo y con sus propósitos, no llegará a considerar nunca las cosas a la misma luz, tal vez, si lo hubiese hecho, no habría terminado su vida como terminó.

Pasa después una breve temporada en Valladolid, en donde algo debió de suceder, que le hizo abandonar a la familia y volver a Madrid. Al tratar este punto, hay entre sus biógrafos algunas discrepancias, ya que unos dicen que un disgusto de tipo sentimental con su padre fue lo que le hizo dejar el hogar, pero su biznieto, que parece ser el más informado, no acepta esa versión, antes achaca el asunto a una aventura amorosa poco afortunada, en la cual para nada participó el padre.

Estos años de Madrid son los mejores de su vida. Es un muchacho alegre y feliz; afianza su amistad con los antiguos numantinos, grupo que se había disuelto, y al lado de ellos lleva al cabo sus primeras incursiones en la literatura y en el campo de la poesía, dentro del cual fracasará rotundamente.

(12) Moreno Juan Bautista.—Larra. Su vida. Pág. 129.

Sin embargo de ello, sus bromas, sus observaciones mordaces, acertadas, llenas de ingenio y gracia, que van siempre a fijarse en los defectos y atacarlos en su punto débil, empiezan a hacerle famoso y temido: "cuidadito con Larra, que tiene más talento que pesa, pero es mordaz y malicioso" (13).

Es Larra un joven atildado y elegante, con un espíritu refinado y sensible, que no puede soportar lo vulgar y lo desordenado, y que vive tranquilo dedicado al estudio, a un trabajo que no le desagrada, a reuniones en casas elegantes y entre gentes de bien, y a las charlas con los amigos, aunque no apruebe la vida que llevan: "no le agrada la manera de Espronceda, Vega, etc., por no citar más que a amigos. Bueno está para un rato, para soñar, pero esa vida de delirante bohemia y continuo desorden le produce repulsión. El tiene vastos planes que llevar al cabo, lo cual exige un metódico y reiterado esfuerzo" (14).

No se señalará, como hemos dicho, Larra como poeta. En cambio como prosista sí, y dentro de este género lo hará como periodista, ya que su genio va al pormenor, a la nota característica. Se hace escuchar, aunque habla poco, pero cuando lo hace, dice las cosas con gracia y además suelta verdades como templos.

Así, cuando en 1828 hace sus primeros intentos como periodista, causa un gran revuelo, a tal grado que la envidia hará desaparecer sus primeras publicaciones, pero ya desde estos primeros escritos, obras de su juventud, manifiesta su ingenio y su don satírico.

Como espíritu apasionado que era, dejándose llevar por sus juveniles impulsos, contrae matrimonio demasiado joven y con harto escasos medios pecuniarios, y además, y lo que es peor, con demasiadas ilusiones, forjadas sin contar para nada con la realidad material de la vida, y el caer en la cuenta de tal situación va a provocarle una gran decepción, de la que nada, ni nadie será capaz de sacarle; así hará de su matrimonio un fracaso sentimental, que él mismo, dado su temperamento en exceso sensible, se recreará en aumentar y distorsionar, ya que, en realidad, su vida pudo haber sido la de una familia normal y corriente; pero su espíritu romántico, inconforme y rebelde, no se conforma con un simple término medio; no puede soportar la monotonía; necesita, tal vez sin estar él realmente consciente de ello, de experimentos diversos, esto es, el fracaso era lógico pues fue al matrimonio, precipitado más que nada, por su genio impulsivo, que le hacía no meditar las cosas y dejarse llevar por sus primeros sentimientos sin analizarlos.

Su vida, como hombre, desde ese momento en adelante, no debe juzgarse, y si se hace mención de ella es por el eco que tuvo en su obra, ya que la funesta pasión que empieza a consumirle, y que ni él mismo puede concebir, pues es algo que en más de una ocasión, censuró en la vida de los demás, ha de mudar totalmente el tono de su producción literaria, ha-

(13) Pérez Galdós B.—*Op. cit.* Pág. 843.

(14) Moreno J. B.—*Op. cit.* Pág. 160.

ciéndole cada vez más pesimista e irónico. Esa vida, en efecto, tampoco llega a satisfacerle y le llena de remordimientos.

Al lado de esto, tenemos la mala situación económica por la que pasaba, y que le hacía vivir en la forma que él tanto había censurado en sus artículos, del quiero y no puedo, de la clase media española, a la cual despreciaba cordialmente.

Todo esto tuvo que influir en su genio, de suyo resentido y poco normal. El buen éxito empieza a acompañarle, pero junto a éste, fruto de sus sátiras hirientes, empieza a conocer las envidias y las traiciones, ya que su trato era poco propicio a despertar la simpatía de los demás, lo cual le hará sentirse cada vez peor, pero al mismo tiempo le hará aguzar cada vez más su ingenio para censurar todo aquello que le moleste y que no encuentre correcto. Se empieza a decir de él, que es un hombre que, "con su propio pensamiento como la cicuta, se amarga y se envenena la vida". (15)

No sólo le amargan los contratiempos de su vida íntima, sino, también, el contemplar el triste espectáculo que España presenta, parece no haber solución, ello no obstante, hay que luchar, tratar de salir adelante y ponerse al tanto de los demás países europeos.

Al lado de todo esto, como ya se ha dicho, su éxito como literato va siendo cada vez mayor; sus artículos logran la aprobación general; su colaboración en los diversos periódicos es sumamente apreciada, sus obras teatrales triunfan, lo mismo que su novela, única obra realmente romántica, aunque no lo mejor de su producción literaria; pero todos estos triunfos no logran satisfacerle, no sabe hacer frente a la vida tal y como va presentándosele, y se siente, por ello, incomprendido y en desacuerdo con todo lo que le rodea. Con todo, esto no afecta la calidad de su obra, en cuanto a estilo. Lo hará solamente en cuanto al tono, pues aunque sus artículos siguen saliendo a la luz pública con regularidad, los temas de ellos son cada vez más lúgubres e hirientes.

Como remedio a esta crisis moral decide emprender un viaje a Francia, con el fin de arreglar ciertos asuntos económicos de su familia, y aprovechar para ver de cerca al país que siempre ha ejercido sobre él un atractivo especial; en primer lugar por sus recuerdos de niñez, y en segundo, porque piensa que Francia posee todo aquello de que España carece.

Su estancia en la capital francesa le aliviará algo de sus males, pero le hará sentirse, lo que en realidad siempre fue, un verdadero amante de su patria, aun cuando no por ello deje de reconocer las ventajas de Francia sobre España.

A su vuelta pone por obra una gran actividad, escribiendo sin descanso. Su vida íntima parece que se ha apaciguado. Todo indica que sus asuntos se arreglarán favorablemente; su fama es cada vez mayor y lo futuro se le presenta brillante y lleno de triunfos. Es justamente en estos momentos cuando, por muy breve plazo, logrará el triunfo de todas sus ambiciones, las

(15) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 845.

cuales, al fracasar, darán lugar a la pérdida de toda ilusión y marcarán el comienzo del fin.

Consigue, al fin, el cargo político con el que tantas veces soñara: diputado por Ávila para la revisión del Estamento. Este triunfo le trae también el buen éxito artístico y el amor; la fe en la vida le acompaña de nuevo.

Con todo esto, España seguía con sus luchas íntimas, y una de las múltiples revueltas que con demasiada regularidad sucedían por entonces, le hace perder su cargo, casi antes de haber tomado posesión de él. Con la derrota, el amor, poco firme, huye, todo vuelve a presentarse adverso.

La índole pesimista de Larra va a llegar, con esto, a su grado máximo: ha perdido la fe en España, las cosas no tienen solución posible. Todo esfuerzo ha sido en vano. Ha perdido el amor, no tiene interés ya en nada.

Su obra de esta época refleja ese estado moral: no es ya irónica ni mordaz, antes el tono es de total desencanto y apatía. Su antigua fogosidad y su espíritu exaltado, han desaparecido. Todo le es indiferente. Madrid es un cementerio, y en el alma de Larra ha muerto la esperanza.

No siente Larra ya la fuerza de sus pasiones íntimas, buenas o malas, felices o desdichadas, que le hacían llevar una intensa vida interior, la cual le sostenía y le hacía vivir; sus escritos no pueden nacer sin ese fuego interno que les daba luz; así, considera terminada su misión, se siente viejo. En 28 años había llevado al cabo una gran obra; había llevado una vida de continua actividad; había logrado la perfección y el éxito, había sido un ingenio superior, no podía dar más de sí, por tanto, lo más acertado era retirarse de la vida, y así lo hizo.

“Veintiocho años de vida, una gloria inmensa alcanzada en corto tiempo con admirables, no igualados escritos, rebosando de hermosa ironía, de picante gracejo, divina burla de las humanas ridiculeces! No podía vivir, no. Demasiado había vivido; moría viejo a los 28 años, caduco ya de la voluntad, decrepito, agotado” (16).

(16) Pérez Galdós B.—Op. cit. Pág. 899.

Capítulo II.—Primeras obras de Larra.—Breve mención a su poesía y a la publicación del "Duende Satírico".—"El Pobrecito Hablador".
Diferencia con los últimos artículos que escribió.

He mencionado ya la importancia de los cafés literarios durante todo el siglo XIX, pues como es sabido fue en ellos donde empezó a formarse la nueva generación romántica y donde sus ingenios dieron las primeras muestras de su valer.

Larra perteneció a esta generación, aun cuando no llegó, como los demás jóvenes, a alcanzar las cumbres del siglo; pero sus comienzos fueron iguales a los de aquéllos. Así, sus primeras producciones son poesías, campo en que, casi está por demás decirlo, no se hará notable en modo alguno. De esas poesías, andando el tiempo, se desentenderá y aún las ignorará, pues tiene que haber comprendido su escaso, por no decir nulo, valor.

Con el advenimiento del romanticismo, la poesía bucólica, que tan buen éxito alcanzara en el siglo XVIII, desaparece para dar paso a la poesía lírica, que frecuentemente se mezcla con la épica. Como el romanticismo supone libertad, dentro de la poesía; y fácilmente se advierte que esto está representado por la mezcla de metros y de rimas que el poeta romántico tiene por lícita y aun necesaria.

Esta poesía prefiere, ante todas cosas, los temas medievales, el reflejo de la naturaleza, lo popular y al propio tiempo la historia. Pero como el romanticismo es, además "de un credo estético una actitud vital: la vida y la obra del escritor son consustanciales. El romántico vive su poesía y poetiza su yo" (1). Así durante esta época el escritor es el verdadero héroe de su obra.

Larra, por supuesto, no puede caber dentro de esta acepción, ya que, como poeta, ni es romántico, ni alcanzó la menor gloria, y si se dedicó a ello fue por seguir lo que era disciplina común de la época.

Su producción poética consta de una serie de anacreónticas, algunos sonetos, varios epigramas, letrillas, romances y una que otra oda. Todas ellas, más que de tono sentimental, son de circunstancias y carentes de originalidad.

Las anacreónticas son todas ellas de tono rimbombante, y usa los trillados nombres pastoriles de Filis, Célida, Lisandro, Fabio, etc.; el tono es grandilocuo, y el valor, nulo. Ahora bien, en ellas vemos que cantó también Larra, a los epicúreos deleites del vino y del amor. Los versos no se singularizan por su inocencia, ya que "a través de las ingeniosidades propias del género, se descubre en las anacreónticas, la fogosidad del mozo sensual que desea (tales son sus palabras) apurar ansioso la ardiente copa del placer" (2).

(1) Jiménez Landi E.—*Poesía romántica española*. Pág. 6.

(2) Nombela y Campos Julio.—*Larra (Figaro)*. Pág. 43.

Los sonetos son casi todos ellos de circunstancias, y carecen de interés. De entre ellos tal vez destaque el titulado "Recuerdos", escrito en Lisboa cuando deja España en su viaje al extranjero. Este soneto tiene el único mérito de erflejar su estado de ánimo y la pasión amorosa que le consumía.

Las odas, tal vez, lo menos malo de sus obras poéticas, son algunas de tono festivo y ligero y otras como la "Oda a la exposición", están llenas de alusiones a divinidades mitológicas y plagadas de adjetivos rimbombantes. "Oda al terremoto de Murcia", en ésta, va del tono grandilocuente con el que presenta las desgracias, al tono suave de las almas conmovidas por la catástrofe.

Las letrillas, hechas a imitación de los autores del Siglo de Oro, son algo mejores, en cuanto que en ellas parece que le ha sido más fácil versificar, es decir, se nota el verso más flúido. El tono es ligero y festivo.

Escribe, asimismo, algunos romances dedicados a la que fue su esposa y a quien designa con el nombre de Silvia. También escribe con ocasión de su matrimonio, un romance al duque de Frías, pidiéndole que sea padrino de su boda, composición no del todo mala; tanto es así, que puede decirse que es lo mejor dentro de su obra poética. No hay que ver en ella, lo que algunos de sus críticos dicen, el presentimiento de su fracaso sentimental, pues si bien es cierto que hay pensamientos tristes, éstos no se refieren a él, que iba al matrimonio lleno de ilusión, sino que eran dirigidos al duque que acababa de perder a su mujer.

Por todo esto, puede deducirse que el Larra de los poemas es totalmente distinto del crítico. La gracia, la sutileza y la agudeza que muestra en este campo, no aparecen en ninguna ocasión en el poeta, y no es porque su producción de este tipo fuese de juventud, ya que en la misma época, 1828, publica el "Duende Satírico", sino porque como ha pasado con otros muchos autores, Cervantes entre ellos, no era ese su camino.

El poco éxito de estas composiciones le marcaron a Larra un camino nuevo. Así, ensaya el género teatral, y traduce del francés "No más mostrador", especie de sainete, lleno de situaciones graciosas, aunque de argumento inverosímil, pues quiere ser una crítica de la burguesía adinerada y la aristocracia pervertida, con un fin moralizador, pero que el defecto, de que después tanto criticara Larra a Martínez de la Rosa y a Gorostiza, conviene a saber: que para querer corregir un defecto se busque algo fuera de lo real, es decir, un tema artificioso.

Años más tarde, a principios del 32, hizo Larra otro arreglo del francés, el espantoso drama de Ducange "Roberto Dillon", que sin embargo de ello, parece que, entre el público de cierta clase social, arrancó abundantes lágrimas.

Para estas traducciones, se valió del seudónimo de Roberto Arriala, y yo creo que buscó en ellas, más que la gloria literaria, el provecho económico.

Como dije antes, empieza Figaro a señalarse entre sus amigos del Parnasillo —grupo de jóvenes que hacia el año 31 se reunían en el Café del

Príncipe— como un ingenio observador y un crítico sutil, lo cual le hace comprender que el mejor camino para desenvolver estas facultades es el periodismo. Así, en 1828, decide él mismo y por su cuenta editar un periódico, al que titula "El Duende Satírico del Día", con el objeto de expresar lo que sentía, acerca de la situación de la España en que vivía. Quiere dar al género mayor valor, y además, que sus artículos tengan un sentido didáctico; así trata asuntos, ante todas cosas actuales, aunque no sean del todo de su interés, lo que ha de restarles valor. Lo mejor del periódico es la correspondencia, ya que en ella trata aquello que le mueve a interés, y en la cual muestra ya con toda claridad lo que su ingenio puede dar de sí, y aunque la ironía es todavía inocente, algo debía tener, pues al quinto número se prohíbe su publicación, lo cual le causa el primer desengaño a nuestro autor.

En las varias ediciones que de las obras completas de Larra se han hecho, no se incluyen, inexplicablemente, estas publicaciones. Por lo cual, para conocerlas, hay que consultar la obra de Cotarelo, "Post-Figaro", donde al lado de ellas incluye también algunos artículos de interés que por esta misma época publicó en el "Correo Literario"

Todos estos artículos tendrán, si no el defecto, sí la peculiaridad característica, de que después el mismo autor se arrepentirá y criticará, a saber: el abuso de las citas en francés y en latín, pero que en esta primera época son comprensibles, pues con ellas quiere hacer alarde de cultura, aunque luego, pasando el tiempo, él mismo caiga en la cuenta de lo absurdo de esa idea.

El primer número del Duende, titulado "El duende y el librero", está encabezado con unos versos de Boileau, que en toda esta primera época, será su maestro de estilística y aunque luego lo rechace, en el fondo, y en cuanto a estilo, siempre gustará de seguir esas doctrinas clasicistas.

Habla en él de todas las cosas criticables que hay para el escritor dentro de la sociedad en que vive. El tono es ligero y gracioso, aunque sabe ya perfectamente que al público no le harán gracia sus palabras, por ser ciertas.

El segundo artículo: "El Café" encabezado también con unos versos en latín y con constantes citas en esta lengua y en francés, es una crítica de las gentes desocupadas e inútiles que se pasan el día en el café: el subalterno vestido de paisano que medio se oculta en un rincón con una joven "que sería prima suya o cosa semejante"; el hombre vago e indolente por quien siente un profundo desprecio: "apartéme de él porque me fastidian los hombres vanos"; el tonto que cree tener amigos, porque le adulan para sacarle el dinero, el lechugino que cree darse la gran vida, pero ni trabaja, ni paga, etc.

Su preocupación sociológica es ya desde este momento perfectamente clara, pues cae en la cuenta del estado en que vive la sociedad española. Muestra también su descontento por el estado de la literatura; mala literatura y poca, títulos rimbombantes y absurdos, falta de las ideas más simples de preceptiva, desconocimiento del idioma, errores sintácticos y de

construcción. Con todo, y a pesar de esto, el tono es de chanza jovial, la crítica no es directa como sucederá después, aquí él no es más que un mero espectador de las ideas de otros, las cuales acepta o toma con tono indiferente, rechazándolas sólo débilmente.

"Una comedia moderna ó 30 años de la vida de un jugador", es el título del tercer número, en el que se mete bastante con el autor de la comedia, Ducange, aunque luego él traduzca varias obras suyas.

Hace alarde de españolismo, dando un buen meneo a los franceses, a quienes dice que serán muy listos y que podrán darse el lujo de despreciar a los autores españoles del Siglo de Oro, creyéndose en posesión de la verdad, pero que a pesar de ello también cometen errores espantosos, esto es, muestra propensiones contradictorias, ya que por un lado hace alarde de españolismo; pero al mismo tiempo admira a los neoclásicos franceses; alaba al teatro español, pero combate al romanticismo que estaba rehabilitándose. Todo esto lo dice con motivo del rompimiento que hace Ducange de las reglas tradicionales de la preceptiva.

La crítica es de lo más graciosa, ya que cuenta el argumento de la obra de tal manera que parece mucho más disparatada de lo que en realidad pueda ser; y muestra ya lo mordaz de su carácter y la facilidad que tiene para usar de la ironía, pues después de censurar largo rato lo pesado de la obra, dice: "con otros seis actitos más se completaba una docena y el público no se quedaba a media miel. ¡Estos señores autores, que siempre han de dejar las cosas donde quieren, sin dar cuenta de lo que sucedió después! ¿Qué le costaba haber puesto siquiera otros 10 ó 12 años y hubiéramos sabido qué carrera hizo el capitán, si volvió a parir de allí a otros 30 años la señora jugadora, etc..." (3).

El cuarto artículo, "Correspondencia de El Duende", es una crítica de las tabernas y cafés; muestra su desprecio hacia lo sucio y lo bajo de la gente poco refinada. Aquí puede verse que no es sólo el afán de corregir lo que le mueve a este tipo de crítica, sino que ya muestra su genio altivo y orgulloso, que le hace despreciar todo lo que no es delicado y fino.

"Corridas de Toros", artículo en que, después de hacer una breve historia de lo que ha sido la fiesta, llega, en el mayor son de guasa a burlarse de las corridas de su tiempo, diciendo: "los toros son la diversión más inocente y más amena que puede haber tenido jamás pueblo alguno civilizado" (4).

Por último el número final de El Duende está dedicado a "Correspondencia", y en él, aparte hacer alarde de purista, criticando a los galicistas, aunque él en ocasiones caiga en ese defecto, esto es, censura a aquellos que usan palabras francesas teniendo españolas y luego las traducen dándoles otro significado; da cuenta de ciertas correcciones ortográficas que se están llevando al cabo, todo ello haciendo un verdadero juego de palabras.

(3) Cotarelo Emilio.—**Post-Figaro**. Pág. 22.

(4) Cotarelo Emilio.—**Op. cit.** Pág. 31.

El estilo de esta breve publicación, que, después de este número, fue prohibida por el gobierno, es flúido, sencillo y claro, pero en ocasiones se nota que le falta seguridad, la cual irá adquiriendo cada vez más; esto es, se nota todavía que su lengua no está muy pulida.

Para terminar con este aspecto de la obra de Larra, creo necesario hacer mención de otra serie de obras inéditas que tienen interés. Son éstas una serie de artículos coleccionados por Montaner y Simón en una edición de Obras Completas de Figaro.

Tres de ellos son de crítica literaria, aunque aproveche este motivo para hacer también sátira política. El primero de ellos "Un procurador o la intriga honrada", es un artículo político literario, en que pide "alguna función buena donde podamos una vez siquiera tributar algún elogio; pero nada, ni procuradores, ni obras; está visto que los primeros (próceres) no escupen y que la función buena corre pareja con el fin de la guerra civil" (5).

Censura, además, a los afrancesados, haciendo alarde de españolismo, —insisto en este tema y seguiré haciéndolo siempre que salga al paso, ya que trato de rebatir la idea de varios de sus biógrafos que le tachan de afrancesado—, así dice de la obra: "la cosa desde luego no era española, en lo cual se parecía a las demás cosas que hay en España, sino francesa, porque eso sí, intervención, parece que no hay diablos que la traiga de allá, pero comedias y contrabando..." (6).

"La muerte de Abel", es la crítica de una comedia que estuvo prohibida durante mucho tiempo, lo cual le da pie para hacer una sátira de lo más fina acerca de las prohibiciones del gobierno, y toma por pretexto la última que se ha hecho de los bailes nacionales durante la Cuaresma: "los nacionales son los especialmente desagradables a los ojos de Dios, con la circunstancia de que su Divina Majestad parece llevarlos más en paciencia el resto del año, que en ciertos cuarenta días, llamados Cuaresma" (7). Este tono suave cambia por otro de indignación al referirse a los artistas, en quienes no perdona la menor falla.

El tercero de estos artículos, "La honra de una mujer", toma por pretexto las malas traducciones, para hacer una crítica social, y, poniendo de protagonista a un extranjero viejo y misántropo, cansado del mundo y de los hombres dice: "no parece sino que el buen viejo ha vivido en España, y fortifica más esta opinión la circunstancia de haberse quedado ciego, como si hubiera visto nuestras cosas, o como si las hubiera él mismo dirigido" (8).

Es interesante también la pequeña parte que se conserva de una gramática española que nunca llegó a concluir. Sólo se tiene noticia de la parte que trata de los sinónimos, la cual considero de importancia porque se

(5) Larra Mariano José.—Obras Completas. Montaner y Simón. Pág. 1021.

(6) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 1022.

(7) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 1026.

(8) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 1028.

ve en ella el esfuerzo por hacer del castellano una lengua puramente castiza, sin galicismos, ni extranjerismos de ninguna clase. Por ejemplo, la explicación que da de Nunca y Jamás, creo que es totalmente exacta:

"Nunca - Jamás".—El verdadero adverbio de tiempo negativo es nunca, en ningún tiempo (nunquam, nonumquam).

Jamás es: en tiempo alguno, así no determina tan fijamente la negación, parece traer su origen de ya más (jam magis), y tanto por esto como por el uso que suele hacerse de él se refiere más bien a lo futuro, en nuestro castellano antiguo ha significado, siempre. Y suele unirse a nunca y a siempre, formando un nuevo adverbio o expresión adverbial, y dándoles más fuerza.

"Usanse por lo general indistintamente, pero nos parece que jamás se refiere a lo futuro, nunca a lo pasado, usadas así tienen ambas más fuerza. Es más enérgico decir "nunca le he visto" y "¡ay jamás le veré!", que viceversa.

"Nunca jamás parece que sólo suena bien aludiendo a pasado y futuro, por ejemplo: "¿Es posible que se acabe la virtud? Nunca jamás", es decir, ni se ha acabado, ni se acabará.

"Y la prueba más poderosa que podemos citar en favor de nuestra opinión es que cuando se añade el adverbio siempre, sólo es en sentido de futuro, así decimos: "me despido de tí para siempre jamás", pero no podría decirse: "Juan quiso a Pedro por siempre jamás"

"Así debe decirse: "nunca lo dije", "no lo diré jamás":

Entró doña Ana en Palacio
Que a ver a mi hermana viene
Con más donaire que nunca
Tan hermosa como siempre.

(Calderón)

"No se puede decir con más donaire que jamás porque es pasado.
¿Nunca has visto errante al viento
preñada nube encenderse?

(Calderón) (9).

En 1832, época en que se presenta **"El Pobrecito Hablador"**, el romanticismo no había aparecido todavía como escuela, y aunque ya empezaba la palabra a resonar en el medio ambiente; no se habían llevado al cabo, tampoco, las grandes revoluciones literarias en contra del neoclasicismo, ni habían salido a la luz pública las obras del duque de Rivas y de Espronceda; pero, ello no obstante, se habían roto ya algunas de las reglas neoclásicas y se habían abierto las puertas a la nueva doctrina estética; y La-

(9) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 950.

rra, en esta publicación, adelantándose a sus contemporáneos, acepta, si no el nuevo estilo, sí la doctrina, ya que, aunque más joven en edad, es más viejo en ideas que sus compañeros.

En esta publicación se revela ya la penetración y precocidad de su juicio, libre todavía de pasiones y ambiciones de hombre. Es lo más sincero, tal vez, de su obra, ya que, aunque después hablará con más elocuencia y fervor, la intención sincera de este período va perdiéndose poco a poco. Con todo, desde esta época, y aunque, como se verá, el tono del **Pobrecito Hablador** no puede decirse que sea de total desencanto, tiene ya fama el autor de pesimista, al mismo tiempo que de sensato; y lo que sucede es que en Larra hay una discrepancia entre sus sentimientos y sus ideas, la cual el tiempo se encargará de agravar.

El primer número de la revista se publicó en agosto de 1832; y después de él vieron la luz 13 números más, que tuvieron entonces un éxito sonado, y que lo siguen teniendo, por ser el reflejo exacto de una época sombría y cautelosa, que parecía negarse a ser retratada; y porque son, además, de la pintura del alma nacional, un estudio del alma humana, en especial de la española, que se singulariza por luchar siempre entre lo novelesco y la tradición: "la depresión de su energía bajo la doble influencia de la pereza y del miedo y las bajezas a que conduce el quiero y no puedo en un país pobre y fahendoso" (10).

Es interesante, por tanto, considerar el momento político en que aparece **El Pobrecito Hablador**. El año 31 había sido de matanzas; el 32 se manifestaba henchido de las intrigas de los apostólicos; por un lado el gobierno, de Calomadre; por otro, el de Cea Bermúdez; la precaria salud del rey; la apertura de las universidades, el establecimiento de la pragmática sanción, etc.; ilusiones todas que duraron bien poco, ya que Cea Bermúdez defraudó la esperanza de los liberales que le esperaban; el rey sanó y volvió a tomar las riendas del gobierno, y así, en medio de este desorden, en que los liberales acusaban a los ministros de absolutistas, y éstos a los otros, de liberales; no es de extrañar que **El Pobrecito Hablador** tuviese tan corta vida.

Este estado de las cosas da lugar a la inquietud, ya que ambos partidos recelan el uno del otro, lo cual da ocasión, en materia intelectual, a que muchos por prudencia callen, y otros, tal vez los más, se dejen vencer por la apatía, esto es, los unos renegaban de su país y los otros se envanecían de su pereza: "no había posibilidad de establecer un acuerdo entre los temperamentos románticos que se desfogaban en el Parnasillo y las gentes tercas y socarronas, opuestas a toda clase de novedades." (11).

Es este el momento histórico e intelectual en que **El Pobrecito Hablador** empieza a publicarse, y en las cartas que se dirigen Andrés Niporesas y el Bachiller —cartas que, desde la primera, debieron hacer buena impresión, lo que animó al autor a continuar su publicación— el propósito de

(10) Nombela y Campos Julio.—**Op. cit.** Pág. 43.

(11) Nombela y Campos Julio.—**Op. cit.** Pág. 45.

Larra es hacer una sátira más social que política, de su tierra, lo cual es cierto, ya que las alusiones políticas tan fogosas en otra época, aquí son veladas, aunque como joven revolucionario considera que la libertad debe ser tanto política como literaria, a saber: que la una es consecuencia de la otra. Tal vez sea a estas cartas a las cuales debió la publicación su buen éxito, por ser lo mejor de ella, aunque, también, quizá fueron ellas, la causa de su desaparición.

Larra tiene dentro de esta publicación un mérito en sus sátiras, y es que, debido a la situación de la época, debía andar con cuidado acerca de lo que decía, y entonces, al hacer la crítica, no se refiere a personas ni personajes particulares, sino que abarca al público en general, sin exclusión ni de clases ni de ideas; además de que, para hacer más inocente su propósito, le dio a su obra forma y estilo literarios. Con este pretexto, le fue fácil relacionar el estado de las letras con el de la sociedad, no dejando su ingenio nada por comentar.

La sátira profunda, y hasta cierto punto amarga, del **Pobrecito Hablador**, es semejante a la de casi todos los ingenios de este tipo, esto es, su gracia no es alegre, antes bastante triste, lo cual se debe a que esos ingenios ven los defectos y lloran por ello, aunque se burlan de su propio dolor. Con todo esto, la crítica de esta publicación no es destructora, sino por el contrario, tiene el afán de hacerle entender al pueblo sus propios males, para que, así, sea más fácil su corrección.

Crítica Larra en todos estos artículos a los autores que abusan en sus escritos de las citas y los epígrafes, con el único afán de dar a entender una amplia cultura, con lo cual tiene que confesar que él también padeció de este mal cuando era El Duende, y se arrepiente de ello por ser una muestra de pedantería; y lo mismo hace en varias ocasiones, reconocer sus errores, lo cual demuestra que si bien es cierto que fue de índole orgullosa, también fue sincero y supo confesar sus faltas.

Los principales temas del dicho periódico son: la incultura del público, —ni se lee, ni se escribe, ni se habla—; los autores mediocres; los señoritos y la pereza nacional, a la que dedica el artículo "Vuelva Ud. mañana", en que critica el afán de querer vivir sin trabajar. Este artículo es una de las mejores sátiras del **Pobrecito Hablador**, no sólo por el tema, sino por lo fácil y flúido de su estilo, peculiaridad característica y esencial de Larra.

Todas estas críticas sociales del **Pobrecito Hablador** le crean fama de antiespañol; pero como él mismo dice, y yo estoy de acuerdo en ello, el verdadero patriota debe reconocer lo bueno y lo malo de su tierra, además, hay que tomar en cuenta que Larra trataba de corregir, y la mejor manera de hacerlo era mostrarle al pueblo sus faltas, para que, cayendo en la cuenta cabal de ellas, las evitase.

El primer número del **Pobrecito Hablador** comienza con las siguientes palabras, con que se cura en salud, para que no le reprochen, ni le tachen meterse con nadie, no quiere criticar, sino divertir: "No seremos escrupulosos en la elección de los medios de diversión, siempre que éstos no puedan acarrear perjuicio nuestro, ni de tercero; siempre que sean lícitos, honrados

y decorosos. A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas... si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen a alguien, aconsejamos al original que se corrija, en su mano estará, pues, que deje de parecersele" (12).

Para hacer el estudio de esta publicación, comenzaré con las composiciones en verso, de las que hay dos, escritas ambas en tercetos y que tienen el mismo defecto de toda la producción poética de Larra, su poco valor estético y estilístico.

La primera de ellas: "Epístola contra los vicios de la corte", trata de un asunto ya bastante trillado, la vida cortesana del Madrid de la época. La sátira es fuerte, la crítica no es superficial, ya que va dirigida a tipos representativos y a sus vicios principales, de los cuales el mayor va siendo el de acumular dinero, lo que hace que vaya dejándose a un lado el intelecto.

La corte le fastidia y desea huir de ella. Con todo, no es apatía lo que demuestra, sino, por el contrario, afán de corregir esas faltas. Opuesto a este Madrid que pinta aquí, con vicios, pero con un porvenir, está el de su artículo "Día de Difuntos", de su última época, en que ya no hay esperanzas de arreglo: "Madrid es un cementerio".

La segunda es una sátira contra los malos versos de circunstancias, en que critica el alud de malas composiciones que por entonces se hacían en honor de Fernando VII, y aunque la persona del monarca no es, en modo alguno, de su agrado, no por ello deja el tono prudente que aconsejan las circunstancias, y alaba al rey, aunque la manera de hacerlo, manifestando su amor hacia él y exaltando las cosas buenas que ha hecho, hacen suponer que lo que en realidad desea es molestar.

Aprovecha la ocasión para dar una idea acerca de cómo ha de ser la poesía, esto es, las normas que debe seguir el poeta en sus composiciones, deben suprimirse las palabras altisonantes, los adjetivos inútiles, y todo lo que sea pura palabrería sin sentido, hay que ir al grano, expresándose sinceramente.

Seguiré con el estudio de los diversos artículos tanto de costumbres, como políticos y literarios, para terminar con las cartas de Andrés al Bachiller.

1) "¿Quién es el público y dónde se le encuentra?", perfecto estudio del genio español, el que para él, hasta cierto punto educado a la francesa, es difícil e incomprensible, aun cuando entiende sus numerosas contradicciones y absurdos.

Hay en este artículo, aparte otras notas importantes, a que más adelante haré mención, reminiscencias de Lope de Vega, cuando se refiere a la personalidad del público, a quien juzga Larra de manera semejante al Fénix de los Ingenios, diciendo de él: "¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinión de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso e infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y

(12) Larra Mariano José.—**Obras Completas**. México 1845. Pág. 2.

gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone a la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera? Sólo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos" (13).

2) **"Empeños y desempeños"**, crítica del afán de aparentar lo que no se tiene, sacrificando lo necesario a lo superfluo, para hacer un gran papel en el mundo, mal muy común durante el siglo XIX en la clase burguesa española, que tenía la desventaja respecto de la burguesía europea, de no ser en España una clase adinerada, sino escasa de medios pecuniarios, pero deseosa de tener autoridad y representación. Lo mejor del artículo es el de veras extraordinario espíritu de observación del autor, que no deja de caer en la cuenta que todo este mal tiene origen en la poca educación de la juventud, a quien representa en la supuesta figura de un sobrino suyo: ".este tal sobrino, es un mancebo que ha recibido una educación de las más escogidas que en nuestro siglo se suelen dar; es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas, contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci, canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz, monta a caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid a sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro, no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar. Habla un poco de francés y de italiano, siempre que habla de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata. Por supuesto no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces, pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes" (14).

3) **"¿Quién es por acá el autor de una comedia?"**, en tono de protesta firme, clama contra las injusticias que se cometen con los poetas, a los cuales juzga tratados como seres inútiles que no pueden tener ni voz ni voto, sin embargo de ellos dice que, "sólo callaremos espontáneamente cuando hayamos hablado" (15).

4) Artículo dedicado a la filología, y en el que protesta contra el mal que aqueja a la época, las constantes traducciones del francés y la continua introducción de galicismos en nuestro idioma, cosa que no debe permitirse, pues si por medio de la lengua el hombre se defiende y se mata, lo menos que puede hacer con ella es cuidarla y limpiarla de cuando en cuando.

5) En este artículo hace mención a un tema al que ya me he referido antes, la manía de los jóvenes de abusar de las citas y epígrafes, por tanto, está de más mayor explicación.

(13) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 7.

(14) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 19.

(15) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 31.

6) **"El casarse pronto y mal"**, sátira del romanticismo y de los males que trae el salirse de un extremo para caer en otro, ya que sale peor el remedio que la enfermedad. Ningún extremo es bueno, ni la antigua educación demasiado severa y demasiado escasa, que anulaba la personalidad: "es decir, rezar diariamente el rosario, leer la vida de santos, oír misa todos los días, trabajar los de labor, pasear las tardes de los de guardar; estrenar vestido el domingo de ramos", pues los padres "andaban con las manos más besadas que una reliquia vieja y registrando los rincones de la casa, temerosos de que las muchachas hubiesen a las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como se solía decir, a pretexto de inclinar a la virtud, enseñan desnudo el vicio"; ni la moderna educación con libertades absolutas, "poder leer sin orden ni método cuanto libro venga a las manos, la religión no es más que un comercio social en el que sólo los tontos entran de buena fe, el respeto a los padres no debe ser necesario, etc.. "; pues esto sólo puede traer desgracias.

A la juventud, hay que enseñarla, instruirla, hacer que tenga fe y no se deje llevar por vanas ilusiones, sino que debe ser consciente de lo que hace. **"¡Ironías del destino!"**, el tono sarcástico con el que ridiculiza ese cuadro que ya no resulta cómico, sino trágico, llega a ser el reflejo de su propia vida.

7) **"El Castellano Viejo"**, sátira de lo más ingeniosa y graciosa acerca de las gentes que presumen de no tener prejuicios y de no estar sometidas a las conveniencias sociales, lo cual dada su falta de educación les hace caer en lo grosero.

El principal mérito de este artículo, al que me referiré más ampliamente un poco más adelante, es que en él muestra su dominio del alma humana, ya que no percibe las cosas de fuera hacia dentro, sino al revés, y ahí está su valor.

8) **"Teatros"**, artículo en el que podemos ver muy claramente su preocupación pedagógica, ya que se refiere en él a la educación y a la instrucción, culpando de la falta de ella, aunque en forma indirecta, al gobierno: "lo repetimos a voces: instrucción, educación, fundada en la religión, en la virtud y en la verdadera sabiduría, entonces no puede ser más que un bien para todos, entonces sólo puede conducir al hombre a conocer sus verdaderos intereses en sociedad, puesto que no puede vivir de otra manera. Si el interés de un hombre puede estar tal cual vez momentáneamente en contradicción con el bien general, a la larga el interés de todos los hombres está en la virtud, en el orden. Esto es lo que sólo puede enseñar una sólida instrucción, que no se quede a medio camino: estamos seguros de que el interés es el gran móvil del hombre, toda la dificultad está en hacerle conocer cuál es su verdadero interés" (16). "Esto se lo proporciona la sólida instrucción, que es la única de que hablamos, en este caso ésta será en todo y por todo para el hombre el manantial de su felicidad"

Más adelante reflexiona, henchido de buenas intenciones y sanos consejos acerca de cómo debe resolverse la situación en que se hallan el tea-

(16) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 38-39.

tro y los actores, los cuales "necesitan tener mejor educación, si han de ser en las tablas modelo de ella" (17). Les aconseja no dejarse llevar por la costumbre, ni vencer por la apatía, sino tratar de superarse siempre, intentando ser ellos los restauradores del teatro para con ello lograr vencer la desgana del público, y así se logrará que se tenga mayor aprecio al hombre de letras, quien, desde luego y por otro lado, debe hacer valer su talento. Si se logra ésto, el camino estará ya libre y limpio; pero desgraciadamente el artista, tanto el poeta como el actor, han perdido todo idealismo, sus intereses van únicamente hacia lo material. La sátira no es amarga, pero sí seria.

9) "El mundo todo es máscaras", en él se ve algo de la misantropía de Larra y de su índole, mezcla de buen humor y mal humor. El artículo es ingenioso; pero, al propio tiempo, se ve que la hiel empieza ya a derramarse por su alma. Hace en él un estudio, lleno de penetración psicológica de muy diversos personajes: la mosquita muerta, el santurrón, los viejos presumidos y fanfarrones, etc., todo es hipocresía y mentira, "el mundo todo es máscaras, todo el año es Carnaval"

Para concluir el análisis de esta publicación, me referiré a las cartas incluidas en ella, que a mi juicio y como ya he dicho, puede que sean lo mejor de ella.

En la primera, escrita a Andrés desde las Batuecas por el **Pobrecito Hablador**, se lamenta del desastroso estado de las letras en esos días y sobre todo del poco interés que despiertan estos asuntos. El rico sólo piensa en mejorar, "no estudio para intérprete: si voy al extranjero en llevando dinero, ya me entenderán, que es la lengua universal" (18); el burgués en ir viviendo, los escritores no intentan ni siquiera escribir porque ya de antemano juzgan que el público no los aceptará.

Con una ironía de lo más fina y aguda, con la mayor seriedad y en medio de grandes exclamaciones, se burla de la absurda manera de pensar de aquella época, "Aquí nadie prospera con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla, aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razón que porque no las hay a menudo, y las malas ni se silban, ni se pagan por miedo de que se lleguen a hacer buenas todos los días. Aquí somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡Oh desinterés! Aquí se trata mal a los actores medianos, y peor a los mejores por no ensorbercerlos. ¡Oh deseo de humildad! No se les da siquiera precio por no ahitarlos. ¡Oh caridad! Y a la par se exige de ellos que sean buenos. ¡Oh indulgencia! No es aquí, en fin, profesión el escribir, ni afición el leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida: que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo menos tonto y mayorazgo.

(17) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 53.

(18) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 14.

"¡Oh tiempo y edad venturosa! No paséis nunca, ni tengan nunca las letras más amparo, ni se hagan jamás comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela" (19).

"A nadie le importa despertar el propio genio, se ha llegado al conformismo de traducir obras de otros que por el simple hecho de ser extranjeras, aunque sean malas, se aceptan, así: "en este país ni se lee ni se escribe"

La sátira va dirigida, en la segunda de ellas, al falso honor del siglo, fundado en un afán de lucro y en un exceso de prejuicios sociales por temor a las burlas y comentarios de los demás; que ya nada tiene que ver con el tradicional honor español: "Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo"

Y si en la carta anterior se lamenta de que en España ni se lee, ni se escribe, ahora le hace saber al Bachiller que en las Batuecas tampoco se habla; "¿No puedes concebir que llegue a tanto la moderación de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamáis a la prudencia miedo, a la moderación apocamiento, a la humildad ignorancia. A toda virtud habéis dado el nombre de un vicio" (20).

Como he dicho antes, en las cartas trata Larra los temas que en verdad le interesan, y en ésta, entre broma y broma, se queja de la poca libertad que tienen en España para todo y de cómo el gobierno, con falsos argumentos, hace creer al pueblo, que en vez de estar siendo cada vez más autoritario y dictatorial, les está dando grandes libertades: "Se me olvidaba decirte que a mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres Batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creían!"

Ahora bien, todo ello hay que leerlo entre líneas, pues todavía no ha llegado su ánimo a dislocarse y guarda las apariencias que su prudencia le dicta.

La tercera carta es la respuesta de Andrés al Bachiller, y en ella, lo primero que hace es manifestar su falta de fe en la sociedad: "...todo el mal de mi desconfianza está en vivir yo más de lo pasado que en lo presente: es el caso que he sido tonto, lo cual no es poca fortuna, porque hay otros que lo son todavía, y muchísimos que lo serán hasta que se mueran; he sido tonto, es decir, que me han engañado muchas veces: de aquí procede que en el día estoy reducido a no creer más que en Dios, porque en cuanto a creer en los hombres me voy con muchísimo tiento"

Comenta de la misma manera, y haciendo gala de la sutil ironía que singulariza a toda esta época, la mala educación de la juventud, y la forma inmoral en la que se otorgan los empleos, sacando a relucir toda la ba-

(19) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 16.

(20) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 32

jeza y suciedad que hay debajo de todo ello, ya que ni el que parece más honrado lo es. Así, para ser oficinista: "... con saber darse tono, con hacer esperar a los hombres y a las feas en la sala de audiencia, diciendo el portero que el señor oficial está sumamente ocupado, con no conocer a nadie al entrar y al salir, con ahuecar la voz, estirarse el corbatín y perder el expediente, ya está más que aprendido el oficio" (21).

Larra tiene fe, es joven, no ha llegado la desilusión a su alma, quiere educar, elevar el nivel social de su país. Por tanto, dice a los batuecos que la solución llegará el día que: "... conozcan todos la necesidad de no sacar más sangre de este cuerpo ya desangrado; cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas, un plan uniforme, una marcha prudente, menos egoísmo, menos miedo, menos partidos y colores, menos pereza y holgazanería, cuando el cielo nos envíe luz para ver, y aplicación para trabajar. "

Con todo, y a pesar de estas ideas, es Figaro todavía precavido, y, así, hace ver que su intención no es criticar al gobierno: "No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos a describir al justo gobierno que tenemos: no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más o menos abusos, donde el gobierno más enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea"; aunque desde luego el tono, satírico indudablemente, es de censura.

"**Conclusión**" es el título del artículo más sensato y mejor escrito de esta publicación, en que explica el porqué de la suspensión del **Pobrecito Hablador**. El tono es serio, y Larra razona muy claramente, y con mucha lógica, acerca de cómo no es hacerle un bien a una persona el taparle sus defectos diciéndole que todo está bien, sino todo lo contrario, lo que debe hacerse es, hacérselos conocer y enseñarla a corregirlos para que pueda corregirse o enmendarse. Es absurdo encerrarse, por apatía o necesidad, en las costumbres de siempre, sean buenas o malas, y no querer vislumbrar nuevos horizontes, por pensar que ello es falta de patriotismo.

Esta nueva prohibición va a causar una nueva desilusión en nuestro autor, y con ella comienza el descenso espiritual que en su genio se produce, pues se empieza a caer en la cuenta de que su más cara ilusión, hacer prosperar a la sociedad española, es tarea prácticamente imposible, ya que no se puede ayudar a quien de plano cierra su entendimiento a toda ayuda y, antes de saber de que se trata, la rechaza.

Frente a este artículo, carente de ironía, sobreviene la sátira hiriente de la "**Carta última de Andrés al Bachiller**", en la que toma ya todo a broma, y al propio tiempo no perdona nada; la inteligencia y la incultura, la España absurda en la que no se hace nada, todo trabajo noble y honrado al igual que cualquier afán de cultura, no se comprende, lo único que cuenta es la posición y la ilusión es ser un señorito sin oficio ni beneficio, pues las buenas cualidades no cuentan, así hablando de un cierto sobrino, dice: "es de primera necesidad que se vista de majo y eche un cuarto a espadas

(21) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 36, 56, 59, 57.

en cualquier funcioncilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre, que sí se celebrará, con estas dos cosas será una columna de la patria y un modelo del buen tono, según los usos del día. Si pudiera ser además que pasase la mañana haciendo visitas, y dejando cartoncitos de puerta en puerta, la tarde haciendo ganas de comer. . ., la prima noche silbando alguna comedia buena, y la madrugada de raout en raout, perdiendo al ecarté su dinerillo y el de sus acreedores, sería doblemente considerado de las gentes del gran mundo, y atendido de las personas sensatas del siglo" (22).

"Ea pues, hijos, yo me muero todo: tomad para vos este escarmiento: antes de hablar, mirad lo que vais a decir; ved las consecuencias de las habladurías. Si apego, tenéis, a vuestra tranquilidad, olvidad lo que sepáis; pasad por todo, adulado de firme, que ni en eso cabe demasía, ni por ello prendieron nunca a nadie: no se os de un bledo de como vayan o vengan las cosas; amad a todo el mundo con gran cordialidad, o a lo menos fingidlo si no os saliere de corazón, con lo cual pasaréis por personas de muy buena índole, y no como yo, que muero en olor de malicioso porque he querido dar a entender que de algunos países nunca puede salir nada bueno. en fin. muero. a Dios hijos. ¡de miedo!!!" (23).

Palabras éstas del último artículo del **Pobrecito Hablador**, que relata la muerte del bachiller, recogida por Andrés Niporesas, y en el que con enfáticos lamentos, se burla del tono de los aduladores del tiempo y llora la muerte de su amigo, dando por terminada su tarea con sarcástico acento: "Rogaré a Dios y a Santa Rita, abogada de los imposibles, por la prosperidad de nuestra patria que tantos nos anuncian con tan fáciles como inconsideradas promesas"

Con todo esto, no se da Figaro por satisfecho de su tarea y todavía escribe "**La carta panegírica**" en que satiriza la persona de un mal poeta que había pretendido ajustarle cuentas al **Pobrecito Hablador**. Vuelve a emplear en ella el tono ingenioso y festivo, peculiar en él, diciendo las cosas como quien no quiere.

Desde esa época en adelante, el tono de los artículos de Larra irá cambiando cada vez más hasta llegar a lo desorbitado, por lo cual esta primera publicación es totalmente distinta de los artículos que escribió cuatro años después. Ello no obstante, no puede decirse que la época del **Pobrecito Hablador** sea ya así, pues si bien es cierto que tenía Figaro propensión a ver las cosas por el lado peor, en estos primeros tiempos pone cuidado en no dejar traslucir sus sentimientos por entre sus críticas, y su afán es presentar tipos y estudiar costumbres con el fin de corregir los males de esa sociedad. Por ello, no estoy de acuerdo con los críticos que han dicho que **El Pobrecito Hablador** es un conjunto de críticas negativas con las que desahogaba su bilis un escritor soberbio y malhumorado. Es cierto que de vez en cuando se advierte en él un tono pesimista, pero este aspecto no es el principal en los artículos, como lo fue después, sino el aspecto principal es

(22) Larra Mariano José.—**Op. cit.** Pág. 77.

(23) Larra Mariano José.—**Op. cit.** Págs. 83 y 84.

el docente, ya que casi todos ellos encierran una lección, esto es, casi todos los artículos proceden de un pensamiento claro y responden a un fin práctico y educativo.

Ahora bien, pasan cuatro años, la vida sentimental y política de Larra está llena de fracasos en los que él mismo se recrea, aumentándolos; su genio va haciéndose cada vez más retraído, enfermizo ya; su filosofía de la vida llega al escepticismo; entonces es cuando puede decirse que sus artículos buscan sólo los aspectos negativos de la sociedad. Tanto es así, que puede hacerse la comparación entre unos y otros, y ver claramente y sin dificultad esta transformación.

El artículo más representativo es el titulado "**Día de Difuntos**", que representa en la literatura lo que las aguafuertes de Goya en la pintura, por su magnífica expresión y su fuerza íntima. Pero en el titulado "**Los amantes de Teruel**", es donde puede verse ya mejor su próximo fin, pues el tono es de total desesperación. No tiene fuerzas, Larra ha muerto ya, si no material, sí espiritualmente.

No me detendré ahora, en ellos, ya que más adelante volveré a referirme a ellos con más detenimiento, pero lo cierto es que, en éstos y en algunos otros más, de los que ahora hablaré, puede verse como el tono fervoroso a la par que inteligente, sincero, educador y libre de presentimientos y amarguras, que emplea en "**El Pobrecito Hablador**" con el fin de corregir el atraso, rusticidad, ignorancia, desidia, etc., de los batuecos, ha desaparecido. La sociedad ha dejado de moverlo a interés.

Como muestra de todo esto, tenemos, por ejemplo, el artículo escrito hacia el año 1833, titulado "**Las casas nuevas**", en que aunque muestra estar en poca simpatía con la sociedad. Dice en él que, a pesar de que todo le aburre —tanto es así, que ha mudado varias veces de nombre— y quién sabe los nombres "que me quedarán aún que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me cansa es el vivir. " Están en oposición a esto los artículos: "**Vidas españolas célebres**", "**Horas de invierno**" y "**Figaro a los redactores del mundo**", entre otros.

En el primero de ellos, refiriéndose a la obra de don José Quintana, acerca de don Alvaro de Luna y el padre Las Casas, dice que el hombre al paso que crece y madura va perdiendo la visión poética del mundo, las ilusiones, para luego, cuando pasa algún tiempo, ir respirando "la amargura del desengaño, la triste verdad de la experiencia". España no tiene nada de que sentirse orgullosa, "triste es reflexionar que entre los muchos hombres que han immortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia, es contado el número de los que han influido en su prosperidad" (24). "Harto débiles para sobreponerse a su siglo y a su país, en vez de presentarles su influencia, la han recibido de ellos: han sucumbido a las circunstancias que los han rodeado, casi siempre, en vez de dominarlas. Considerados políticamente nuestros grandes hombres han sido bien pequeños"

(24) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 342.

Como puede verse por las líneas precedentes, en este artículo el tono es de desengaño, de melancolía, pero no de desesperación, es sólo el primer escalón hacia la cima en que ha de hundirse.

"**Horas de invierno**" sigue marcando la línea inclinada del descenso espiritual de Fígaro. En él, haciendo un balance de lo que ha sido la historia de España, llega al momento actual, que no da nada positivo en ningún aspecto, "El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte a los embates de la tempestad: no en los bajos ni en la confusión de las vertientes cenagosas que se desprenden a inundarlos de la montaña. El genio ha menester del laurel para coronarse, y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas" (25).

Va analizando cada uno de los aspectos de la cultura, que son los que hacen que el hombre progrese, y comprueba que en España esta es tarea imposible, ya que, "escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apun-tación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo deses-perante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta". El teatro que es uno de los mejores medios de educar entreteniéndolo, ¿será acaso el refugio de la gloria de España?, "¿el teatro, sin actores y sin público, el tea-tro nacional, que por último insulto, para mengua eterna y degradación sin fin del país, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las no-ches en que está ronca la primera dama?"

Así, no hay nada que hacer, sino llorar.

En el tercero de estos artículos, "**Fígaro a los redactores del mundo**", ha perdido ya Larra, totalmente su tono irónico y prudente del **Pobrecito Hablador**; la sátira en éste es directa e hiriente, no cuida sus palabras, es más, trata de que ellas sean bien claras; para él, todo merece el más pro-fundo desprecio, y vemos en ella, que antes de la desesperación que le lle-va a la muerte, pasa Fígaro por la indignación que le mantiene en vida. En España no hay armonía, "la disciplina no la conoce ni la tropa", todo son arbitrariedades, así, "tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportación que ocurra, y pedidas cartas de recomendación para las is-las adyacentes, aunque no pensamos ir porque no conspiramos y por otras razones" (26), y, por desgracia, no fue la maleta lo que hizo Larra para li-brarse de esa sociedad, sino algo muy más sonado: se pegó un tiro.

(25) Larra Mariano José.—**Op. cit.**, Tomo II. Págs. 136 y 137.

(26) Larra Mariano José.—**Op. cit.**, Tomo II. Pág. 145.

Capítulo III.—Larra costumbrista. Artículos de índole política.

Los antecedentes de los artículos periodísticos costumbristas de esta época no deben buscarse solamente en Francia y como algo que España imitara de ella, ya que, en los autores del Siglo de Oro, y en especial, en la novela picaresca, pueden hallarse antecedentes más exactos. Este tipo de novela, no es sino un reflejo de las costumbres de la época; y los artículos costumbristas tienen ese mismo fin.

Durante el siglo XIX, este género volverá a cobrar la importancia que había tenido en siglos anteriores, aunque no con el tono moralizador tradicional, sino con el afán de pintar y analizar la vida de ese momento.

Entre los autores de este género, podemos señalar, en España, principalmente a tres: Estébanez Calderón, que tomará a España en su aspecto regional, Mesonero Romanos, que será el cronista de la villa de Madrid; y Larra, "orientado hacia un porvenir de transformación y progreso, pensador sutil y avisado cuanto caústico y pesimista; la primera avanzada considerable del pensamiento y criterio centroeuropeos penetrado en la vida española. Costumbrista sólo en la forma, en el fondo político y psicólogo, atento a la dinámica del espíritu mucho más que a la exterioridad visible y efímera, despegado del medio en que vive, hostil más bien a él, con el ideal fuera y lejos. Displicente, solitario, misántropo, ni el pueblo, ni la clase media le atraen, sino el lujo, la elegancia y el refinamiento cultural de las cumbres sociales, mas tampoco éstas le retienen y antes de cumplir los treinta es un desertor de la vida" (1). Aunque un poco larga la cita, creo no estará de más, pues en ella se encierra la personalidad de Larra como costumbrista, es decir, su espíritu observador, mezcla de ironía festiva y tristeza, puesto que esa sociedad, de la que nos hará ver toda clase de tipos; burgueses, calaveras, actores, aristócratas, etc., fue, si bien se mira, una parte muy importante de sus males.

Larra debió de empezar a dar a conocer, en el Parnasillo, sus observaciones irónicas acerca de la España de su época; pero bien pronto debió de tentarle la idea —a imitación, tal vez, de los autores ingleses y franceses—, de dar a conocer sus ideas a un público más numeroso; así la sátira periodística le ofrecía indudables ventajas, pues "a la vez que comentaba episodios del día, ponía de manifiesto los achaques permanentes de la sociedad" (2), además a la crónica de los sucesos ordinarios, podía añadirse un estudio costumbrista. Ya el francés, Víctor Joseph Etienne Jouy, quien alcanzó mejor éxito en España que en su propio país, había trazado este camino dando a la crítica de costumbres un tono entre serio y frívolo. Después de éste, otro francés, Courier, hizo mofa y escarnio del gobierno de su tiempo; pero siempre tratando de no faltar a las conveniencias sociales. Ello no obstante, se burlaba de sus superiores y del público que no sabía leer entre líneas su intención; y el estilo de éste, más que el de Jouy, parece haber influido en Larra, aunque no puede decirse que Figaro sea exactamente un imitador, pues aunque es cierto que tomó temas de ambos autores y

(1) Lomba y Pedraja.—Op. cit. Pág. 14.

(2) Nombela y Campos.—Op. cit. Pág. 224.

luego hizo varias traducciones del francés, siempre al hacer cualquiera de estas cosas, las arregló y las adaptó a las costumbres españolas, dándoles aspecto castizo, por ejemplo, en el artículo: "**¿Quién es el público y dónde se encuentra?**", aunque la idea está tomada de Jouy, Larra no observa al público francés, sino al español, así, lo primero que hay que ver en dicho artículo, es que, desde estos primeros tiempos del **Pobrecito Hablador**, muestra ya Figaro toda su agudeza y humorismo, y además, como dice Lomba, "trae un ideal consigo muy precioso, muy transparente. Este ideal ya no ha de abandonarle hasta el fin de su carrera brillante y breve, al contrario, se irá afirmando en él día por día, madurará, perderá asperezas de forma y expresión, irá extendiéndose a nuevas esferas de su mundo mental", y este propósito ideal será el de elevar la sociedad de su patria al nivel de las sociedades extranjeras, y de éstas, tal vez, al de la francesa. Aquí puede hacerse un paréntesis para indicar dónde se presenta la diferencia entre Larra y Mesoneros, y ver como aquél no está influenciado por éste, ya que Mesoneros ama lo que escribe, admira a Madrid, está orgulloso de él, y Larra ve en Madrid a "las Batuecas"

Así, lo primero que hace en este artículo es manifestar que él dirá su opinión verdadera de las cosas, venga o no al caso, ya que, a fin de cuentas, no es más que "un pobrecito" A continuación, toma un día domingo para salir a la calle y observar al público, y la descripción que hace de la gente y del medio en que se mueve, no puede ser más que española y, más todavía, madrileña; la gente endomingada, las fondas, una de las cosas más aborrecidas por Figaro, que muestra en ello su poca adhesión a la vida bohemia y desarreglada de sus compañeros. Se ve siempre la repulsión que le causa esa clase media que, con tal de presumir, es capaz de aguantar toda esa suciedad de los lugares públicos, ya que hace mención a ello en más de una ocasión; del mismo modo, le provoca indignación la charlatanería de la gente, a la cual presenta como un grupo de "majaderos, que no entienden nada y disputan de todo".

La conclusión del artículo será, por razón natural, que el público es: "el pretexto tapador de los fines de cada uno", es además: "injusto, caprichoso, parcial, intolerante, se deja llevar por impresiones pasajeras, es maligno y malpensado y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; olvida con facilidad e ingratitud los servicios más importantes y premia con usura a quien le lisonja y le engaña. " Así, para él, la gente es inculta y perezosa, y la verdad es que Larra hace una burla certera de ello y acierta en la descripción de todos esos vicios, pero también es cierto, que, tampoco hace nada por ver alguna virtud; y, para que el cuadro sea más completo, en el artículo: "**Vuelva Ud. mañana**", presenta a la pereza española frente a la actividad francesa. Así, en este último artículo vemos cómo un francés, que llega a España lleno de buenas intenciones y con deseos de emplear buena parte de su caudal en favor del país, choca con una serie de funcionarios ineptos: un genealogista, que: "aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo, instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días"; pasados más de quin-

ce días, cuando el trabajo estuvo terminado, "mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz y la noticia no servía" Lo mismo les pasa con el traductor y el escribiente, el uno: "necesitaba dinero diariamente para comer con la mayor urgencia, sin embargo nunca encontraba el momento oportuno para trabajar", y el otro: "llenó las copias de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en el país" Y todo esto queda en nada cuando tienen que enfrentarse a los covachuelistas y a sus papeleos. El francés tiene que presentar un informe urgente, el cual después de mil vueltas llega a su destino, pero: "vuelto el informe, se cayó en la cuenta, en la sección de nuestra bendita oficina, de que el tal expediente no correspondía a aquel ramo, era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondiente, y hétenos caminando después de tres meses a la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar ni muerto ni vivo de la huronera. Fue el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro" En resumidas cuentas, el francés desesperado vuelve a su país sin haber logrado nada de lo que proponía. Así concluye Larra el artículo, haciendo gala de la ironía festiva, que en toda esta primera época del **Pobrecito Hablador** le singulariza, diciendo que: "ha más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo que llamé: **Vuelva Ud. mañana**, que todas las noches y muchas tardes he querido durante este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz diciéndome a mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: ¡eh mañana le escribiré!"

Por este artículo y otros semejantes, ha sido tenido Larra, por algunos autores, por afrancesado, aunque yo tengo para mí, a pesar de las circunstancias de su vida, que bien pudieron contribuir a afrancesarlo, que más que afrancesado, era un español castizo cuya clara inteligencia le hacía comprender el atraso de su patria frente a Francia, y que no se dejaba cegar por una absurda patriotería, sino por el contrario, se sentía movido por su patriotismo de buena ley a emplear ese tono con el fin de beneficiar a España, tratando de igualarla a las demás naciones europeas, esto es, en él: "convivían el ardiente admirador de la cultura extranjera y el patriota ferviente y orgulloso" (3), cosa que él mismo manifiesta, al decir: "Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos, sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro". Así, al estudiar este tipo de artículos, hay que tomar en cuenta, por un lado, su educación francesa, al mismo tiempo que su patriotismo. Por tanto, no considero que los párrafos siguientes, en que defiende al extranjero que quiere emplear un capital en España y fomentar el comercio, sean una muestra de afrancesamiento, sino todo lo contrario: "Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las na-

(3) Lomba y Pedraja.—Op. cit. Pág. 28.

ciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro medio que el de recurrir a los que sabían más que ellas.

"Un extranjero —seguí— que corre a un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe, si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos hacernos solos"

De la misma manera, cae en la cuenta Larra, y quiere hacer que caigan también, en ella sus compatriotas, de que, aunque España había sido grande, ya no lo era, y el reconocerlo no es falta de patriotismo, sino todo lo contrario. Ahora bien, tal vez sucediese con Larra, no que no fuera sincero, sino que su genio orgulloso le hiciese exagerar las cosas, y más que esto, despreciarlas, pues él mismo sabía apreciar su propio valer, y en más de una ocasión, así lo manifiesta. Con todo, el orgullo de Larra, que tendrá tanta importancia en su vida, es un orgullo "retraído, susceptible, doliente, concentrado y rencoroso, que destila el veneno del pesimismo sobre el corazón que lo nutre" (4). Es cierto también que este pesimismo era hasta cierto punto lógico, pues partía de su sensibilidad enfermiza y pasando por sus problemas familiares y apuros económicos, que le hicieron cuenta de la falsedad de las personas y amistades —cosa que no olvidará nunca—, y debía contribuir a hacerlo más altanero y retraído.

Como costumbrista, Larra tiene la preocupación social de la España de su tiempo, a la cual juzga tal vez, como ya se ha dicho, demasiado duramente, y a la cual opondría, quizá demasiado elogiosamente la vida parisien- se, que él admiraba de veras; lo cual, es menester insistir en ello, no quiere decir que considerase despreciable a su patria, antes si la zahería y satirizaba, era porque, valiéndose de sus acres censuras, pretendía igualarla a la que él, sinceramente, pensaba era la mejor.

Como ejemplo de estas ideas, pueden citarse tres artículos bastante significativos: "**La fonda nueva**", "**Entre qué gente estamos**" y "**Vida de Madrid**", en los que hace un detallado estudio de dicho tema.

En el primero, "**La fonda nueva**", toma por asunto la monotonía de la vida madrileña y lo pueblerino de sus habitantes, que, por pereza, no se molestan siquiera en distraerse: " . . . el público español, o no siente la necesidad interior de divertirse, o se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos". Y con este motivo hace mención a otra de sus fobias, las fondas, y al afán de la gente de ir a ellas a comer peor que en su casa, con "mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos, que sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de yerbas y que no podría acertar a tener nombre más clásico. "

Estas cosas le sublevan, pero el tono del artículo no es amargo, sino enérgico; hay que remediar los males, hay que luchar y salir adelante.

(4) Lomba y Pedraja.—Op. cit. Pág. 29.

En el segundo de estos artículos, pone de manifiesto, en primer lugar, la mala educación del pueblo, que no sólo no trata de corregirse, sino, por el contrario, hace alarde de sus faltas: "...verdad es que en punto a educación y buenos modales generalmente se puede asegurar que aquí todos los días empiezan mal y acaban peor" Del mismo modo, insiste en su desprecio de los covachuelistas y las oficinas públicas, en donde no se halla un solo empleado que tenga tan siquiera un poco de educación: "...entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debían contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, y nos volvieron la espalda..."

Siguiendo el análisis de la sociedad madrileña, retrata a un sastre, a un mozo de café y a un señorito, poniéndolos como muestra del poco respeto de clases que hay en el país, ya que el mozo se tutea con el señorito y el sastre hace alarde de menospreciar al cliente, lo cual, Larra, le hace exclamar henchido de indignación: "¿es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusión de clases y personas?" "¿Qué orgullo es el que impide a las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¿Qué trueque es éste de ideas y de costumbres?"

A pesar de que la crítica que hace Figaro de sus compatriotas, es menos piadosa que la precedente, puede verse en ella algo positivo, y es que el tono no es todavía ni amargo, ni resentido: su mente aprecia aún las cosas con claridad, y el afán de su sátira no es destructor, sino por el contrario, trata de elevar, por medio de sus escritos, el nivel intelectual y social de la gente.

"La vida de Madrid", artículo escrito sólo un mes después que el sobredicho, pone de manifiesto ya el descenso de la vida de nuestro autor. La melancolía y el desengaño van apoderándose de su alma, y él mismo parece recrearse en este dolor. En él retrata al típico señorito madrileño, que pasa por la vida sin mayor pena, ni gloria: no hace nada, no piensa en nada, nada le interesa, y Larra lo entiende así y padece al caer en la cuenta de ello, y sobre todo, al ver que no hay manera de remediar el mal.

Hay que notar que los artículos costumbristas de Larra son pobres en elementos pintorescos y exteriores, esto es, prácticamente no hay descripciones de objetos, lugares y personajes. Le importa más que esto, meramente temporal, la parte psicológica del asunto, a saber: las pasiones, las intenciones y "el mundo incorpóreo de las inteligencias y de las voluntades de los hombres" (5).

Su posición, como costumbrista, no será la de un pintor que halaga, sino la de un hombre hostil a la sociedad. Sirva de ejemplo a ésto su artículo titulado, asimismo, "La sociedad", en que principia diciendo que: "...la sociedad es de todas las necesidades de la vida, la peor" y continúa: "...convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació, por consiguiente, social".

(5) Lomba y Pedraja.—Op. cit. Pág. 34.

Como el propio Larra lo dice, no trata él de refutar a la sociedad, sino de pintarla, y pone de protagonista a un joven que se introduce a la vida social lleno de ilusión, y al cabo de unos años ha perdido todo el apego que pudo haberle tenido en otro tiempo. Le han aburrido la frivolidad, la maldad y la hipocresía de los hombres. Todo es falso en la sociedad: las mujeres presumen de lo que no son, la que "parece tan loca, en el fondo es virtuosa", la "de aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se le acerca", es hipócrita; el amigo íntimo "desbarató mi felicidad", aunque, "por mejor decir, me hizo feliz, me abrió los ojos" Por tanto, la sociedad en que los jóvenes, sin querer hacer caso de sus mayores, van llevándose chasco tras chasco, no es más que: "una reunión de víctimas y verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima a un tiempo!"

Este artículo lo escribió Larra a principios del 1835, cuando ya su drama sentimental empezaba a acercarse al desenlace, no ha llegado a su grado máximo de pesimismo, pero dice ya: "lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión", y más adelante, refiriéndose al egoísmo de los hombres: "Felizmente, no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino a cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aún, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía; pero a cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa: entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última".

Como opuesto a estas ideas, puede hacerse mención al artículo "**En este país**", escrito sólo dos años antes, ya que parece mentira que en tan poco tiempo pueda mudar de tal modo su concepción de la vida. En el artículo primeramente mencionado, la fe va perdiéndose, en éste último, está ella presente en todo momento: "el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar a poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo", y más adelante, usando de su fina sátira dice: "Ciertamente, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas, puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones y los hombres no son hombres", y concluye diciendo: "¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelantaron esos países modelos, para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!".

Ahora bien, hay que hacer notar que esta sátira no ha alcanzado todavía el grado de amargura que tendrá poco después; pero, con todo, está toda ella enderezada no hacia inocentes asuntos que provoquen una risa ligera, sino a verdaderas lacras sociales. Además aunque como escritor político, Larra tiene ideas democráticas, como costumbrista, y ya hemos hecho mención a ello, se muestra como: "...un aristócrata tieso y altanero", pues nadie como él se mostró duro y despegado con el pueblo. En efecto, no se ve una escena popular en sus artículos, o por mejor decir, sí se ve, pero no para festejarla, sino por el contrario, hay que notar el desprecio con que habla de esa gente, y él mismo dice: "En materia de sociedad somos enteramente aristocráticos. Dejamos la igualdad de los hombres por la otra vida, porque en ésta no la vemos tan clara como la quieren suponer". Así, critica a España por no hacerles entender a los plebeyos que no

deben ser altivos, sino que lo que deben hacer es obedecer y servir. Como ejemplo de esto, puede citarse el artículo al que he hecho mención anteriormente: "**¿Entre qué gente estamos?**", en que, al referirse al dueño de un carruaje que pensaba alquilar, dice que el tal hombre, aparte de ser mal encarado y de no contestar cuando se le pregunta, cuando lo hace es a poder "de interjecciones expresivas y echando una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos", mientras "echa una ojeada de arriba abajo de éstas que arrebañan a la persona mirada, de éstas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de éstas que no se ven sino entre los majos del país", y cuando habla, dice: "Nadie es más que yo, don caballero o don lechuga; sino acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico saca un bombé nuevo; ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno"

Lo mismo sucede en "**La fonda nueva**", donde al hablar de las diversiones del pueblo dice: ". para el pueblo bajo, el día más alegre del año redúcese su diversión a calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen pies) y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la agria voz y el desigual pandero"

Y como último ejemplo, está uno de sus mejores artículos de costumbres, en que no es precisamente la clase ínfima, la que le ocupa, sino la clase media, a la cual le halla casi los mismos defectos, que, en ella, disculpa menos, pues tienen más medios para remediarlos. Este artículo es el titulado: "**El castellano viejo**", donde la sátira poco piadosa, ciertamente, va dirigida hacia un hombre poco refinado, que trata de presumir de lo que no tiene. El asunto indigna a Larra, pero no deja de tener gracia, además de ser, en parte, exacta la descripción del tipo de Braulio, ya que éste existe, esto es, ya que es una de esas personas que blasonando de franqueza, se toman confianzas groseras, creyendo que lo que hacen son finos cumplidos. De arte, que realmente el artículo es una sátira contra la mala educación y "una crítica del patriotismo mal entendido, pues el castellano viejo representa la resistencia a cambiar de postura de una sociedad orgullosa, que empleaba todas sus fuerzas en conservar con terquedad increíble los mezquinos restos de pasados esplendores y que se atrincheraba en los escombros a que había quedado reducido el edificio de la España antigua, para impedir que sobre ellos se levantase la España nueva" (6), puede que estas palabras estén enderezadas, ante todas cosas, hacia otro aspecto del mismo artículo, el educativo; pero como su intención es la de elevar el nivel de sus contemporáneos, no creo estén de más. Así, en el artículo, trata, al propio tiempo que habla con desprecio de esa gente, de hacerles ver que deben adaptarse a su tiempo, pues si no, vendrá el desorden, que fue lo que realmente ocurrió en España durante todo el siglo XIX.

Don Braulio, el amigo: . . . está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de ren-

(6) Nombela y Campos.—Op. cit. Pág. 231.

ta; que tiene una cintica atada al ojal, y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país" Por tanto "no hay que hablarle de estas conveniencias sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender"

No comprende Fíguro como esa gente puede vivir de esa manera absurda, y se pregunta: "¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de las conveniencias sociales, que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza y no le dejan medio de hacer su gusto?"

Otra nota que hay que hacer resaltar en sus cuadros costumbristas, es el cómo trata a la mujer, viéndola siempre como a seductora, como a "un enemigo", toma respecto de ella una posición suspicaz y es: " .sombrio, áspero, poseído de un cierto rencor sordo y agresivo", la cree capaz de cualquier falsedad, "hiérela con mil dardos emponzoñados y vengativos" (7), lo cual no es sino consecuencia de su malhadada vida sentimental, que le hará, cada vez más, maldecir del amor y de la amistad, llegando a odiar cualquier clase de sentimiento noble.

Así, en el artículo "La Sociedad", nos hace ver que no cree ya ni en el amor, ni en la amistad: los amigos traicionan por menos que nada; y las mujeres, las unas, son frívolas, las otras hipócritas, las más infieles e inconstantes. Cifran ellas el amor en su propia vanidad y comodidad, sin pensar para nada en su amante.

En el año de 1836, ya cuando el drama de su vida, va a alcanzar su fatal desenlace, escribe el artículo titulado "**La noche buena de 1836**", en que todas estas ideas están elevadas al máximo, en que el tono más que hiriente, es desesperado: "Cuando yo necesito de mujeres, echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a tí mismo" Todo esto, tomando en cuenta el desquiciamiento que su espíritu padecía, es hasta cierto punto, si no lógico, cuando menos comprensible.

Al paso que el pesimismo se va apoderando de su alma, el tono de sus artículos de costumbres, va perdiendo cada vez más su sello nacional, y Larra busca temas más trascendentes en que descargar su pesimismo, aun-

(7) Lomba y Pedraja.—Op. cit. Pág. 36.

que esto no le ciegue todavía, porque él sigue, mientras escribe, cayendo en la cuenta de la realidad. Lo que pasa es que en vez de buscar en ella lo positivo, cada vez más, va recreándose en buscar lo negativo, ya como algo enfermizo, creándose una filosofía escéptica, fundada en "la mentira universal, el dolor y la desdicha" (8), sino sirvan de ejemplo sus propias palabras: "Cuando en un día de esos en que un insomnio prolongado o un contratiempo de la víspera preparan al hombre a la meditación, me paro a considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde; cuando veo nacer a todos para morir, y morir sólo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino, a juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin a este cuadro halagüeño, que según todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto a todos y me responde cada cual quejándose de su suerte, cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser Supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa a la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de ésta me asombro más que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen, sin embargo, a esta vida tan mala. Esto último bastaría a confundir a un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento, porque sólo un Dios y un Dios Todopoderoso podía hacer amar una cosa como la vida"

ARTICULOS POLITICOS

Antes de empezar el estudio de estos artículos, creo conveniente manifestar la posición de Larra frente a la España de su tiempo. No estaba Larra, en contra de la monarquía, sino propiamente contra el mal gobierno del Rey, ya que al lado de la Reina estuvo siempre: "precisamente ahora que vemos al frente de nuestro gobierno a una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora", el tono es, por supuesto, irónico, ya que con la exaltación de la Reina, da idea de la ineptitud del Rey.

Tal vez sea este el género mejor de Larra, pues autores costumbristas hubo más, y que vieron las cosas de manera más agradable. En cambio, en el campo de la política no hubo quien le igualara.

Vivió Larra en un momento difícilísimo de la historia de España; la transformación de una época a otra, mudanza que fue violenta en todos sus aspectos (gobierno, ideas, costumbres, etc.) y él cayó en la cuenta de esto, y supo, además, colocarse en el lugar debido. Siendo en verdad patriota, pues conocía a su patria y la quería, no por ello dejaba de reconocer sus defectos.

(8) Lomba y Pedraja J.—*Op. cit.* Pág. 37.

España, en esta época, no estaba preparada para esa revolución. Era un pueblo pobre, que si no vivía contento, sí lo hacía resignado a su suerte y apegado a sus tradiciones. Por tanto, no era fácil encontrar en ella los gérmenes de la revolución. Así, España tenía que entrar en la nueva vida de las naciones vecinas, o quedar aislada hasta desaparecer; y a esto había de contribuir la ineficacia de los últimos reyes. El problema que se presentaba entonces, era el de la restauración de todo el gobierno: leyes, Iglesia, sociedad, etc. Ahora bien, la generación en cuyas manos estaba esta tarea, no se hallaba preparada para ello. Eran jóvenes educados en la filosofía enciclopedista francesa. Eran, como dice Lomba, jóvenes que se movían dentro de una "filosofía de elaboración exótica, fruto de un estado social distinto: sistemática, doctrinaria, no poco aparatosa y pedantesca en su forma de presentación más al uso, era difícil de comprender para el pueblo" Así, "el sentido de ésta, genuino y justo, se le escapó casi siempre. El partido de las reformas, por lo que toca a la idea que le guiaba, dio el continuo espectáculo de una desorientación y de una inconsecuencia que oscilaba, sin ningún tino entre la tragedia espantable y la parodia baja y grotesca" Esto es cierto, ya que todas estas mudanzas que se querían, en realidad, no ocurrían, y esto servía de pretexto al logro de ambiciones, más que al afán de reformas. De arte, que los vicios de ignorancia, descuido, etc., seguían sin enmienda: había mudanzas en el régimen; pero, si bien se mira, no había mudanza más que de un personal a otro, que tenía en sí los mismos hábitos y defectos.

Frente a este partido estaba el de los tradicionalistas que, aunque, tal vez, fuese más numeroso, tuvo la desventaja de querer cerrar los ojos al progreso del mundo, y esto fue lo que hubo de llevarle a la derrota, y no el que sus intenciones fuesen menos patrióticas que las de los otros.

Larra, aún siendo muy joven, cayó en la cuenta actual de lo poco preparados que estaban España y su pueblo para esta revolución. Ello le preocupaba y, por tanto, lo refleja en sus artículos, a saber: la ignorancia del pueblo (Batuecas, y la pereza y antipatía con que se aceptan las innovaciones extranjeras ("**Vuelva Ud. mañana**" y "**La fonda nueva**"). Y por último, en el artículo titulado "**Jardines públicos**", echa de ver muy a la clara que, para que España esté a la altura de la libertad europea, tendrá que pasar tiempo, pues, para que la libertad sea efectiva, tiene que estar arraigada en las costumbres y eso es labor de mucho tiempo y de educación: "Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¡Qué tiene éste de particular en un país en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos, en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¡Qué después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos a cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir, la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un día, desgraciadamente, ni con un decreto, y más desgraciadamente aun, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ellas".

Del mismo modo, cuando en 1833 empieza a escribir en la **Revista Española**, el primer artículo que le ofrece al público: "**Mi nombre**", explica, el porqué de su seudónimo y el fondo de su filosofía, y muestra ya, a pesar de lo arriesgado que era entonces escribir de política, sus dotes en este terreno. Así, su tono parece ser el de alabanza y no el de reproche, ya que él mismo en el artículo: "**Yo soy redactor**", había enumerado los peligros del periodista político.

En **El Pobrecito Hablador** las alusiones políticas no son muy claras, pero sí constantes y atrevidas, ya que aunque en apariencia habla de subalternos, lo que hace es ir en contra del régimen mismo; quiere despertar al pueblo de su apatía y hacerle clamar por su libertad. Allí es donde muestra su ironía más fina, ya que entre burla y burla hace una reverencia, lo cual, con todo, no deja de ser advertido, como ya lo dije, por los censores, y, por razón natural, la vida del periódico fue breve.

En la época que comprende los últimos días de Fernando VII y el principio de las luchas entre carlistas y cristinos, la posición política de Larra es la de los liberales que desprecian ese movimiento y se ríen de él, no pensando que pueda durar mucho. Por tanto, los primeros artículos de esta índole son más que nada una parodia; la sátira es graciosa, no se nota el menor asomo de amargura. Con todo, están llenos de pasión política, y el tono ha mudado algo desde **El Pobrecito Hablador**: se ha hecho más vigoroso y agresivo; y Larra, aunque afiliado al partido liberal, no llega a ser nunca hombre de partido, ya que "al político entusiasta se opone el crítico desconfiado" (Nombela y Campos). A pesar de ello, sus artículos tuvieron entre los liberales un éxito por su tono apasionado, por insistir en los temas sin aburrir, y porque logran convencer mediante ese procedimiento de hábil repetición.

Entre estos artículos tenemos: 1) "**Nadie pase sin hablar al portero**", en que, en un tono totalmente chusco, ingenioso y con muchísima gracia, pinta una España regida por una serie de religiosos incultos y aprovechados, por lo cual cuando un francés llega a la frontera y tiene que pasar la aduana, se le pregunta: "¿A qué viene usted? —A estudiar este hermoso país —contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo. —¿A estudiar? ¿Eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen a estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño. . . ¿Qué trae usted en la maleta? Libros. . . pues. Recherches sur. Al Sur, ¿eh? Este Recherches será algún autor de Marina: algún herejote. Vayan los libros a la lumbre. ¿Qué más? ¡Ah! Una partida de relojes; a ver. London . . . Ese será el nombre del autor "

2) "**El hombre menguado o el carlista en la proclamación**", en que pone de manifiesto bien claramente sus ideas acerca de la poca vida que tendrá el partido carlista y de lo ridículo de sus ideas: "el partido del emperador don Carlos V, que felizmente reina en Marvaon, corte portuguesa de España, es el partido donde se cree a ojos cerrados. Ahí está la fe, y si me apura usted, la esperanza.

—Váyase por la paz y la caridad que tienen los otros. Y diga usted: ¿se sabe qué hace S.M.I. en Marvaon? Sí, señor; está aprendiendo portu-

gués para gobernar a los españoles... y dar un ataque al ejército de observación”.

3) **“La planta nueva o el faccioso”**. Artículo en que, aplicando ideas de la botánica a la política, nos describe al faccioso como: “... un fruto que se cría sin cultivo, que nace solo; que se trasplanta ocn facilidad. En todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho a su cría, la limpieza y el olor de la pólvora sobre todo, le matan. Participa de las propiedades de muchas plantas: huye, como la sensitiva, al irlle a echar mano; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol a que se arrima; gústadle, sobre todo, las tapias de los conventos, se mantiene de lo que coge a los demás frutos, tiene el olor de la asafétida, es vano como la caña, pica como la cebolla y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones” “Distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazón”

Otra de las “virtudes” de los facciosos es que como las garrapatas se agarran a la ropa, ellos: “... se agarran a las cajas de fondos de las administraciones, y plata que tiene roce con facciosos pierde toda su virtud, porque desaparece”. El mejor medio contra esta maligna planta es “la pólvora, y más eficaz aún la aplicación de luces que los agostan, y ante las cuales parecen corridos y deslumbrados”.

Después de estas líneas, creo, sobra cualquier explicación respecto de las ideas de Larra acerca de los carlistas. Ellas por sí mismas lo manifiestan bien claramente.

Como escritor político, Larra se dedicará, también, a relatar las luchas de la división entre los distintos propósitos ideales, o ideas, de los liberales. Entre los primeros artículos de esta clase, está el titulado **“Los tres no son más que dos, y el que no es nada, vale por tres”**, dedicado al ministerio Martínez de la Rosa. Es de forma alegórica y de tono político humorístico. En él se da cuenta de que junto al ministro, liberal moderado, hay hombres servidores del rey absoluto, que lógicamente, no pueden tener las mismas ideas, y el querer conciliar ambos partidos es cosa de todo punto imposible, pues para unos “ya es tarde” y para otros “es temprano todavía”.

Fue el ministerio Martínez de la Rosa, un ministerio débil e inepto, que duró 16 meses, durante los cuales, no sólo no supo atajar la revolución, sino que él mismo, preparó su caída con la proclamación del Estatuto Real, en que quiso unir antiguas leyes monárquicas con las nuevas ideas democráticas, cosa que los liberales no acogieron con gusto, y de ello se valieron para querer volver a la Constitución de 1812, ya que el nuevo ministerio había defraudado sus esperanzas.

¶ Para Larra, los primeros meses del ministerio fueron objeto de artículos satíricos; pero de tono festivo y libre de mal humor. Ello no obstante, al paso de los meses, la impericia del gobierno, empieza a manifestarse claramente, la guerra no se concluye, los ejércitos reales sufren innumerables derrotas, la alianza no surte efecto, el número de carlistas se aumenta, no hay gente sinceramente liberal que se afilie a la causa, la economía anda

de mal en peor, y Figaro, viendo ésto, deja el tono festivo, para hacer su sátira ~~tan dura~~ para los carlistas como para el gobierno.

Acudirá a todos los arbitrios que le puede suministrar su ingenio, para combatir a este ministerio. Como ejemplo de todas estas ideas, están los artículos titulados: "Modas" y "El Ministerial". En el primero de ellos, hablará de las tres modas de la época: "...reírse todos los días de los gestos espantables del señor Género, quejarse del gobierno, y asombrarse de la inacción de los Estamentos"; y, comparando los males del gobierno a las modas femeninas, puede decirse que no deja títere con cabeza, "los escotes exagerados presentan desnudas cosas que deben estar siempre tapadas", "en punto a calzado hay que andarse con pies de plomo, con respecto a talla, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho que apenas se puede respirar, por ahora, a lo menos, este es el uso, podrá pasar pronto, si no nos ahogamos antes".

En el segundo, el tono es más duro y va contra todo, sin olvidar la censura. El ministerialismo es cosa más para ser "renegada que para ser negada, por más que pueda haber en el mundo más de un ministerial completamente negado". Respecto de la clase de ente que es un ministerial, dice que: "participa de todos los reinos de la naturaleza. Es mona por una parte, de suyo imitadora, vive de remedo. Es papagayo por otra parte. Palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida. Es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones, abeja en el chupar, reptil en el serpentear, mimbre en lo flexible, aire en el colarse, agua en seguir la corriente. ., girasol en mirar al que alumbra, muy buen cristiano en no votar, y seméjase por lo mismo al camello en poder pasar largos días de abstinencia; así es que en la votación más decidida álzase el ministerial y exclama: "Me abstengo", pero, como aquel animal, sin perjuicio de desquitarse de la larga abstinencia a la primera ocasión".

Así, no sólo el ministerio era inepto, sino que engañaba a todos, favorecía a una serie de hombres que le adulaban y que una vez conseguido el favor no vacilarían en arremeter con él.

∫ No sólo el gobierno, sino también los representantes de él, son objeto de sus burlas, ya que los tiene por los hombres menos progresistas, más apáticos y que menos hacen de provecho. ∫ Tan despreciable le parece la gente cuyo único oficio es asediar a los ministros; y ∫ el Larra reflexivo va convirtiéndose en un Larra demasiado exaltado: no perdona nada, no hay cosa por mínima que sea, que escape a su agudeza.

Como ejemplos de esto, tenemos las dos cartas del liberal de acá al de allá, en las que el tono irónico y el ingenio llegan al grado máximo. Es ya Larra un verdadero escritor, domina el género satírico y maneja el idioma a su antojo: "Vamos a otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país más raro? ¿Cómo podéis vivir sin facciosos? ¿De qué habláis, pues? ¿A quién perseguís? ¿De qué llenáis vuestra Gaceta? ¿Vivís sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habían dicho que era Portugal, pero no tanto. Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro don Pedro, muy dolorosa más por afición que le tenía que por creer que os fuese necesario.

Sin ir más lejos, aquí no hemos tenido don Pedro, y nos hemos pasado sin él; verdad es que también nos pasamos sin otras cosas. "]

✓ De tono semejante es el titulado: "**La cuestión transparente**", en que hace mención de los favoritismos e injusticias. Y por último, el más exaltado, y el más ingenioso de ellos, es, tal vez, "**La gran verdad descubierta**", en el cual, ya descaradamente, se ríe de la labor del ministerio: "Dirán que los grandes trastornos políticos no sirven para nada. ¡Mentira!, ¡atroz mentira! Del choque de las cosas y de las opiniones nace la verdad. De dos días de discusión nace un principio nuevo y luminoso. ¿Saben ustedes lo que se ha descubierto en España, en Madrid, ahora, hace poco, hace dos días no más? Se ha descubierto, se ha decidido, se ha determinado que, la ley protege y asegura la libertad individual. Cosa recóndita, de nadie sabida, ni nunca sospechada. Han sido precisos todos los sucesos de la Granja, la caída de tres ministerios, una amnistía, la vuelta de todos los emigrados, la rebelión de un mal aconsejado príncipe, una cuádruple alianza, una guerra en Vizcaya, una jura, una proclamación, un Estatuto, unas leyes fundamentales resucitadas en traje de Próceres, una representación nacional, dos Estamentos, dos discusiones, una corrección ministerial, un empate y la reserva de un voto importante, que no hacía falta, para sacar del fondo del arca política la gran verdad de que la ley protege y asegura la libertad individual. Pero ahora ya lo sabemos — Girolamo, lo sappiamo — responderá alguno — ¡¡¡Sappete un!!! Ahora es, y no antes, cuando verdaderamente lo sabemos, y ya nunca se nos olvidará"]

En 1835 se produce en Larra un choque entre su mundo ideal y la realidad. Acerca del amor y de España, tenía Figaro, una concepción ideal y la realidad le ponía enfrente otra cosa. Esto lo determina a salir de España y a buscar nuevos horizontes. Ello da lugar a que se produzca un paréntesis en sus artículos políticos. Con todo, antes de su viaje al extranjero, en el mismo año 35, había pensado Larra publicar un periódico, cosa que no llegó a hacer, pero cuyos manuscritos inéditos, se han publicado en una de sus biografías; y en él dice, al referirse a los artículos políticos que puedan ocupar el periódico, que como es algo en que todo el mundo se ocupa y preocupa, él no lo olvidará, pero añade, en tono satírico, que no les dará más espacio que a las demás cosas, pues: ". . . si la política fuese otra cosa que una gran farsa representada seriamente, podría dedicársele un pliego diario" El tono del periódico será: "Toda la libertad posible para nuestra patria, reirse de cuanto encuentre ridículo, respeto a las leyes y persecución de las malas almas donde quiera que se aniden". Figaro será siempre: "educado", no usará más sátira que: ". . . la compatible con el decoro, ni insultos, ni caricaturas, nunca acometerá a ningún periódico, respetará a los demás para tener derecho a exigir igual respeto para sí"

A pesar de todas estas ideas, puede más su problema sentimental y deja a España. A su vuelta, en el 36, se encuentra con el gobierno de Mendizábal que se inicia lleno de promesas y buenas ideas.]

La figura del primer ministro era sinceramente apreciada y llegaba revestida de una aureola de gloria. Parecía, y en un principio así fue, que iba a lograr conciliar los diversos partidos; ello no obstante, aunque incam-

sable y osado, no era Mendizábal un hombre de gobierno, no supo comprender los problemas políticos de España; y Larra, con su perspicacia habitual, parece presentir el fin que éste había de tener en el artículo titulado: "**El hombre globo**", en que, después de hablar del hombre sólido, —el pueblo inepto—, sin voz ni voto; y del hombre líquido, —la clase media—, apática y presuntuosa, se refiere al hombre gas, que se alza por encima de todo, no hay obstáculos para él; España no ha sido muy prolífica en ese tipo de hombres, en esos momentos Mendizábal trata de serlo, pero ¡cuidado! "Va a subir. ¡Ahora, ahora sí va a subir! Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confía: ved cómo se hinchan. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero como casi todos nuestros globos, mientras están abajo entre nosotros asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; a la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el hombre-globo no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay dirección. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar dirección a este globo!

"Entre tanto el hombre-globo hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre. . . ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo; sólo observo que están ya más duchos en el uso del para-caídas: todos caer blandamente, y no lejos: los que más se apartan van a caer al Buen-Retiro"

Lo que no comprende Larra es por qué, siendo tan claro de ver, si los otros hombres-globo han fracasado, no se busca un camino nuevo.

Y en efecto, las cosas sucedieron así, pues Mendizábal hizo que en vez de que se unieran los partidos, se separaran más; a él le odiaron los moderados al ponerse de parte de los progresistas, y éstos, a su vez, al ver su postura, le hicieron seguirles y no le siguieron.

Al lado de esto, la promesa del rápido fin de la guerra no se veía. Por el contrario, había llegado el momento en que los ejércitos carecían de medios y los hombres de principios, lo cual provocaba una serie de actos inhumanos entre liberales y carlistas, que no tenían ya nada que ver con las primitivas ideas de la revolución.

¶ Otro aspecto desastroso del ministerio fue el tocante a hacienda pública, ya que, en vez de arreglar la deuda de España con el extranjero, la aumentó, mal vendiendo y rematando bienes nacionales, cometiéndose con este motivo una serie de actos ilícitos y vergonzosos.

Como resultas de todo esto, están las tres cartas a su correspondiente en París. Son, tal vez, estas cartas los escritos más importantes de índole política del autor, por su agudeza y penetración. Empiezan llenas de fervor y terminan con un tono de desengaño, pero usando siempre de la sátira más ingeniosa.

En la primera: "Figaro de vuelta", burlándose de sí mismo, se congratula de estar otra vez en España, en donde para nada se necesitan las ciencias, ni sus adelantamientos, si no dan a ganar ni un real. En cambio, en

Madrid, sin nada de eso, se puede pasar una real vida. Las cosas las ha encontrado igual o peor, los facciosos crecen, la justicia parece no existir, a pesar de todos los escritos y decretos que afirman lo contrario, los robos y los abusos y las injusticias abundan que es un primor. Y, por ello, hablando de la quinta, dice: "... ¡qué bien se trata a la tropa! ¡qué bien a esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡a no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¡Yo mismo vi también a un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo vi a un cabo medir a otro con su vara, insignia por cierto militar! Y esto a la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en día de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta al palo, y si pasa a la facción, le llamaremos caribe. Ya ves que se van corrigiendo los abusos"

El desorden del gobierno crece, siguen las sesiones, las cortes revisoras, los planes mil; todo palabras, acciones, nada. Y no es, él mismo lo dice, un afán personal de ver males en todo, está dispuesto "a alabar lo bueno que haya, con la misma independencia con que siempre gustó de criticar lo malo" Lo que sucede es que no hay cosa buena que alabar.

✓ "Buenas noches", segundo artículo, dedicado a censurar la incultura e incapacidad del gobierno, no sólo del actual, sino en general de todos los que ha habido en esos años del siglo XIX, que no han sabido entender lo que España necesita, y han aplicado métodos que, a lo mejor, no eran malos, pero que han fracasado por no ser los apropiados. Refiriéndose al momento actual, compara a Mendizábal con un sastre que no acertaba con la vestidura, —el Estamento—, y que, en vez de culparse a sí mismo, culpa de "bruto" al que tiene él que vestir, —el pueblo—.

Se ocupa también, en esta carta, en la reunión de las Cortes, que no sirven absolutamente para nada, o, si acaso, para enredar más las cosas. Así, cuando por fin el ministerio logra el poder "abriga dudas acerca de si tiene o no tiene la confianza de la nación, que le acaba de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nación, cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley Electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la expresión de la voluntad de la nación; lo cual es tan cierto, que esa misma representación nacional, que no es representación nacional, va a hacer ella, en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la expresión nacional"

Con lo cual, todo el asunto de las cortes ha sido tal lío, se ha entendido tan poco de todo él, que ha quedado del todo a oscuras, sólo le ha quedado claro que: "... el ministerio es liberal, y quería lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él quería", y, lógicamente, si bien se mira, no han llegado a ningún acuerdo. Por tanto: "... hasta la presente estamos tan a buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores Próceres, sin comerlo ni beberlo, también han callado todos a un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso dijese entonces más que ahora)".

El tercer artículo, al que titula "**Dios nos asista**", habla de la arbitrariedad del gobierno, de la libertad de imprenta y del problema que consume a España: la guerra carlista, que ha llegado a provocar las mayores atrocidades, las cuales son consecuencia natural del mal rumbo que tomó el asunto desde sus orígenes. Por tanto, le indigna que el gobierno se queje de ello, cuando al fin y al cabo es el único culpado: "El gobierno no supo a tiempo contentar a los pueblos y dar salida legal a su justo enojo, y su sucesor, que heredó la culpa, se queja, ¿de qué?, ¿de que los pueblos no son de cartón, como uno y otro creyeron!"

Hay algo importante que hacer notar en este artículo, a saber: la confesión de Larra acerca de su afán de lograr un cargo político; y así, expone ideas que serían las que él llevaría al cabo si le fuese dado el hacerlo. Así pues, el gobierno debería tomar "hombres nuevos para cosas nuevas; en tiempos turbulentos, hombres fuertes sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria y en quien arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro".

El tono de estas tres cartas puede juzgarse poco agresivo, al lado del empleado en el artículo sobre el folleto de Espronceda, titulado: "**El ministerio Mendizábal**", en donde el tono no puede ser más hiriente, pues habla ya claramente del fracaso del gobierno: "cada día que pasa añade luz para ver clara la situación verdadera del país, peor, en nuestro entender, que la misma que tenía en septiembre. Este gran pacificador de la familia española, lejos de justificar las esperanzas fundadas en sus grandilocuas promesas, ha complicado el laberinto inextricable en que se halla cogida esta mezquina revolución, destinada, según parece, a no dar jamás un paso franco y desembarazado, a no poner jamás un nombre claro y terminante en sus inhábiles operaciones".

Aunque, a la larga, las mudanzas efectuadas por el ministerio de Mendizábal hayan sido beneficiosas, en ese momento, era tal el caos, que era lógica la censura a su posición, por más que, en el fondo, tuviese Larra, los mismos propósitos ideales de libertad y progreso que el propio Mendizábal.

Cuando la caída de este ministerio y la ascensión al poder de Istúriz, se halla Larra colaborando en "**El Español**", periódico que había atacado a Mendizábal, pero que ahora tomaba la defensa del nuevo ministerio. Larra, haciendo caso omiso de esto, mandó a la redacción un artículo de oposición que le fue devuelto, lo que dió origen a otro artículo en que muestra claramente sus ideas independientes y liberales: "Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer a ningún partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un ministerio ni de otro, ninguna clase de destino, no tratando de figurar por ningún estilo; estoy escribiendo hace años y no tuve nunca otro objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi Patria, tratando de agrandar al mayor número posible de lectores; para conseguirlo creí que no debía defender más que la verdad y la razón, creí que debía combatir con las armas que me siento inclinado a manejar, cuanto en mi conciencia fuese incompleto, ma-

lo, injusto o ridículo. Está es la razón porque constantemente he formado en las filas de la oposición, no habiendo habido hasta el día un solo ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creído obligado a decirlo así claramente a todos. Pero rehusó pertenecer a un sistema de ministerialismo quand méme, como rehusaría hacer parte de un periódico de ciega oposición quand méme. En el ministerio Mendizábal, he criticado cuanto me ha parecido criticable y de ello no me retracto, lo mismo pienso hacer ahora con el actual, y lo mismo pienso hacer con cuantos ministerios vengan detrás, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al país las instituciones que en mi sentir reclama, el acierto es pues, el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto a alabar, no es mi misión, ni creo que merece alabanzas el que hace su deber" Palabras llenas de buen juicio y sinceridad, que muestran al verdadero Larra, recto y consciente.

Con todo, y a pesar de esta declaración, los escritos políticos de Larra cesan, bien a petición del director del periódico, o tal vez a consecuencia del nombramiento de procurador por Avila, que Larra consiguió para las Cortes revisoras del Estatuto.

Ahora bien, ¿a qué se debió esto por parte del gobierno y cómo es que Larra lo aceptó? Por lo que toca al gobierno, bien pudo ser el afán de atraerse pluma tan valiosa, y en Larra, el logro de un deseo de hacía ya mucho tiempo, pues él mismo nos lo confiesa así en algunos artículos ("**Dios nos asista**", "**Ministerio Mendizábal**").

Parece empezar para Larra, en estos momentos, su época gloriosa de hombre y de escritor. En este segundo aspecto, y como culminación de su obra política, está la traducción que hizo de Didier, "**De 1830 a 1836**". Esto, que parece no tener importancia por ser una traducción, la tiene y mucha, pues Larra traduce lo que se ajusta a sus ideas y lo que no, lo modifica, no mudando el plan general, sino añadiendo o suprimiendo algún adjetivo, o expresándose en un tono que el original francés no tiene; y aunque suprime algunos lugares que hubieran podido ser molestos para el español, el espíritu de ambos escritos es el mismo, un tono liberal exaltado, que singulariza a Figaro en su mejor época.

Como hombre, ya sus artículos en contra de Mendizábal le empezaron a abrir camino en la política activa, otra de las causas por las que pudo haber sido presentado como candidato a las Cortes de Avila. Sea cual fuere la causa, lo cierto es que, durante los meses que duraron las elecciones y los preparativos, dedicó su vida por entero a la política. Está lleno de ilusiones y ve un gran camino en este terreno, todo enderezado hacia el bien de España. Con todo esto, el motín de La Granja va a acabar con ésta, ni aún empezada, nueva actividad, lo cual hará, juntamente con ciertas circunstancias privadas, que el tono de Larra se convierta en algo fúnebre y lleno de hiel; y es que aparte su fracaso, ve el triunfo de lo que más había combatido, la Constitución y los hombres del 12.

Esto ocasiona que Figaro no vuelva a dedicarse a la política en sus artículos periodísticos, y que se refugie en los de crítica literaria, como él mismo reconoce, diciendo que los que no son más que artistas y literatos

no tienen nada que hacer, pues la época no es propicia para ellos, pero que ya llegará el momento para "ellos, hombres que no nos sentimos llamados a las turbulencias políticas"

Y si acaso se ocupa en la política, no es ya de la política del momento, sino que habla de las cosas en términos generales y siempre con un tono de aburrimiento y escepticismo.

La situación política de España no podía ser peor entonces. Los facciosos carlistas se hacen cada vez más poderosos. La Reina carece de ejércitos, la gente poderosa empieza a emigrar, la hacienda pública está ya prácticamente arruinada; y así, el Larra que había defendido los principios revolucionarios, escribe ahora dos artículos: "**Día de difuntos de 1836**" y "**Exequias del Conde de Campo Alange**", en que se percata de lo inútil de su labor.

El tono del primero de ellos manifiesta ya el próximo fatal desenlace de la vida del autor. Ha perdido toda ilusión en la vida, la esperanza le ha abandonado, parece un viejo ya cansado del largo camino: ".he visto tanto, tanto, tanto..."; todo es melancolía y soledad y él mismo da idea de ese estado, aprovechando para hablar de la situación de la política: "Quiero dar una idea de esta melancolía: un hombre que cree en la amistad y llega a verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero cuyo tío indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fue liberal por ser prócer y que se ha quedado sólo liberal, un general constitucional que persigue a Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del Mundo en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey, en fin, constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que a mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando"

Pero no es él únicamente el que siente eso, todo lo que le rodea está contagiado, todo es lúgubre: "Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón, la urna cineraria de una esperanza o de un deseo". Si Larra había sido, hasta entonces, sólo romántico en su vida personal, lo es ahora también, en pensamiento y en estilo.

Va recorriendo las calles de Madrid, y en cada una de ellas se detiene a contemplar el sepulcro que encierra, y a leer el epitafio que la acompaña: "aquí yace el valor castellano. aquí yace la inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez. aquí reposa la libertad del pensamiento, ¡Dios mío, en España, en el país más educado para instituciones libres! La victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrado que el más ciego podía leer decía, sólo: ¡Este terreno le ha comprado a perpetuidad, para su sepultura la junta de enajenación de conventos! Los teatros: "aquí reposan los ingenios españoles", ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción"

La conclusión de todo esto no es otra que la de que los únicos felices son los muertos porque "ellos tienen paz, ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados, ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningún jurado se atrevería a encausar y a condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen"

El segundo, dedicado a su gran amigo, el conde de Campo Alange, aparte ser una apología del muerto, le sirve de pretexto para exteriorizar su desilusión y abatimiento. Así, le parece que realmente ha sido una fortuna para Campo Alange el haber perdido la vida, pues, ha muerto creyendo: "la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!"

"En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía, pero ¡ay de los que le lloran!, que entre ellos hay muchos a quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que esos viven muertos y le envidian".

A los pocos días de escribir estas líneas, aún no siéndole dado elegir, eligió, y eligió el acompañar a su amigo en la vida del más allá. Y su tragedia fue, dejando a un lado su drama personal que, estaba viendo caer eso por lo que tanto luchara, y veía además que los hombres a los que él había propuesto para guiar a la nación, la guiaban sin saber hacerlo; se había equivocado.

En el artículo "**Figaro dado al mundo**", así lo reconoce, doliéndose del desmedrado éxito que han logrado los liberales, los cuales empiezan a emigrar, o por decir mejor, a ser desterrados a las Canarias: "Peregrinamos sin duda alguna a islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada día nos dan algún nuevo y no esperado, no nos falta la calabaza, ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube, y se da a luz, sale calabaza?"

Para terminar, puede decirse que, en la obra política de Larra pueden distinguirse tres períodos:

1) Época de **El Pobrecito Hablador**, los artículos se singularizan por su penetración y sagacidad en el fondo, ingenio, ironía, contención y serenidad en la forma". Señala, en la sociedad en que vive, sus vicios, e indica sus necesidades más apremiantes.

2) El de la lucha por la libertad, "ardiente y azaroso", que abarca desde la muerte del Rey, hasta la caída de Mendizábal. "La pasión le toma y le domina", lo que le hace no ser siempre exacto.

3) "El de la desilusión y el abandono"

Por lo que se refiere al tono general de todos estos artículos, es éste, el pesimismo, pues aunque esto se agravará en los últimos tiempos, siempre considera a España, hundida, y, así, buscará los asuntos que estén más acordes con su pensamiento. Lo cual hace que, aunque originales y de mérito, sean de una relativa verdad histórica. Por tanto, a Larra hay que considerarle como un defensor de la libertad, que, además, entiende con qué fin lucha y cae en la cuenta de la poca preparación general para esta empresa. Así, en estos escritos hay que considerar, ante todas cosas, su estilo, en que sobresale: "la claridad, la firmeza y la vigorosa penetración de su pensamiento".

Sea cual fuere el tono de sus escritos, sabe lograr para ellos, la expresión perfecta y más que colorido hay en sus narraciones claridad y exactitud: " . . . rico de genio, gran maestro de humor y de ironía" (9) Va desde el tono comedido, hasta "el sarcasmo flagelante y despiadado que escupe y azota el rostro de su enemigo". Su tono, es así, gracioso, pero no chistoso, ya que sus escritos llevan siempre un mensaje, esto es, tienen profundidad de pensamiento.

(9) Lomba y Pedraja J.—Op. cit. Págs. 41-44.

CAPITULO IV

ARTICULOS DE CRITICA LITERARIA. — LARRA COMO PEDAGOGO

En el aspecto de crítico literario, Larra muestra, también, su perspicacia y talento, aunque tal vez sea cierto, el juicio de Blanco García, el cual dice que, en ocasiones, se deja llevar Figaro demasiado por su desencanto, y, al hacer la crítica, deja correr expresiones que poco tienen que ver con ella, esto es, tomando por pretexto un aspecto literario, Larra habla de la decadencia intelectual de España, de la incultura social, etc.; aunque también es exacto que, en todos estos artículos, la sátira nunca es despiadada, ni hay burlas, ni pesimismo, sino templanza, a pesar de que los juicios pequen, a las veces, de poco exactos. En sus artículos de costumbres y políticos, Figaro es mordaz, pero en los de crítica literaria suele ser siempre justo, tanto con amigos como con enemigos. En éstos, el tono no es de sátira, sino por el contrario, sus opiniones y críticas son corteses.

Como estilista, Larra es un escritor cabal, ya que su forma es sencilla y clara, su humorismo no se pierde en vaguedades, se expresa lisa y llanamente, es ameno. No puede decirse que sea, en cuanto estilista, un afrancesado, sino, con mayor justicia, que "había tomado el acento de la tierra francesa sin perder la finura del gusto clásico castizo"; (1) lo que tiene más del gusto francés, es el estilo lógico y encauzado, por más que las ideas sean numerosas.

A pesar de que su vida fue breve y, por tanto, no tuvo oportunidad de ver florecer a los grandes ingenios románticos, tuvo, sí, la intuición de comprender a los que llegarían a serlo; en Hugo, vio la fantasía, en Dumas la observación de las pasiones y su propensión antisocial. Cayó en la cuenta, asimismo, del valor del duque de Rivas y de García Gutiérrez.

Los artículos de éste empezaron a salir a la luz pública primero en el "**Correo de las Dámas**"; pero donde ya de firme toma Larra el tono de verdadero crítico es en "**La revista española**" y en "**El español**", y, desde estos primeros tiempos, afirma Figaro su concepto pesimista de la vida, y de la literatura, cuyo estado, realmente, no era nada halagüeño. Ello hace que Larra diga "nuestra literatura es un gran brasero apagado, entre cuyas cenizas brilla aún pálida y oscilante tal cual chispa rezagada"; (2) pero al propio tiempo afirma que no se conformará con expresar únicamente sus impresiones personales, sino que dará también su fallo, fundado en buenos principios, tratando siempre de ser justo, y si alguna vez se expresa con mala intención, justifica con pruebas sus censuras.

Hay que hacer hincapié en que, aunque para su estudio más claro, la obra de Larra ha sido dividida, está toda ella animada de un mismo espíritu; su patriotismo. Más que nada, la obra de Figaro es, a juicio de peritos: "...la obra de un político o de un sociólogo y también de un crítico estético, pero en un grado inferior y subordinado". (3)

(1) Nombela Julio.—Op. cit. Pág. 220.

(2) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 53.

(3) Lomba y Pedraja J.—Op. cit. Pág. 296.

Dentro del romanticismo y de las libertades que él proclama, está la libertad en las letras, la libertad de expresión; y nadie como Larra supo interpretar en España estas ideas, sobre todo la de Víctor Hugo, de que "la libertad literaria es hija de la libertad política", así puede verse que la obra de Larra desde **El Pobrecito Hablador**, no es otra cosa sino una lucha por la libertad, en todos aspectos, de su pueblo; y en su mejor y más completo artículo de crítica literaria: "**Literatura, rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual, su porvenir, profesión de fe**", manifiesta sus ideas, semejantes a las de Hugo: "...libertad en la literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia" Y ya antes, en la crítica de "**La Mojigata**", había dicho: "Sólo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinión, puede arrostrar la verdad y aun buscarla: inseparable compañera de ella, no teme la expresión de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible"

Propone un programa de acción revolucionario y valiente, lo cual era realmente necesario, pues, como me he tomado la licencia de advertirlo, el estado de la literatura no era nada brillante, sino todo lo contrario, ya que, desde mediados del siglo XVIII, se hallaba ésta privada de ingenios superiores y libre de la sencillez y riqueza que la habían animado en el Siglo de Oro. Ahora bien, esto no es sólo en materia literaria, antes es, en ella, como consecuencia de lo demás: mala política, falta de ingenios científicos, sociales, económicos, etc. "Hemos dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdonemos los señores puristas, es haber perdido la cabeza" (4)

Así, la literatura española, carente de los ingenios superiores que la hiciesen valer por sí misma, quiso hallar su restauración en la imitación de modelos franceses, que en esta época tampoco eran modelos de buen gusto; y, al hacer el trasplante de ellos a España, decaían más todavía sus ideas, las cuales debían encontrar, por otra parte, la oposición de la tradición literaria española, de tono popular y castizo. Por ello, los primeros albores del romanticismo habían de clamar contra esta moda, que fue satirizada por más de uno.

Se ve también, en este artículo, que hay en Larra algunas contradicciones, debidas probablemente a la confusión que se presentaba en su mente, pues al juzgar en materia de arte se fundaba en ideas francesas y españolas, en los propósitos ideales de los románticos y en su propia formación clasicista; pero él mismo entendía esto a la clara, caía en la cuenta de que con la literatura sucedía lo mismo; por lo cual el día que se lograra la conjunción de todas estas ideas, sería cuando se llegaría a un estado estable

(4) Larra Mariano José.—**Op. cit.** Págs. 56 y 55.

y capaz de producir buenos frutos: "Si nuestra antigua literatura fue en nuestro siglo de oro más brillante que sólida, si murió después a manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajada por las desgracias de la patria, ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos; toda de verdad, como es de verdad nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza, joven, en fin, como la España que constituímos" (5).

Su propensión sociológica se muestra aún al tratar asuntos literarios, ya que en este mismo artículo llega a decir que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo. Así, la mejor literatura será la de índole docente; esto a la luz de la razón; pero, por lo que toca al sentimiento, su filosofía es amarga y reniega del mundo, aunque tal vez su pesimismo se refiera casi siempre al momento actual y vea con optimismo lo porvenir, ". . . no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo a la expresión y nada a la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es, para conocerle; literatura en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo".

Antes de seguir adelante con el estudio de los artículos de crítica literaria, hay que considerar un punto que hasta el momento no ha quedado totalmente claro, a saber: si verdaderamente es Larra romántico, o no. El parece, por sus mismos artículos no haber admitido este nombre: "¡Desórden sacrilego! ¡inversión de las leyes de la naturaleza! En política, don Carlos fuerte en el tercio de España, y el Estatuto en lo demás, y en literatura, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Eugene Sue y Balzac", (6) a pesar de ésto muchos de los autores que le han estudiado, le consideran como un verdadero romántico en todos sus aspectos, lo cual no me parece totalmente exacto, pues creo que puede tenersele por romántico en cuanto a su vida íntima y a su manera de sentir; pero no en cuanto a su estilo, aunque del mismo modo, y juzgando sólo su obra, hay también en ella una parte que puede ser clasificada como romántica, mejor que otra, **Macías** y **El Doncel**, obras que sin género de duda pertenecen a los comienzos del romanticismo; al lado de ellas hay una serie de artículos de crítica, en los que contradiciendo sus primitivas ideas, habla del movimiento romántico sin oponerse nunca formalmente a él; pero, por otra parte, tenemos su educación esencialmente clásica, fundada en la filosofía enciclopedista francesa, de suerte, que, como dice Lemba y Pedraja con gran acierto: su ingenio era claro y penetrante, pero la imaginación pobre y el sentimiento poético casi nulo, entonces iba más para él una literatura que hablase al entendimiento que una literatura de

(5) Larra Mariano José.—**Op. cit.** Págs. 56-57.

(6) Larra Mariano José.—**Op. cit.** Pág. 105.

fantasía que se dirigiese al sentimiento", (7) lo cual es muy cierto, y se comprueba viendo que sus obras de inspiración romántica, su novela y su drama, han perdido con el tiempo más que sus artículos, que van dirigidos al entendimiento.

Ahora bien, no creo que sea totalmente exacto lo que afirma el mismo crítico, a saber: que Larra fue romántico por moda y por accidente, y que por su educación fue clásico y filósofo del siglo XVIII; antes creo que fue romántico, no por moda, sino por sentimiento, esto es, él sentía el romanticismo, ¿por que éste estaba en el medio ambiente? Es posible, pero su pesimismo, su rebeldía, su anhelo insatisfecho, son, a no dudarlo, rasgos románticos, que se contuvieron, tal vez y en un principio, por su educación clasicista, pero que fueron dominando cada vez más su vida, e inclusive sus ideas y su estilo. Sus últimos artículos fueron, pienso yo, obras de un verdadero romántico en todos sus aspectos. Así, aunque los cimientos de su educación sean clásicos, la moda romántica evidentemente hace mella en él, aunque también es cierto que la formación enciclopedista de Larra es mucho mayor de lo que puede creerse, ya que sus ideas preponderantes, como el progreso, la democracia, el desdén hacia las clases populares, el afán de mejorar a la patria, son hijas de la filosofía francesa del siglo XVIII, y, además, él mismo reconoce, en más de una ocasión, su admiración a Voltaire, "Dos nombres colosales, que son los que más acaso a la perfección en distintos géneros se han acercado, pudieran citarse como poderosas excepciones de nuestro aserto. Horacio y Voltaire"; (8) pero como el romanticismo va a hacerse aliado de las ideas de libertad, será por ella por lo que Larra lo acepta. Lo que sí es, a juicio mío, innegable, es que hay en él una mezcla que dará por resultado un estilo bueno, y un aspecto original a la literatura de su tiempo, y además, esto hace que él contribuya con algunas novedades a la crítica de su tiempo: "amplitud de criterio estético y atención al fondo filosófico de las obras y a su trascendencia social" (9)

Así, puede decirse que Larra, como crítico literario, el puente entre dos épocas, la clásica del XVIII y la crítica del XIX, fundada en la historia. Su crítica es retórica todavía, pues se apoya en la clasificación de los géneros literarios; además, se detiene sólo en obras de su tiempo, y de éstas, principalmente en las de género dramático; algunas veces en las líricas e históricas, y nunca en las novelescas; lo cual significa que su campo, en este género, es reducido.

Para dar por terminado este asunto, puede decirse que en Larra se combina, "la idea de los sagrados deberes impuestos por la disciplina clásica y la teoría de la misión trascendental del artista profesada con romántico fervor". (10)

Para apreciar debidamente la formación de Larra en este aspecto, puede empezarse con el "Duende Satírico", publicación en que se ve el influjo

(7) Lomba y Pedraja J.—Op. cit. Pág. 253.

(8) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 340.

(9) Lomba y Pedraja J.—Op. cit. Pág. 219.

(10) Nombela Julio.—Op. cit. Pág. 254.

directo de Boileau y de Horacio, ya que, como dije antes, pone al principio de cada artículo algunos versos de ellos, aunque luego pida, en **El Pobrecito Hablador**. "menos palabras francesas y latinas"

Después de esto, su crítica se dirigirá hacia las obras de tipo marotiano, que hacia 1833, empezaron a representarse en los teatros madrileños, dando ocasión ésto a los mejores artículos de Larra sobre este género, pues muestra en ellos la penetración de su inteligencia, ya que, además, los asuntos de esas obras contribuían a ello, por su índole racional e ingeniosa, más que poética.

Larra tenía sus ideas particulares sobre lo que ha de ser la comedia, y, cuando escribe sus críticas, las aplica siempre con claridad, buen juicio y casi siempre con imparcialidad; dice, así, que la comedia debe ser perfectamente articulada, y sometida a la verdad y a la lógica, prueba de ello son los juicios expresados en su artículo "**Los celos infundados**", en que dice, hablando de la dicha obra dramática: "estos planes, en que no nacen los incidentes y la convicción de la naturaleza de las cosas y de los acontecimientos que ocurren diariamente al protagonista, sino en que los demás personajes producen los sucesos a placer por medio de disfraces o ficciones, no nos parecen los más seguros, porque de su naturaleza ha de resultar necesariamente que al descubrir el sujeto a quien se quiere corregir que todo ha sido un artificio, su convicción se ha de debilitar y se ha de volver en contra precisamente del fin que se desea"

Del mismo modo, en "**La niña en casa y la madre en la máscara**" de Martínez de la Rosa, dice: ".basta con que el poeta presente siempre la verdad, y no transija un punto con la inverosimilitud. Este principio general, que dicta la misma naturaleza, y que, sancionado por el simple sentido común, mal puede ser recusado, ni aun por el clásico más rígido, parece haber sido reconocido hace ya tiempo por los poetas modernos"

Por todo lo expuesto, puede deducirse que, para Larra, la comedia debe ser una cosa que no se refiera únicamente a algo circunstancial, sino que debe retratar la naturaleza humana, que prevalece siempre.

Para Fígaro, el mejor autor de este género es Moratín, al que compara más de una vez con Moliere; pero, aunque reconoce los méritos del autor y le prodiga muchas alabanzas, no por ello se une a la veneración ciega que los de esa época le tenía a Moratín, y señala los defectos que, según él, hay en sus obras. Así, en la crítica de las comedias: "La Mojigata" y "El sí de las niñas", dice de Moratín: ".el mérito de él es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasión en la ampliación de sus bellezas" Moratín tiene mérito, puede compararse con Moliere, pero, "Moliere es más universal que Moratín, éste es más local, su forma por consiguiente más perecedera e insegura"

Al hacer la crítica de la segunda obra, a la que tiene por "la obra maestra de Moratín", no deja por ello de reconocer que es un poco absurda la sumisión del sobrino al tío, pero "acaso la diferencia de costumbres haga más chocante esta observación en nuestros días, y nos inclinamos a creer

esto, porque confesamos que sólo con mucho miedo y desconfianza, osamos encontrar defectos a un talento tan superior" (11)

Se ocupa Larra, también, al hacer la crítica de las comedias, en exponer sus ideas acerca del discutido tema, de si todo "está dicho y tratado en el teatro", y llega a la conclusión de que las pasiones y las formas de la índole del hombre se repiten. Ahora bien, las nuevas épocas, con sus modas peculiares, las tratan de manera distinta, por lo cual, aunque todo sea lo mismo, siempre será diferente, según la manera de tratar el asunto que de ello haga la época en que se trate. La literatura no puede ser nunca sino la expresión de la época. Por ello al hacer la crítica de "**Tanto vales cuanto tienes**", del duque de Rivas, le reprocha no el que se haya servido de un asunto ya tratado, sino el que no le haya dado originalidad: "... las pasiones son las mismas en todos los tiempos, es verdad, y los vicios y los extravíos, buscar, pues, caracteres nuevos fuera ardua empresa" Ahora bien, "manifestar lo ridículo de un ser racional y poético, como el hombre; de un ser espiritual, que se empeña en despojarse a sí mismo de su imaginación para limitar el círculo de sus goces; que se vuelve máquina él mismo a fuerza de hacer máquinas, y que no sabe dejar de creer en una divinidad, en un cielo, en una vida de gloria y de idealismo, sino para creer en lo que toca; de un ser siempre extremado que no puede abarcar en uno la imaginación y la habilidad... , eso es lo que no está dicho, ni hecho" (12)

Trata también, refiriéndose a este punto, del purismo en la lengua al hacer traducciones del francés. No está de acuerdo ni con los afrancesados, ni con lo que pecan de un exceso de purismo. Hay que usar de los vocablos en su verdadero sentido, y sobre todo, al traducir, hay que evitar los galicismos, lo cual no quiere decir que su estilo sea de todo en todo castizo, ya que, de la misma manera que expresa estas ideas, defiende una cierta libertad en el autor, si ésta se pone al servicio del ingenio del escritor. Ejemplo de ello es la crítica que hace del bosquejo histórico de Martínez de la Rosa acerca de Pérez del Pulgar.

Mientras Larra se dedica a hacer la crítica de los dramas en que predominan las ideas classicistas, no tiene problema, ya que es este un campo en que se mueve perfecta y desahogadamente, y al cual puede aplicar las leyes de la preceptiva. En cambio, cuando empieza a referirse a los dramas de tono ya romántico, se haya en verdad desconcertado, pues, en ellos, todas las unidades y reglas han desaparecido. Parece ser que Larra tomó por modelo a Durán para guiarse en esta nueva moda, aunque no tienen trazas de ser muy sinceras y convincentes dichas afirmaciones, ya que éstas son escasas, mientras que las que hace en contra del antiguo teatro español son más numerosas, aunque no por ello deje de reconocer su grandeza y el "genio independiente" de sus autores.

En el primer artículo que parece aceptar estas ideas es en el titulado "**La conjuración de Venecia**", en que dice, en primer lugar, que no es necesario remontarse a los orígenes del teatro para combatir las ideas de los pre-

(11) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 308-389-368-370.

(12) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 405-406.

ceptistas, que "la razón natural puede guiarnos mejor", y, siguiendo el análisis de la tragedia de Martínez de la Rosa, añade: "... los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulación literaria del poder". Las afirmaciones, como puede verse, no son, tampoco, muy categóricas; y meses antes, en el artículo "**La extranjera**", consideraba el romanticismo como un "género bastardo"

Hablando del drama histórico, expone Larra sus ideas en el artículo titulado "**Aben-Humeya**", en donde dice que el drama histórico suele tener: "... el inconveniente de dar destruido el interés al espectador que conoce ya el desenlace de antemano, y el no menor de hacer hablar a personajes de quien ya la imaginación se ha formado una idea, difícil de superar por el poeta". En estas líneas, puede verse que la agudeza de Larra le ha hecho traición, pues, al decir que las obras de las cuales se conoce el desenlace no ofrecen interés, no parece entender que "el interés de un drama no es de curiosidad vulgar y reporteril, sino de psicología y de arte". (13)

Refiriéndonos al aspecto de Larra como pedagogo, podemos ver su teoría acerca de la moralidad del teatro. Para él, la composición dramática debe tener siempre una intención moralizadora y social, y por ello, tendrá por obras inferiores las que no tengan estas cualidades: "¿cuál es el objeto del arte? retratar a la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos, ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan... si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad, y corregir avergonzado, hágase en buena hora de ese asunto una comedia". Lo cual no quiere decir que el teatro sirva para moralizar, sino para reflejar la moral del pueblo, "el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública, no sólo no la forma, sino que sigue él paso a paso su impulso. Lo que llaman moral pública tiene más hondas causas, decir que el teatro forma la moral pública, y no ésta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al revés..." (14) Palabras éstas del artículo "**Margarita de Borgoña**" y que no son, pensando en la fecha en que fueron escritas, novedosas en Larra, pues ya mucho antes en el artículo "**Teatros**", había dicho: "... no creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrige las costumbres, ni destierra los vicios: llevamos más adelante todavía nuestra opinión: nos inclinamos a pensar que del teatro sale el hombre poco más o menos tal como entra"

Ello no obstante, estas ideas parecen contradecir las que expone en "**Antony**", artículo que analizaré más adelante, en que sí cree que el teatro tenga influjo en los espectadores y en su moral; lo cual puede explicarse de la siguiente manera; aunque Larra va aceptando las nuevas ideas materialistas, en lo íntimo de sí mismo sigue con sus primitivos pensamientos de un teatro moral y pedagógico, y en el artículo titulado "**De las traducciones**", así lo manifiesta.

(13) Lomba y Pedraja J.—**Op. cit.** Pág. 272.

(14) Larra y Mariano José.—**Op. cit.** Págs. 395-96 (II)-121-122 (II).

De todo esto, puede deducirse que en Larra hay dos propensiones; por una parte sus ideas classicistas francesas, fundadas en el razonamiento, y por otra, las ideas románticas, que, aun sin quererlo, le llevaban a poner un reflejo de su alma en sus obras. Así, aunque, por una parte, trata de dar una enseñanza, por otra, piensa que ese consejo no es de ninguna utilidad. Tal vez, si Larra hubiese vivido más tiempo, hubiera llegado a afiliarse al realismo, ya que esta escuela, "cifra la belleza en la verdad, aplica la sátira a la vida, pero despojándola de la moraleja, que equivale a una vuelta incompleta a las tradiciones clásicas, que viene a ser el reflejo de un escepticismo conservador y que, por último, es el término medio entre la teoría del arte docente y la teoría del arte por el arte". (15)

Por lo que toca a las unidades dramáticas, aunque tuvo Larra, a paso que el tiempo corría, que ver que no podían ser tan estrictas como en el siglo XVIII lo fueron, no dejó, con todo, de creerlas necesarias, hasta donde el asunto lo tolerase, sometándose lo más que se pudiera a ellas. En la crítica de "**El Trovador**", refiriéndose a este asunto, dice, hablando de cómo en la obra se presentan dos temas diferentes, y el autor emplea la prosa y el verso dentro de la misma: "... tanto esta libertad, como la frecuente mudanza de escena, no las disputaremos a ningún poeta, siempre que sean, como en el Trovador, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Sólo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y segunda jornada, pues mucho menos tiempo, bastaría". (16)

Para hacer el análisis de los principales artículos de Larra como crítico literario, pueden dividirse éstos, en artículos sobre dramas románticos, sobre poesías, sobre asuntos históricos, sobre sátira y sobre los actores y el estado del teatro en general.

Entre los dramas románticos a los que Larra se refiere en sus artículos, están los de Martínez de la Rosa, "**La conjuración de Venecia**" y "**Aban-Humeya**".

En el primero de ellos, Larra elogia al autor como en ningún otro tal vez. Es un artículo de la primera época de Figaro, aún libre de resentimientos, y cuando todavía Martínez de la Rosa no había perdido su ascendiente político, de suerte, que dice de la primera de esas obras: "... el plan está superiormente concebido, el interés no decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables, insistimos en llamarlos indispensables, porque ésta es la perfección del arte", y al final del mismo artículo manifiesta: "... esta es la primera vez que vemos en España a un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiración de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un Estatuto Real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneración de España, y un drama lleno de mérito".

El segundo de ellos, estrenado en la época en que ya su autor había perdido la impotencia política y literaria, es juzgado por Larra de manera totalmente distinta, tal vez influido por ello y también por la fría acogida que

(15) Nombela Julio.—**Op. cit.** Pág. 197.

(16) Larra Mariano José.—**Op. cit.** Págs. 66-76.

a las obras del autor, les habían dado en París. Sea como fuere, hace de la obra una crítica adversa, aun teniendo ésta los rasgos característicos que él pensaba debía tener una obra dramática: "El autor nos pone en el más duro compromiso. Cuando era ministro popular, daba al teatro sus mejores dramas, y obligándonos a alabármelos, nos ponía en el aprieto de parecer aduladores, y ahora que no es ministro empieza dar las peores, poniéndonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos" (17)

La explicación más clara que puede darse a estas contradicciones, que se presentan no sólo en esta ocasión, sino en muchas más, son tal vez las palabras de Lomba y Pedraja: "... el hombre por el que Larra se interesaba era el que la literatura del siglo XVIII, la francesa principalmente, se esforzó en escudriñar y pintar: complicado cuanto se quiera, vario cuanto es posible en sus encarnaciones individuales, pero universal... Del romanticismo se apropió después Larra del gusto por las pasiones exacerbadas, por los efectos dramáticos truculentos y sorprendentes, la facultad y el placer de transportarse a otras épocas en espíritu, para soñar o para entender, nunca. Así estaba formado para la crítica de obras a la manera de la escuela neoclásica francesa", (18) pero ya con visos románticos.

Mientras el teatro romántico español se dedicaba a los temas históricos, el francés, más adelantado, se adentraba ya en los temas de las pasiones humanas. La primera obra que de este tipo llegó a España fue "**Las bodas de Figaro**", a quién Larra dedica un artículo, en que da a entender cómo el público español no estaba preparado todavía para esa clase de teatro.

En las críticas que hace de Dumas y de Hugo, reconoce su valor y su alcance universal, así como el fin moral de alguna de sus obras y lo terrorífico, de otras, lo cual, dice, es efecto natural de la época que las ha producido, ya que el teatro debe ser expresión de la sociedad. Las obras deben ajustarse a la naturaleza, pero dentro de lo verosímil. Fundados en estas ideas, están sus artículos, "**Hernani**" y "**Margarita de Borgoña**". De la primera dice que la culpa del éxito que ha tenido en España, se debe a que no se ajusta a esos principios, y en cambio, a la segunda, por ajustarse a ellos, a pesar del tema, la considera, "de las mejores que en Madrid hemos visto"

Con todo, aunque por estos artículos parece estar Larra conquistado por las ideas románticas, que se ajustaban a sus ideas de libertad, se dejó atraer, pero no seducir, ya que pensaba que la literatura española debía romper los viejos moldes y adaptarse a la época, pero sin ayudas extrañas. Además, había que tener en cuenta la diferencia de costumbres entre España y Francia, ya que su patria no estaba preparada para esas mudanzas radicales. Así, en la crítica de "**Catalina Howard**", dice: "fuerza es confesar sin embargo que en España la transición es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolución, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos pueden apenas compararse con lo de la vecina nación".

(17) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 398-94 (II).

(18) Lomba y Pedraja J.—Op. cit. Pág. 276.

El siguiente drama francés presentado en España fue "**Antony**", al cual Larra dedica dos artículos, en los que se expresa, sobre todo en el primero, con grande apasionamiento contra "los excesos del romanticismo", pero es tal la intensidad de su apasionamiento, que lo que realmente hace es expresarse con "romántico frenesí": "Antony —afirma— merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo". (19)

El segundo artículo es menos exaltado, pero más irónico: "El marido es en el día el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor a quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa, ¡infelices! ¿hay suerte más desgraciada que la de una mujer casada? ¡vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, o cesante, o tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna, es la víctima inocente aunque se case a su gusto. El marido es un tirano. Claro está, se ha casado con ella; ¡habrá bribón! ¡la mantiene, la identifica con su suerte! ¡pícaro. ¡Luego el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso" Se deja, además, llevar en ese artículo por sus ideas conservadoras.

En ambos artículos, le interesa a Larra más que el mérito literario, el fondo moral de la obra, el asunto lo conmueve y le turba. Así, la crítica que hace es francamente hostil: "...rara lógica, ¡enseñarle a un hombre un cadáver para animarle a vivir!... Con indignación lo decimos; sepamos primeramente a donde vamos, busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado, no quieran haber llegado los unos, cuando están los otros todavía en la posada, porque si hay algún obstáculo en el tránsito, unidos lo venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados", y en ellos se nos muestra un Larra apegado al viejo espíritu español, a pesar de todas las modernas ideas que ha defendido en otros lugares de su obra, pues, si era cierto que él clamaba por la libertad literaria, debía haber aceptado el drama como muestra de estas ideas. Aunque la explicación que puede dársele a esto es bien lógica, quería Larra, ante todas esas libertades para la literatura española, pero en forma ordenada y lógica, esto es, creo yo, que más que rechazar la obra en sí, pide su adaptación al momento histórico y social de España: "En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la expresión de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo país indistintamente: reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, sólo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fracción nacional y menos pensadora" (20)

Las tachas de Larra a la obra son: lo falso del asunto y la falta de moralidad, afirmando que el hombre debe someterse a las leyes.

Hay, sin embargo de ello, en estos artículos una contradicción, y es que Larra, va contra las ideas de Dumas, pero al mismo tiempo se contradice, defendiendo su caso particular, al que considera por encima de todo, y la

(19) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 85-104.

verdad es que ambas teorías son por igual inmorales, la única diferencia es que alega la excepción en vez de la regla: "nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones, desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una mujer, aun faltando a su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasión que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una mujer aun sucumbiendo después de una resistencia no menos honrosa por inútil: establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso excepcional de una mujer que se halla realmente bajo el influjo de una pasión cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crimen mismo, y el caso de multitud de mujeres que no siguen al atropellar sus deberes más inspiración que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos"

El mayor mérito de la crítica de "**Antony**", a pesar de las contradicciones que en ella pueda haber, es que con esta crítica empieza Larra "una crítica que trasciende de la esfera de la literatura y aún de la moral propiamente dicha y entra en la filosófica y social". (20) Desde que hay mundo, en toda sociedad el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento... ", y ya al final de la crítica y a manera de conclusión, manifiesta: "La sociedad no se pone en ridículo, la sociedad existe, porque no puede dejar de existir; no siendo leyes sus caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas, y examinadas filosóficamente, tienen una plausible explicación: son consecuencia de su organización y de su modo de ser, es preciso que haya pasado y pase aun por las que realmente lo son para llegar a ideas más fijas y justas; porque toda cosa precisa y que no puede menos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo" (21)

En contradicción con las ideas que expresa en esta crítica de "**Antony**", están las que expone en "**El dogma de los hombres libres**", donde entre otras cosas dice: "...creo que la palabra no puede ser jamás nociva. La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa a fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y éste es el más bello triunfo posible", lo cual muestra la ofuscación que la primera de las obras criticadas debió causar en la mente del autor.

Fíguro, como crítico, trata de ser siempre justo, y cuando hace una crítica adversa, trata de demostrar el porqué de ella, esto es, no censura por gusto y obliga al público con sus propias ideas, sino que le hace ver el porqué de su razonamiento y la consecuencia que de él ha resultado; Así, después de escribir los dos anteriores capítulos sobre "**Antony**", al hacer la crítica del "**Panorama matritense**", expone su concepto sobre la sociedad francesa, para así hacernos entender por qué en Francia puede representarse la dicha obra y en España no. La sociedad francesa podrá estar caduca, pero la considera en posesión de la verdad.

(20) Larra Mariano José.—**Op. cit.** Págs 105-106-107-110.

(21) Lomba y Pedraja J.—**Op. cit.** Pág. 279.

Hacia el año 1835 va a empezar a ponerse de manifiesto, aun en estos artículos, que el descorazonamiento comienza a dominar a Larra; su espíritu propenso al desaliento, es ya sombrío y pesimista, por una parte reprimidos sus ímpetus juveniles, debido a su genio excesivamente maduro, y, por otro, sus problemas personales van a hacer que el tono de sus artículos varíe notablemente. Su crítica no es ya razonadora y discreta, sino mordaz y destructora; su tristeza no es "la mansa del que aquí abajo nada espera, ni desea, sino la tristeza agresiva del que sufre una decepción" (22)

De esa época son los artículos "**Felipe II**" y "**El Pilluelo de París**", en los que expone pensamientos que le hacen aparecer como un hombre demasiado experimentado y hastiado; y aunque realmente había vivido poco, pensaba que era ya suficiente lo conocido, es cierto que, tal vez, desde **El Pobrecito Hablador** se muestra Larra algo desengañado, pero ahí no es más que teóricamente y aquí, ya lo está prácticamente.

En el primero de estos artículos, dice que: "...el teatro es intérprete de una organización social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está experimentado, todo está usado", y más adelante continúa: "...los hombres de nuestra época no sólo no han dado ningún impulso nuevo, sino que lo han recibido acaso sin saberlo".

En el segundo de ellos, con tono no menos hiriente, manifiesta, congratulándose: "Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustración, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las carretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decía en alguna parte, hablando del pobre, si es que el pobre puede ser honrado" (23)

Este tono de desaliento, con todo, se modificaba en tanto cuando, en el 36 y en el 37, respectivamente, hace la crítica de "**El Trovador**" y de "**Los amantes de Teruel**", Vuelve entonces a ser el Larra entusiasta, y dedica a los dos estrenos, artículos justos y con un tono laudatorio poco frecuente en él, libre totalmente de ironías, aunque no por ello deje de señalar, sobre todo en la primera de las obras, algunos defectos. Así, muchas de las alabanzas que hace de ellas casi ni existen. Puede entonces pensarse que con estos elogios lo que quería hacer, era, creo yo, en primer lugar, la alabanza de dos jóvenes compañeros que, a poder de esfuerzo y de buena voluntad, habían logrado salir adelante, y en segundo lugar, alabando a estos dramas, parece querer indicar, aunque en forma indirecta, la superioridad de ellos sobre las del duque de Rivas, en quien no se ocupa Larra gran cosa, aunque, bien mirado, las teorías de éste, estén más de acuerdo con las de Fígaro que las de García Gutiérrez y Hartzenbusch.

En la crítica de "**El Trovador**", lo primero que hace es la alabanza del autor: "...hijos del genio, pertenece a la aristocracia del talento, ¡origen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demás!". De la obra se expresa de la misma manera: "...con respecto al plan, no titubearémos en decir que es rico, valientemente concebido y atinadamente desen-

(22) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 110-108-265.

(23) Nombela Julio.—Op. cit. Pág. 734.

vuelto. La acción encierra mucho interés, y éste crece por grados hasta el desenlace". Y si algún defecto tiene la obra es éste, consecuencia "de la poca experiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvención, porque pedirle en la primera obra lo que sólo el tiempo y el uso pueden dar, sería una injusticia".

En el segundo de los artículos se expresa del mismo modo, tanto del autor como de la obra. De Hartzzenbusch dice: "...es un autor no ya fuera de la línea del vulgo, sino que se distingue entre los escritores de nota", y de la obra: "...la versificación y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representación y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época". (24)

No incluyo la crítica que hizo de Bretón de los Herreros, pues debido al disgusto que hubo entre ambos, y en el que Larra se mostró más fino, pues la caricatura que hace Bretón de él, es de despiadada y exagerada, y aun poniéndose en el caso de que fuese exacto todo lo que dice, tiene en su contra el que a pesar de los defectos que pudiera tener Larra, no consideró Bretón que era un hombre desgraciado, así no pueden dárselos el debido crédito.

Por lo que toca a la poesía, la sintió Larra muy poco, y, así, debió ser para él la nueva escuela que del romanticismo resultaba, algo no muy claro y un campo por el que no se sentí muy seguro. Por tanto, sólo juzga la obra de dos poetas: Martínez de la Rosa y Juan Bautista Alonso. En ambas críticas es benévolo y muestra ideas juiciosas y discretas, que no ofrecen nada nuevo, ni de importancia, ya que como lo he dicho, el género no era bien entendido por él, ni mejor tratado cuando lo intentó.

Como historiador, muestra Larra preferencia por las ideas racionalistas del siglo XVIII, esto es, veía en la historia un medio de enseñanza, pero no la sentía, no veía en ella lo pintoresco o lo plástico, la quería fiel narradora de la vida y de la cultura de un pueblo, y así en el artículo, "**Memorias originales del Príncipe de la Paz**", juzga Larra dicho tema con gran inteligencia. Compara a la historia de su época con un espejo que refleja un salón de máscaras, donde no hay armonía: "...reyes y vasayos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados: ruido horrible y desapacible en que se aúnan y mueven la verdad y la mentira, la calumnia y la reparación, la algarazara del orgullo y el sollozo del pobre, la gira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el aullido de al envidia, el grito de la ambición y el desesperado lamento del virtuoso aborrecido, o del mérito sofocado"

Sus ideas sobre la sátira son sumamente importantes, ya que una de las notas esenciales de su genio es ésta, y, además, porque en ellas muestra un cierto sabor romántico, puesto que dice que: "...la verdad y el bien son el noble fin de la sátira", y en el artículo titulado "La satíricomanía", artículo contra unos versos escritos por don Clemente Díaz en contra del **Pobrecito Hablador**, al cual reprocha querer enmendar los males sociales por medio de la sátira, dice de ella: "la sátira está llamada a poner un dique a aquellos vicios y ridiculeces que no son de la inspección de la ley"; así da a entender

(24) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 133-129.

que la labor del satírico tiene una gran importancia moral y, además, añade que el ingenio satírico debe ser resignado, pues la sociedad no sabrá comprender su papel: "...es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos"; lo cual producirá en el satírico no la felicidad, sino la tristeza, cosa que debía estar sucediéndole a él mismo. El satírico suele ser "por lo común, como la luna, un cuerpo opaco, destinado a dar luz, y es acaso el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene", y su tragedia es que "solamente en un momento de tristeza le es dado aspirar a divertir a los demás". (25)

En el artículo titulado "**De la sátira y los satíricos**", rechaza Larra la opinión que de él se tiene de mordaz y de que su sátira en consecuencia de su malicia. Defiende la labor del autor de este género, cuyo fin no es otro que el corregir, para lo cual se necesita un ingenio especial y un perfecto conocimiento de la sociedad del momento, atributos que no posee una inteligencia mediana. Y así, la labor que propone llevar al cabo es persuadir y convencer, todo ello en beneficio de la sociedad. Por tanto, el que merezca una censura no debe ofenderse, sino por el contrario tratar de corregirse.

En el mismo artículo, llega a la conclusión de que la sátira tiene, como ha manifestado ya antes, un fondo de amarga tristeza, ya que nada hay más doloroso que dedicarse a ridiculizar los vicios y faltas de la sociedad.

Toda esta crítica no es ni apasionada, ni acalorada, sino que valiéndose de una suave ironía suele decir todo lo que se propone, y como casi siempre, acierta en lo que dice.

Como ejemplo de todo ello, pueden citarse las frases siguientes de dicho artículo. El satírico ha de poseer: "suma perspicacia y penetración para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean, y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso: profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamás en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes más recónditos del corazón humano". Y en premio a su ardua labor la sociedad le paga, "suponiéndole de mala índole y condición maligna", lo cual "bastaría a disgustar el alma más generosa, si el amor a la independencia, si el amor al bien, dignásemos sin rubor, no fuese las más veces la mejor recompensa de una intención pura".

Y por último, manifiesta que siempre ha tratado de ser sincero en sus artículos, lo cual es exacto, y así lo fue, aun en el tiempo en que las malas pasiones le envenenaron el alma, pues era tan cierta su enfermedad que siguió siendo sincero dentro de su tono de amargura y desengaño. "Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasión dominante de criticarlo todo con razón o sin ella: somos sumamente celosos de la opinión buena o

(25) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 62-72-73.

mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter, y en medio de los disgustos a que nos condena la dura obligación que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restricción, el mayor pesar que podemos sentir, es el haber de lastimar a nadie con nuestras críticas y sátiras; ni buscamos ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestión personal, toda alusión impropia del decoro del escritor público y del respeto debido a los demás hombres, toda invasión en la vida privada, todo cuanto no tenga relación con el interés general" (26)

Sus artículos acerca de actores, empresarios, decorados, etc., son interesantes no sólo porque manifiestan cómo se hallaba el teatro en esos días, sino, también, porque algunos de ellos poseen ciertas observaciones importantes de índole estética.

En 1834, lo referente al teatro había mudado un poco en España, gracias a la actividad de un actor italiano casado con una española, Grimaldi. Pero antes de él la situación era espantosa, y a ello dedica Figaro varios artículos:

1) **"Yo quiero ser cómico"**. Artículo en que censura la absurda creencia de los jóvenes que desean dedicarse al teatro como un simple entretenimiento, sin pensar que el ser actor requiere una cultura y un cierto nivel social y de educación. Ser actor no es ser farsante, es una profesión seria que requiere cierta clase de preparación, como puede suceder con cualquier otra ocupación. El joven a quien se refiere el artículo posee "todas estas cualidades", y de él dice Larra, haciendo gala de su sutil ironía; "... flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y el mío. Usted será cómico, en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio". (27)

2) **"Un tercero en discordia"**. Al hacer la crítica de la obra de Bretón, la hace también de los actores que le han representado, y a quienes censura lo artificioso de su manera de representar, la cual no debe ser así, ya que si de lo que se trata es de representar la realidad, lo que deben hacer es ser naturales y no, por el contrario, querer modificarla. Otro defecto imperdonable es que los actores estén más atentos al público que a su papel; y además, que en vez de hablar que es lo normal, sólo sepan gritar, como si el público fuese torpe o sordo.

Todo esto hace ver el poco afecto que sentía hacia los actores, pues realmente no pierde oportunidad para echarles en cara su incultura y falta de preparación, y sobre ello, la falta de comprensión de los personajes que interpretan. Como consecuencia de esto, puede deducirse que su crítica es pedagógica; trata de elevar el nivel de todas estas personas, que deben dedicarse no sólo a divertir al público, sino también a instruirle. Todos estos asuntos le ocasionarán, con todo, más de un disgusto con actores y empresarios.

(26) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 69-72-73.

(27) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 313.



3) "Don Quijote de la Mancha en Sierra Morena". Drama escrito por su gran amigo Ventura Vega, a quien prodiga discretas alabanzas. Y por lo que a la ejecución se refiere, endereza el artículo más que a los actores en sí, a la escenografía y vestuario, los cuales halla ramplones y artificiosos, pues una cosa es el disimulo y el arreglo, y otra la chabacanería: "...no pierdan jamás de vista los actores que todo lo que es cubrirse con calvas, caretas u otros afeites la frente, donde se presentan los efectos del ánimo, o cualquier punto del rostro, impidiendo su juego a los músculos, es imprimir a su cara la frialdad del mármol, la inmovilidad de una estatua y toda la falsedad de la mentira y de la afectación, y es dar, sobre todo, al espectador la clave del artificio con que se trata de conducirlo a la ilusión" (28)

La mayor parte de las obras teatrales representadas, provocaban en Larra jocosos comentarios, debido a lo inverosímil de sus asuntos. Así, se dedica a exponer la trama de las obras, para luego, con mordaces sarcasmos, hacer ver lo falso de ella, a sabiendas de que la sátira es sumamente eficaz para hacer la crítica, pues ella "consiste en narrar el argumento de una obra, acribillándola de comentarios, ya que esa crítica menuda impresiona más que la que arremete contra el conjunto de la composición para atacarla de frente". Ahora bien, no quiere esto decir que las críticas de Larra sean simples sátiras. Hay siempre dentro de esa misma ironía, reflexiones sensatas y juicios exactos, ya que, si no fuesen así, su labor carecería de mérito, Larra, además, no trataba de hacer sólo un comentario impersonal, sino de dar, también, una enseñanza con sus escritos. He aquí otra muestra de su labor pedagógica.

La generación literaria a la cual, Larra perteneció, fue una generación en la que los literatos fueron más brillantes por su inspiración exaltada, que por su preparación intelectual, y aunque él despuntara algo más entre ellos por su amor al estudio y al saber, mucho en él se debió más que a su cultura a su intuición, esto es, en muchas ocasiones, adivinó más que supo, y esto puede demostrarse estudiando con un poco de atención cuáles fueron las fuentes de cultura de Larra. Algo debió conocer de los autores clásicos, no mucho, y sólo por sus estudios de colegial. De las literaturas modernas, la que más le llevó la atención fue la francesa, e inclusive mediante ella, debió conocer algo de la inglesa. De la española conoció más de la época medieval que del siglo de oro, excepto a Quevedo, a quien parece conocer bastante bien y, además, quien parece tener en él cierto influjo, lo cual no es de extrañar debido al genio y al estilo, semejantes en ambos; luego, conoció a los autores del siglo XVIII, más que nada por su proximidad en el tiempo. Todo ello puede sacarse en conclusión después de leer los artículos "Ateneo científico y literario" y "Literatura", que nos lo presentan como una persona medianamente culta.

Al hacer crítica literaria, Larra no puede dejar pasar por alto la censura, a la cual no sólo hay que burlar, sino también, burlarse de ella, lo que hace él siempre que tiene la ocasión, en artículos llenos de sátira maliciosa y astuta, refiriéndose a los obstáculos que encuentra el escritor en su tarea, todo debido a la censura oficial, lo cual le hace llegar a la conclusión de que

(28) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 38-79.

lo mejor para el autor es no escribir nada y así se evita todo problema. En el artículo titulado "**Siglo en blanco**", manifiesta: "...un artículo en blanco es susceptible de las interpretaciones más favorables: un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos; es cera blanda, a la cual puede darse a voluntad la forma más adaptada al gusto de cada uno"

En el que con más gracia e ingenio se blurla de la censura, es en el titulado "**Lo que no se puede decir, no se debe decir**", en donde el tono satírico llega al grado máximo. Primero dice que: "...el hombre ha de ser dócil y sumiso, y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar a los que le gobiernan? ¿No es esto la débil y mezquina criatura pidiendo cuentas a su Creador?"

Y refiriéndose a las cualidades que deben tener los escritos para que no los censuren, dice: "...lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia: empiezo por poner al frente de mi artículo, para que me sirva de eterno recuerdo, "lo que no se puede decir, no se debe decir" Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura: no me pongo a criticarlo: ¡nada de eso! no me compete. Sea reglamento o no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo que es más". (29) después de lo cual, se pone a enumerar uno por uno de los artículos de la censura para demostrar que él no los infringe, con lo cual critica a todos, usando su peculiar estilo de decir las cosas como quien no quiere.

Hizo también Larra, crítica acerca de las artes que no fuesen literaturas; y la primera idea que tiene acerca de ello es que España es más propicia para el desenvolvimiento de las bellas artes que otras naciones europeas, por estar menos adelantada científicamente, ya que estos adelantamientos debilitan las artes. Defiende, además, la idea de que el juicio de cualquier obra de arte debe ser dado por todo el público. Dichas ideas están expuestas en la crítica que hace de la ópera de Ballini: "**Capulleti o Montechi**", en materia de bellas artes, y sin perjuicio del respeto que en todos ramos tenemos a los señores inteligentes, sería bueno que se consintiese algún voto a los sentidos de los espectadores de buena fé".

Así, de las bellas artes, realmente sólo le ocupa, por supuesto dejando a un lado el teatro, la música, a la cual sólo hace breves menciones, y ello, por otra parte, es comprensible, ya que la música no popular era entonces casi nula y, además, el crítico no puede tampoco abarcar todos los aspectos del arte.

Por tanto, y para concluir por lo que a este tema se refiere, puede decirse que; la crítica de Larra es más que nada retórica, con visos de penetración psicológica, social y política, esto es, se ocupa en obras actuales, en el alma humana y en la sociedad, siempre a la luz de sus convicciones personales.

Su educación es neoclásica y enciclopedista, no tiene ideas originalés en sí, pero siempre tiene al exponerlas un matiz personal inconfundible. No de-

(29) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 376-442.

ja, ello no obstante, de estar influido por el romanticismo histórico, esto es, admira las obras, pero no llega a entenderlas totalmente.

Aparte esto, el romanticismo liberal de Hugo tiene bastante influjo en él, ya que la idea del francés de que la literatura debe ser la expresión de la vida del pueblo, estaba de acuerdo con las ideas sociológicas de Larra, aunque siempre queden en él los prejuicios morales de su educación.

Aunque clama por la libertad en la literatura, no llega a ponerse a la altura de ese anhelo, más que nada, tal vez, porque le faltó vida para ello, es decir, madurez intelectual.

Por lo que se refiere a la intención de sus críticas, suelen estar éstas, libres de apasionamientos personales. No escribe por amistad o rencor, la intención es recta y sus juicios suelen ser sinceros, pues si censuró algo fue claramente, y cuando tuvo que referirse a alguien caído en desgracia, trató de ser benévolo, sino sirve de ejemplo su disgusto y reconciliación con Bretón, en lo que dió muestra de acuanimidad.

Lomba y Pedraja opina del Larra crítico literario, que tuvo "preocupación por los problemas sociales y literarios más trascendentales que la actualidad presentaba, espíritu todo seriedad y zozobra, todo meditación y cautela, solitario, concentrado, aristocrático en sus gustos y en sus maneras, de un paladar literario verdaderamente exquisito". (30)

La labor de Larra como pedagogo no puede encerrarse solamente en unos cuantos artículos, ya que el aspecto educativo abarca toda su obra periodística. Desde **El Pobrecito Hablador** y luego, en sus artículos tanto costumbristas, como políticos y literarios, puede verse muy claramente esta intención, ya que una de sus grandes pasiones, casi tan grande como la amorosa, fue la de elevar el nivel de la cultura de España en general. No sólo le preocupó, en efecto, una clase social o un aspecto de la educación, sino todas las clases y toda representación social que requiriese enseñanza. De tal modo le interesó y le preocupó este punto, que puede asegurarse que no hay artículo en que unas veces directa y otras indirectamente, no dé una enseñanza y un consejo. Tanto es así, que el convencimiento de la imposibilidad de esta tarea será, en parte, causa de su depresión moral y de su prematura muerte.

En **El Pobrecito Hablador**, sobre todo en las cartas de Andrés al Bachiller, se ve muy claramente esta propensión pedagógica ya que su crítica, dirigida: a la nueva apertura de la Universidad, a la educación de los jóvenes, a la intransigencia de la censura, al orgullo mal entendido de los españoles y a la apatía general, no tiene otro fin que el corregir esos vicios y hacerles conocer a los lectores el remedio que pueden tener.

Los artículos de costumbres, puede que sean en los que más claramente se advierte esa propensión, ya que es en ellos donde su preocupación sociológica se manifiesta más directamente, y si en las cartas del **Pobrecito Hablador** la crítica va dirigida hacia la educación intelectual, en éstos, va diri-

(30) Lomba y Pedraja J.—Op. cit. Pág. 339.

gida hacia la educación social, esto es, al comportamiento del hombre en el trato con sus semejantes.

En los de política, la crítica y enseñanza van encaminadas a hacerle entender al pueblo lo inútil de la guerra que lo está consumiendo, pues ello no traerá la solución de sus problemas, al mal hay que combatirlo en el mismo punto donde nace, a saber: en los mismos gobernantes.

Los de crítica literaria, como acabo de señalarlo, se dirigen no sólo a los autores, sino también a todo lo que les rodea, tanto actores y empresarios como el público en general: el uno no da de sí todo lo que puede, para el otro tampoco lo exige, y los actores, meros intermediarios entre ambos, no se preocupan ni de representar bien al uno, ni tampoco de hacerle comprender el mensaje a los demás.

Así pues, no creo necesario volver a hacer mención de los artículos en que trata el tema de la educación, y que ya se han estudiado dentro de la clasificación convencional que se les ha dado. Sólo me detendré en uno el cual no se ha mencionado antes, y que sirve de claro ejemplo de la idea que Larra tenía sobre la educación de su época, a la cual, al igual que a la cultura, consecuencia de ella, considera en pésimo estado.

"Figaro al Estudiante". Artículo de tono satírico, en el que se duele de la inutilidad de los afanes de superación cultural en esos días: "... parece que usted estudia. Hace mal a fe mía. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenía más alto concepto formado de su buen juicio. Aquí no se trata de saber, sino de medrar".

Y para concluir, pueden citarse las ideas, que al hacer la crítica de **"Anthony"**, expone acerca de como piensa él puede clasificarse, según su cultura y preparación, la sociedad española en general. "Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nación compacta, impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.—una multitud indiferente a todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada a sucumbir siglos enteros a influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla, no están siempre en nuestro sentido, 2.—una clase media que se ilustra lentamente, que empieza a tener necesidades, que desde este momento comienza a conocer que ha estado y está mal, y que quiere reformas, porque cambiando, sólo puede ganar. Clase que ve la luz, que gusta ya de ella; pero que como un niño no calcula la distancia a que la ve, cree más cerca los objetos porque los desea, alarga la mano para cogerla, pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de luz, ni que la luz quemara cogida a puñados, 3.—y una clase, en fin, privilegiada poco numerosa, criada o deslumbrada en el extranjero, víctima o hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra a cada paso de verse sola cien varas delante de las demás: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo". (31)

(31) Larra Mariano José.—*Op. cit.* Págs. 146-104-105.

Capítulo V.—“El doncel de Don Enrique el Doliente”, una de las pocas novelas del romanticismo español.— Obras teatrales. “Macías”.

A lo primero que hay que referirse es a la novela como género literario; y creo que una de las definiciones más exactas sobre ello es la de González Blanco, quien la considera como un género intermedio entre la historia y la poesía, pues de la primera debe tener, “la justeza de expresión y la firmeza de contornos”, y de la segunda, “el colorido, lo lírico”, así la novela, “por razón de su colorido externo, de su forma, es lírica. Por su interior, por su contenido, por su entonación espiritual, es épica” (1) Del mismo modo, la novela es un género destinado a un público y cuando este público no existe, puede decirse que tampoco hay novela.

En el primer tercio del siglo XIX se singulariza la novela por su tono amañerado y sentimental, a pesar de lo cual es el género más popular. Primero se manifiesta por el aspecto caballeresco a imitación de Walter Scott; después viene la novela fantástica, relatando en un principio viajes y luego ramificándose hacia los temas sentimentales, autobiográficos y humorísticos, para terminar en el estilo realista, dentro del cual habrá también sus ramificaciones.

Dentro del movimiento romántico, movimiento que no nació en España, sino que llegó a ella por intercesión de Francia, hay que ver, la novela, que este género traía ya, al venir de extranjis, ciertos rasgos británicos como ningún otro género literario. Así, los novelistas de esta primera mitad del siglo XIX no fueron sino vagos remedos de Walter Scott.

En España, dentro de este campo, no hay nada digno de mención, ya que todo se concretaba a simples traducciones del inglés y del francés, hasta que no aparece la novela histórica con la que se empiezan a resucitar olvidadas tradiciones.

En cuanto a calidad, puede considerarse como la primer novela romántica, “**El Doncel de Don Enrique el Doliente**”, publicada en 1834, año mismo en que estrenó también Larra su drama sobre el mismo tema. “**Macías**”. Ambas obras tienen por argumento los desdichados amores del trovador gallego del siglo XV, personaje en el que encontró Larra el símbolo de la fatalidad de la pasión, que tan bien venía a su estado de ánimo, esto es, la figura medieval del joven Macías, enamorado y muerto temprana y trágicamente, le hacían aparecer como un personaje romántico, que, además, encarnaba la pasión que al mismo autor consumía. Por ello, el valor de la obra, no estriba en su originalidad, pues es la adaptación, de un tema ya dado, al estado de ánimo particular del autor, antes su valor real está en las conmovedoras escenas que pintó, pues muchas de ellas son reales.

Al lado de la novela de Larra, está la obra de Espronceda, “**Sancho Saldaña**”, de la que opina Piñeyro, “que mejor para su gloria habría sido abstenerse de probar sus fuerzas en ese ejercicio” Pueden citarse también los nombres de Villalosa y Escosura, cuyo mérito es todavía menor.

(1) González Blanco A.—**Historia de la novela en España desde el romanticismo hasta nuestros días**. Pág. 18.

Por tanto, y a pesar del relativo valor literario que pueda tener la obra de Figaro, tiene el mérito de que, no siendo esa su especialidad, logró producir la mejor dentro del género, por lo cual dió con ella cierta categoría a la novelística de su tiempo.

Escribe, Larra, la obra siguiendo el estilo de Scott, privativo en esta época, es decir, "El Doncel" ... "tiene enteramente la apariencia de una novela de Scott, el mismo corte, el mismo andar lento de la narración, diálogos largos, capítulos sin título, siempre precedidos de un epígrafe en verso, tomado generalmente de alguna balada o romance antiguo, y al principio de la obra una rápida ojeada sobre la historia y costumbres de la época en que pasa la escena. Pero la semejanza real ahí termina, argumentos, personajes, episodios, todo lo demás es enteramente español", (2) lo cual es totalmente acertado como se verá al hacer el estudio de todo ello, sobre todo de los personajes, que no pueden ser más que españoles y, además, del siglo XV.

Tal vez el mejor juicio sobre la novela y sobre el mismo Larra, es el que hizo Menéndez y Pelayo dentro de su estudio de las obras de Lope de Vega, al hablar de "**Porfiar hasta morir**", obra de la cual es protagonista Macías, de quien dice que ha sido un personaje olvidado hasta el siglo XIX en que ha vuelto a aparecer "bajo los auspicios de un grande y desventurado ingenio, que quiere identificarse con él en su vida y hasta en su muerte".

Según el mismo crítico, es "**El Doncel**" "la primera novela histórica digna de leerse entre las compuestas a imitación de Scott" (3) Advirtiendo la atracción que el trovador gallego ejerce en Larra se pregunta: "¿qué afinidad puede haber, fuera de la pasión amorosa, entre el alma sencilla del trovador gallego del siglo XV y el negro humorismo que fermentaba en el espíritu tormentoso y sutil de Larra, convirtiendo en hiel para su autor, hasta los donaires de su pluma? Pero es cierto que la predilección existió y que si se descompone en dos mitades el genio de Larra, Figaro será la crítica y la sátira, y Macías, la pasión y la locura del amor".

Seguiré citando las palabras de Menéndez y Pelayo, aunque se aparten un poco del tema, para volver después a él, porque retratan fielmente a Larra, y creo que no está de más insistir en el tema, ya que ello ayudará a fijar mejor la idea que del autor pretendo dar.

"Dícese comúnmente, pero no puede admitirse sin grandes distinciones, que en Larra las facultades de artista productor eran muy inferiores a las que tenía como pensador y crítico. Tal sentencia sería justa si recayese tan sólo sobre su teatro, su novela, sobre sus versos líricos y satíricos; todo lo cual es, ciertamente, labor de imitación, muy distinguida a veces, pero que no vale tanto en conjunto como cualquiera de sus artículos más selectos. Pero Larra es grande artista en otro, que está fuera de los encastillados retóricos y que se explaya en las libres regiones de la fantasía humorística. No sólo tuvo más ideas que ningún español de su tiempo, sino que acertó a dar forma, en cierto modo poética, a su concepción pesimista del mundo, a su in-

(2) Piñeyro M.—**Historia del romanticismo en España.**

(3) Menéndez y Pelayo M.—**Lope de Vega.** Pág. XIV.

interpretación siniestra, pero trascendental de la vida. No hay pues, grande injusticia en la postergación que sufren sus obras puramente imaginativas, respecto de aquellas otras en que depositó la esencia más honda de su espíritu y la última palabra de su desesperada filosofía"; ahora bien sus otras obras no pueden tampoco hacerse a un lado, ya que "de tales ingenios nada puede desdeñarse, y además, Larra ponía, hasta en sus obras menos inspiradas, el sello de distinción y buen gusto, que basta para recomendarlo" (4)

Volviendo a la novela que nos ocupa, dice el mismo crítico: "El Doncel es una novela muy endeble si se le considera como cuadro histórico", lo cual es cierto, ya que a Larra, ni sus estudios, ni su vocación, le llevaban por ese camino. Su conocimiento de la Edad Media, debe haberlo adquirido más que nada, através de otras novelas, romances y crónicas, así el mérito de la novela, y lo que la distingue de otras "frías y cansadas rapsodias pseudo-caballerescas que por aquel tiempo pulularon, es (aparte de la pulcritud y singular esmero del estilo, que es más castizo que en el resto de sus obras), la llama de la pasión culpable y misteriosa que por todo el libro serpea y que en realidad le inspiró. Bajo el transparente disfraz del siglo XV, hay una novela íntima, demasiado histórica, para desgracia de su autor. No brotó de pura imaginación literaria, sino que se realizó íntegramente en la vida con fatal y trágico desenlace, no muy diverso del que había imaginado el poeta.

"Caracteres hay dos, el de Macías y el de su amada, débilmente bosquejados uno y otro. Su erotismo refinado, mezcla de impulsos sensuales y de sofismos éticos, viene en línea directa de Juan Jacobo Rousseau.

"Tal como es esta novela, agrada por lo bien escrita, interesa aunque no entusiasme. . . En cuanto a la verdad histórica está tan poco respetada tanto en la novela como en el drama". (5) lo cual es exacto y puede servir de ejemplo el retrato que hace de la figura de Villena, quien en las crónicas aparece como un político inapto, pero bonachón, y en cambio, Larra lo presenta como un tirano malvado y ambicioso.

Así puede decirse que Larra al escribir "**El Doncel**", escribía su propia novela, disfrazado en un personaje legendario, del cual nadie podría sospechar, porque, se puede repetir una vez más que Larra, en el aspecto afectivo, fue romántico, aunque como crítico fuese clásico, tal vez, porque comprendía que la crítica debe someterse a ciertas normas. Pero al dejar al descubierto sus sentimientos, tal cual lo mandaba la época, expresó su vida interior llena de desolación y desesperanza, a pesar de lo cual, también es cierto que logró dar a la novela sabor de época, ya que ésta tiene, en el fondo, el mismo tono ingenuo que muchos de los romances en que está inspirada; y que sirven de epígrafe a cada capítulo.

Por lo que respecta al aspecto sentimental de la obra "Larra tejió con tristeza sentidas por Antony, desesperanzas de un trovador medieval. Ese Antony que él exacraba en cuanto crítico, en cuanto director moral de la época, era el que informaba su porción de alma lírica" (6)

(4) Menéndez y Pelayo M.—Op. cit. Págs. XV-XVI.

(5) Menéndez y Pelayo M.—Op. cit. Pág. XVI.

(6) González Blanco A.—Op. cit. Pág. 131.

El ingenio de Figaro se muestra a lo largo de toda la novela, no sólo por el análisis psicológico que hace de los personajes, sino, también, por la crítica que hace de algunas situaciones; sin embargo de ello, y por encima de todo, la novela es romántica, y en ella muestra Larra, no la índole serena del crítico, sino el alma de un hombre dominado por la pasión.

La obra no sólo tiene semejanza con el género que puso de moda Scott, sino que también tiene algo del romanticismo francés, esto es, el tono, que en ocasiones es superficial y declamatorio al igual que "efectista", ya que tanto las pasiones, como las traiciones a las que hace mención Larra, son un poco de melodrama, por ejemplo, la escena en que Macías, obrando con toda falta de prudencia no sólo para él, sino también para su amada, se empeña en penetrar en el aposento de Elvira, en donde se lleva al cabo una escena de pasión y dolor, innegablemente folletinesca:

"Ven Elvira, bien mío.

—Macías, dijo Elvira desasiéndose de los opresores lazos del doncel, vos os dejais llevar de vuestro loco arrebató. Vos me tuteáis.

—¿Y qué importa, señora, que no se tuteen nuestros labios, si nuestros ojos se tutean? /

—¡Ea! partid, dejadme; añadió Elvira con una emoción difícil de explicar. Por la última vez, dejadme.

—Decidme que me amáis, y partiré. Una vez sola, una vez; decidme que he de volver a veros. que he de volver a hablaros.

—Soltad; es imposible.

—Amadme, Elvira: ¡por piedad!

—¡Nunca! ¡jamás! os aborrezco.

—¿Me aborrecéis? ¿no hay en el cielo rayos? ¿no hay quien me mate? ¡Fernán Pérez!

—¿Qué hacéis?

—Llamarle. Lleve mi vida quien se llevó mi dicha. ¡Fernán Pérez!

—Teneos. Macías. Bien: yo...

—Acaba, acaba

—Yo os. imposible, jamás. Os aborrezco.

—¿Y lo dices llorando? Tus lágrimas ardientes corren hasta mis manos. Huyamos. Los amantes son solo, Elvira, los esposos. inútil es la lucha.

—No, no, Macías: hay un Dios. Hay un Dios que nos ve. Mi deber es primero. ¡Santo Dios! exclamó prosternándose la desdichada Elvira, dadme fuerza y virtud! Sola no basto a resistir.

—¿Qué escucho? es mía, es mía.

Macías estrechaba sobre su corazón a la infeliz Elvira, que exánime y sin sentido no oponía a su loco arrebató más resistencia que la pasiva inmovilidad del estupor y del asombro.

—El viene, gritó de pronto una voz harto conocida a los oídos de Macías y de Elvira. El viene, repitió de allí a un momento. Así resonó en el corazón del doncel, como el eco lúgubre del bronce, que anuncia al amante parado en la playa la despedida del buque que lleva consigo el tierno objeto de sus ansias”

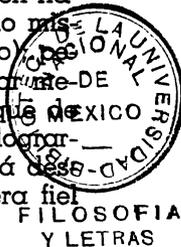
La visión de Larra sobre la Edad Media es poco exacta y, además, hóstil, el tono, con que habla de ella es duro y no le haya atenuante: “. . . nuestra nación presentaba en caos confuso, un choque no interrumpido de elementos heterogéneos que tendían a equilibrarse, pero que la ausencia prolongada de un poder superior que los amalgamase y ordenase, completando el gran milagro de la civilización, se encontraban con extraña violencia en un vasto campo de disensiones civiles, de guerras exteriores, de rencillas, de desafíos y a veces de crímenes, que con nuestras extremadas instituciones mal en la actualidad, se confirmarían”.

“Una incomprendible mezcla de religión y de pasiones, de vicios y virtudes, de saber y de ignorancia, era el carácter distintivo de nuestros siglos medios. Aquel mismo príncipe que perdía demasiado tiempo en devociones minuciosas, y que expendía sus tesoros en piadosas fundaciones, se mostraba con frecuencia inconsecuente en su devoción, o descubría de una manera bien perentoria lo frívolo de su piedad, pues en vez de arreglar por ésta su conducta, se le veía no pocas veces salir de los templos del Altísimo para ir a descansar las fatigas del gobierno, en brazos de una seductora concubina, que usurpaba la mitad del lecho regio de su consorte despreciada. Un corto número de espíritus más pusilánimes o acaso más calculadores que sus contemporáneos, poseía la corta riqueza literaria griega y romana que de las ruinas del Partenon y del Capitolio, habían podido salvar en medio de la devastación desoladora de la irrupción de los bárbaros, algunas primitivas comunidades monásticas” (7)

Por lo que se refiere a los principales protagonistas de la obra, los rasgos característicos de esos personajes están bastante bien definidos, aunque algunos de ellos no lleguen a ser totalmente exactos, lo cual, tratándose de una obra de tipo novelesco como ésta, y no histórico, no es totalmente necesario, ya que, es más importante que el que sean exactos, que el autor se identifique con ellos, y que valiéndose de sus protagonistas, hable de sí mismo, pintándolos muchas veces no como son, sino como quisiera que fuesen. Por medio de ellos, Larra piensa en personas que le rodean y que personifica en esos tipos históricos. Así, al pintar a Elvira, dibuja en ella los rasgos que hubiese querido que tuviera su amada, lo cual le habría evitado todos sus problemas y tal vez el trágico desenlace de su vida. El hubiera deseado ser como Macías, un joven opuesto, elegante, aventajado en todas las artes y oficios mundanos, un espíritu caballeresco dotado de talento literario, y un ídolo de las mujeres.

(7) Larra Mariano José.—Op. cit. Págs. 228-93-94.

Villena, cuya figura no le es agradable a Larra, sino por el contrario, es retratado cruelmente, y lo pinta como un hombre apocado e incapaz, para quien el honor es algo vacío y sin sentido, tanto es así, que no vacila en hacer desaparecer a su esposa. (hecho, que, sin embargo, es histórico, lo mismo que su aspiración al maestrazgo, motivo por el cual lo lleva a cabo). Pero Larra se preocupa en aumentar la alevosía del hecho, para así lograr mejorar el aspecto siniestro del personaje. Del mismo modo, trata don Enrique de convencer al doncel de que vaya en contra de sus principios, y al no lograrlo, es capaz de prepararle una sucia pasada de la que no sólo saldrá deshonrado el propio Macías, sino también Elvira y su marido, quien era fiel servidor suyo.



Opuesto a esta figura, está Macías, para quien el honor es lo principal, y, como verdadero caballero del rey, es incapaz de ir contra los principios que su categoría estipula; así el doncel se singulariza por su generosidad y nobleza.

La figura de Elvira, reflejo de un ensueño, aparece como una mujer virtuosa y exenta de coquetería, víctima del destino y prototipo del romanticismo, totalmente distinta a la que amara Larra.

Los personajes que pudieramos llamar secundarios: el marido de Elvira, los criados, e inclusive el propio Rey, están discretamente retratados.

El marido vacila entre sus sentimientos, su honor y la obediencia a su señor. El criado de Villena, es astuto y malvado, al mismo tiempo que vive amedrentado por las supersticiones de su tiempo, las cuales su señor se preocupa en fomentar, en beneficio propio. El de Macías, así como su señor, es fiel y abnegado, y presenta este personaje una peculiaridad curiosa, a saber: que habiendo sido montero sigue usando de la jerga típica de este oficio, cosa que Larra se preocupa en poner siempre de manifiesto con el fin de dar más sabor de época a la novela. El Rey es probablemente la figura más "desdibujada" y que menos papel hace en la obra.

En cuanto a la estructura, el interés va creciendo en el transcurso de toda la novela hasta llegar a lo patético. La trama no decae, va siempre ascendiendo. Desde la presentación de los personajes y sus problemas, el interés del lector va en aumento, pues no sabe a dónde terminarán por llevarles sus pasiones y las ambiciones y traiciones de los demás. Como obra romántica, el fin será trágico: muerte y locura por amor: Macías, traicionado y apresado, trata de lograr la libertad para ir a reunirse con su amada, y muere trágicamente; Elvira, viendo esta horrible escena, pierde la razón.

El tema de la novela está lleno de lances tremebundos, —como la lucha desigual de Macías contra los hombres de Villena, de la cual sale milagrosamente vencedor, gracias a la inesperada y eficaz ayuda de su criado—; y de lances asombrosos, como las fugas y escondites del doncel, delante mismo de Pérez Vadillo, el cual no cae nunca en la cuenta del engaño de que se le está haciendo víctima.

En medio de todo ello, aparece de cuando en cuando el satírico que había en Larra y que no logra ser dominado por el romántico. Así, aprove-

cha la trama de la novela para burlarse, por ejemplo de la amistad, —todos los personajes, excepto Elvira y el doncel, se hacen traición los unos a los otros por el logro de sus ambiciones personales—.

Cuando hace las descripciones de las situaciones exageradas y diabólicas, que se llevan al cabo en la cámara de Villena y del físico y astrólogo de la corte —el cual tiene mucho de brujo—, parece que lo que quiere Larra es, más que hacer una escena patética, asombrar al público y reírse de él. Así, al hacernos la descripción del físico, lo coloca en un lugar ya exageradamente tétrico, y a él mismo nos lo pinta con rasgos tremendos, que no caen ya dentro de una descripción exagerada, sino en una descripción claramente burlona: "Su estatura era pequeña, su tez pálida y macilenta: brillaban sus ojos en su oscuro semblante como dos carbuncos en medio de las tinieblas de la noche; y era la expresión de toda su persona, malignidad y avaricia: su mano descarnada y su barba larga le daban cierto aire de adusta gravedad. Su traje era un largo y amplio balandrán negro cogido con una larga correa: ayudábale a andar un nudoso y retorcido báculo semejante al bastón pastoral, y una toquilla con dos plumas malamente colocadas encubierta su calva zollos" (8).

Según uno de los mejores críticos de Larra, Nombela, no siente Fíguro ni la mitad de lo que dice en la novela, cosa con la que no estoy totalmente de acuerdo, pues es cierto que hay cosas que desde luego no cree y son mero artificio, pero es más lo positivo que lo negativo, ya que el asunto de la obra le sirve de desahogo para el estado de ánimo en que se hallaba, y, siendo así, tiene que ser sincero la mayor parte de las veces. Lo cual tampoco quiere decir que pueda considerarse la obra como autobiográfica, sino que simplemente muestra algunas particularidades del genio del autor. Y es en la novela y el drama sobre el mismo tema, en las únicas ocasiones en que puede decirse que Larra despunta como autor lírico, pues como poeta, se ha dicho ya, no logró hacerlo.

Teatro romántico español.—España, que durante el Siglo de Oro, produjo obras dramáticas inconmensurables y que supieron interpretar el verdadero espíritu del pueblo, al llegar el siglo XIX, se haya en este campo totalmente estéril. Claro que lo está también en el campo científico y artístico en general, de lo cual no puede culparse más que a las circunstancias.

Durante el primer tercio del siglo, España volvió los ojos a Francia y tomó de la nación vecina la tragedia pseudo-clásica, teatro sin color y sometido a las unidades, que no logrará dar verdaderos frutos, por ser totalmente ajeno del modo de ser español. Su tono, en efecto, es opuesto al de la dramática del siglo de oro, nacional y popular, lo cual hará que su éxito sea relativo.

No será sino hasta 1834, con el estreno en Madrid de la "**Conjuración de Venecia**" de Martínez de la Rosa, cuando haga su entrada en España el drama histórico, que llega retrasado a la Península con respecto a los demás países europeos, debido a la incultura general y a la tiranía política, pero será ese drama, el primer paso hacia el verdadero teatro romántico.

(8) Larra Mariano José.—Op. cit. Pág. 164.

En este campo, Larra tiene, también, un papel de importancia, que corre, en los años de 1832 a 1835, pareja con la pasión sombría que por entonces dominó su vida, y que él se empeñó en explotar literariamente, acercándose en este aspecto, más que en ningún otro, a los propósitos ideales que el romanticismo empezaba a manifestar.

Así, ensaya primero el género novelístico, y valiéndose del trabajo que para esto tuvo que efectuar, ya que tuvo que consultar y buscar, dentro del cuadro histórico castellano, un personaje que fuese acorde con sus pasiones—, decidió aprovechar este mismo trabajo para componer un drama, "Macías", que había de servirle, también, de desahogo a su estado sentimental.

Ahora bien, aunque el tema es el mismo en ambas obras, hay una diferencia esencial entre la novela y el drama. Aquélla es anterior, la vida de Larra no ha padecido todavía el gran golpe, y ésta fue escrita cuando los hechos dolorosos se habían consumado ya. Por ello, la obra teatral es más clara, menos folletinesca, y aunque el desenlace sea el mismo, la intención es distinta, ya que en el drama Elvira es soltera, y sólo por una traición se une a otro hombre, lo cual viene a decir que la pasión de ambos personajes, se hubiese resuelto normalmente a no intervenir la fatalidad, que es realmente la protagonista de la obra.

El mejor juicio que se ha hecho, tal vez, sobre este drama, es el de Hartsenbusch, quien dice que Macías representa una restauración de la comedia antigua con propensiones modernas.

Haciendo un análisis minucioso de la obra, puede verse que, de los dramas del romanticismo español es éste, tal vez, el que recoge mejor la tradición del teatro nacional del siglo XVII, y esto, a la luz del predominio de "el elemento tradicional sobre el innovador", éste último representado por el influjo de Dumas, con su obra **"Enrique III y su corte"**.

La primera muestra de esta conservación del espíritu tradicional del Siglo de Oro, puede verse en el estilo; el drama está escrito en verso, y usando variedad de metros, lo mismo que hicieron los autores de aquel siglo.

Por lo que a los personajes se refiere, hallamos también semejanzas con el teatro del siglo XVII; los criados que sirven de confidentes: Elvira desahoga sus penas en Beatriz, su dueña; Rui Pero, camarero de don Enrique, está al tanto de todo lo que piensa y trama su señor. Así también, el personaje del padre autoritario, que aquí obliga a su hija a contraer matrimonio, es, también, un personaje típico del teatro del Siglo de Oro. Los papeles de las damas y los galanes tienen, también, puntos de semejanza con los de la época clásica.

En lo que se separa la obra de Larra de los dramas del siglo XVII, es en que Figaro se somete al escribirlo a las unidades: a la de lugar, porque todo el drama se efectúa en el mismo palacio, aunque en diferentes habitaciones, y a la de tiempo, porque la acción dura solamente un día. Así aunque puede decirse que la obra es romántica por la mayor parte de sus elementos, y que, en cuanto a estilo, es "clasicista".

Por lo que toca a los elementos modernos que la obra pueda tener, lo primero que hay que buscar en ella, es, el medio ambiente de época y el "color local", que el autor le quiso dar, pero que no logró conseguir totalmente, a pesar de las muchas alusiones a la época a que se refería —el siglo XV—, ya que a Larra le faltó imaginación pintoresca, así todas las cosas de época a las que hace mención, como modas, monedas, obras de construcción, obras literarias, son tan insulsas que pasan inadvertidas para el público. No hay tampoco, en la obra, descripciones de paisajes.

Por todo esto, puede decirse que el toque moderno y romántico de la obra estará más bien en el alma del poeta, quien la transmite a la pieza, esto es, en la pasión desbordante que lleva a los protagonistas a la tragedia; lo que hace que el drama sea un grito de rebeldía contra la ley moral —por no poder Elvira y Macías unir sus vidas aun amándose, debido al matrimonio sin amor que la dama tuvo que contraer—; contra las convenciones sociales —que no comprenden su drama íntimo— y una exaltación de la libertad individual, tópico indispensable de la moda romántica.

La trama es semejante en el drama y en la novela, con excepción de que, en aquél, la doncella, Elvira, creyéndose desdeñada por el doncel, se casa con otro, y al caer en la cuenta de su equivocación, es ya tarde para remediarla.

Los personajes presentan, también, rasgos semejantes en ambas obras. En el drama, nos presenta Larra al mismo Macías valiente y noble, que aunque doncel de don Enrique, no está de acuerdo con su conducta, ni con nada que rompa los verdaderos principios del honor. Es, también, víctima de una pasión, más sincera aquí, por más próxima a la que aquejaba por entonces al autor. Si en la novela hay alguna vez ironía, en el drama no hay ni la más leve: "la fatalidad se conjura en contra de un hombre a quien dotó el cielo de las cualidades más propicias para ser venturoso" (9). De ahí, el buen éxito que alcanzó la obra por lo vívido y real de su sentimiento.

Elvira se presenta, en el drama, de índole más apasionada que en la novela, esto es, en ésta es más prudente y reservada, y en aquél se deja llevar más por sus impulsos. En la novela, si no siente ya, ha sentido, cierto amor a su marido; en el drama, ni lo quiere, ni lo ha querido nunca, y no se molesta en ocultarlo, por el contrario, quiere que se sepa.

Por lo que se refiere a la originalidad de la obra, dejando a un lado el que el personaje de Macías había vivido en el siglo XV, y de ahí lo toma Larra, también está influido por el drama de Dumas, "**Enrique III y su corte**", estrenado pocos años antes que Fígaro escribiese el suyo; y un análisis de ambas obras lleva a hallar un sinnúmero de situaciones análogas. Así, siguiendo el estudio que de ambas obras ha hecho Piñeyro en su "Historia del Romanticismo Español", puede decirse que las analogías más evidentes son las siguientes:

(9) Nombela Julio.—*Op. cit.* Pág. 91.

Tomando el acto III, que es donde más claramente se ve este influjo, lo primero que se advierte es que, cuando los amantes son descubiertos, después de violenta escena, Pérez Vadillo amenaza a su mujer, y ella, impasible, espera el golpe. En la obra de Dumas hay asimismo, una escena totalmente igual, y las palabras que ambos caballeros dicen, son casi idénticas:

Larra: "Le ama, oh cielos; de tal modo,
Que ya prefiere a su olvido
La muerte...
¡Mal haya el que tan amado
Supo ser!..."

Dumas: "Vous l'aimez bien, madame!
Malédiction sur lui qui est tant aimé!"

Lo mismo sucede con la representación de la firmeza de Elvira para no hacerle traición a su amante y la reacción del marido ante esa firme posición, y luego, en el cuarto y último acto del drama, cuando ya todo se ha perdido, las palabras de Pérez Vadillo:

"Me vendían.
Ya se lavó en su sangre mi deshonor" (10)

vuelven a ser copia de Dumas, quien puso de moda esas cláusulas lapidarias como final de la catástrofe de su tragedia.

La semejanza que algunos autores quieren ver entre "**Macías**" y "**El Trovador**", añadiendo que ésta última debió estar influenciada por la obra de Larra, no me parece totalmente exacto, ya que el tema de las pasiones exaltadas, era fruto del tiempo, así como en el Siglo de Oro, los temas dominantes fueron el honor, los celos, etc.; y los diversos autores los trataron sin por eso estar influenciados los unos por los otros. Me parece más lógico una explicación semejante para lo que sucede con García Gutiérrez y Larra.

Para dar por terminado el estudio de este drama, pueden citarse las palabras de Lomba y Pedraja, quien dice de él: "El drama entero es un grito de rebeldía contra la ley moral, en primer término; contra la tiranía de las convenciones, en segundo; una reivindicación sin medida de fueros individuales, una negación en principio de un orden superior, trascendente, ante el que los impulsos del corazón humano hayan de callar y humillarse; una obra de exaltación, no de serenidad, de arrebató lírico, o bien a falta de inspiración, lo que con frecuencia sucede, de retórica detonante" (11).

Entre las obras teatrales originales de Larra, aparte "**Macías**", puede citarse el drama histórico, original, escrito en verso, y que no llegó a representarse, "**El conde Fernán González y la exención de Castilla**". Parece ser que fue una de las primeras obras que escribió Larra, ya que la calidad

(10) Larra Mariano José.—*Op. cit.* Págs. 445-457.

(11) Lomba y Pedraja J.—*Teatro romántico español*. Pág. 31.

de los versos deja bastante que desear. Además, los personajes son bastante irreales. La Reina es la encarnación de la maldad y el caballero de la lealtad y el honor que permanece inalterable por encima de todo.

La belleza de la leyenda, sobre todo la del episodio que trata Larra de aprovechar, la llegada de Fernán González a León, su prisión debida a las intrigas de la Reina, y la salvación del mismo, gracias a la intervención de su esposa —todo con un feliz desenlace— y la índole histórica del asunto, no están realmente captados por el autor. En realidad los personajes, como históricos, no tienen consistencia.

Consta la obra de cinco actos, en los cuales se comprueba plenamente, que lo único que hace Larra con los versos es rimarlos, siguiendo siempre el mismo ritmo, lo que ocasiona una repetición monótona.

El único mérito que puede atribuírsele a esta obra es que en ella trata Figaro de seguir el estilo del romancero, aun cuando exagere el asunto. El lenguaje no es muy correcto, que digamos, y cae, inclusive, en prosaísmos, lo cual viene a reforzar la idea de que debió de ser esta obra, obra de juventud, pues después jamás cae Larra en ese error.

Las otras obras dramáticas de Larra, son traducciones o arreglos del francés, y en ellas hay que ver más que calidad literaria, que el autor iba a ellas impulsado por necesidades económicas, aunque también es cierto que siempre puso, en sus adaptaciones o traducciones, una nota particular y personal.

Entre estas obras, pueden citarse como principales, las siguientes:

1) "**Felipe**". Comedia sentimental, de asunto absurdo e irreal, pero del gusto de la época. Presenta un problema entre dos clases sociales, aristócratas y plebeyos, al que el autor da la solución de la igualdad, idea revolucionaria en su tiempo, y, por tanto, romántica.

2) "**Don Juan de Austria**". Traducción de una obra de Delavigne, que más que nada es una parodia de la historia, en la que arremete con el fanatismo religioso de los españoles. Es una sátira histórica. La obra tiene movimiento, cuadros "efectistas", de ahí que entretuviese al público.

3) "**El arte de conspirar**". Traducción de Scribe. Obra en que dice que en política hay que aprovecharse si se quiere salir bien. Con todo, la sátira de la obra no es fina, ya que el personaje principal, tiene por adversarios a personas necias y sin refinamiento; lo cual, por otra parte, hizo que la obra estuviese al alcance de todos los públicos y lograrse buen éxito por ello mismo.

Se presentan en la comedia varias intrigas reunidas, que son aprovechadas por el protagonista para vencer a todos.

4) "**Partir a tiempo**". Comedia en un acto, especie de fábula actuada y con una lección moral y práctica; "**Quién quita la ocasión, quita el peligro**".

Después de traducida esta comedia, en el año 1836, Larra quiso sentirse el protagonista de ella, ya que éste era también víctima de una mala pasión, y salió de Madrid, pero para él era ya tarde.

5) **"Tu amor o la muerte"**. Traducción de Scribe, que trata el tema puesto de moda por el romanticismo de "el mal de amores", por el cual los jóvenes decían estar dispuestos, y algunos sí que lo estuvieron, a renunciar a la vida.

En la obra se opone a los apasionamientos románticos con sensatez y buen juicio, ridiculiza el suicidio por amor; pero al propio tiempo lo explica como una enfermedad nerviosa que se puede curar, la cual serviría, sin saberlo él, poco tiempo después, como explicación a su propia muerte, causada por una la obsesión enfermiza de un amor contrariado y por la visión de una España distinta a su España ideal.

Así, aunque Larra, en esta obra, y como crítico no está de acuerdo con la teoría de Scribe, como hombre consideró su amor distinto, a cualquiera de esos que exponían dichas obras, aunque en el fondo eran semejantes.

6) **"Un desafío o dos horas de favor"**. Arreglo del francés, de un drama violento e inverosímil, en que hay una serie interminable de lances, provocados por un traidor que jamás aparece en escena, y los demás personajes son víctimas de la fatalidad.

Para dar por terminado definitivamente este trabajo, diré que la tesis que sostengo acerca de la personalidad de Larra, es la siguiente:

Para mí, no fue Figaro un afrancesado, sino un patriota español con una visión más moderna de la situación del momento, que la mayor parte de sus contemporáneos, lo cual no quita la admiración que le tuvo Francia y el innegable influjo que ella tuvo en él.

No es tampoco un clásico consumado, ni un romántico neto, sino, si bien se mira, una transición entre los credos literarios de ambas épocas.

Fue, ante todas cosas y sobre todo, un sociólogo nato, y la principal preocupación que se manifiesta en toda su obra periodística, fue la didáctica. Vivió y murió por la elevación de la cultura y el mejoramiento social de su patria.

María Luisa Sáenz de la Calzada

BIBLIOGRAFIA

- 1.—Larra Mariano José.—Obras Completas.—Montaner y Simón, editores.—Barcelona 1886.
- 2.—Larra Mariano José (Fígaro).—Obras Completas.—Impreso en Papel Mexicano en la calle de La Palma 4.—México 1845.
- 3.—Larra Mariano José.—Artículos de costumbres.—Clásicos Castellanos.—Espasa Calpe, S. A.—Madrid 1952.
- 4.—Larra Mariano José.—Artículos de crítica literaria y artística.—Clásicos Castellanos.—Espasa Calpe, S. A.—Madrid 1950.
- 5.—Larra Mariano José.—Artículos políticos y sociales.—Clásicos Castellanos.—Espasa Calpe, S. A.—Madrid 1942.
- 6.—Bautista Moreno Rafael.—Larra.—Espasa Calpe, S. A.—Madrid 1951.
- 7.—Burgos Carmen de (Colombine).—Fígaro. (Revelaciones, "ella" descubierta. Epistolario inédito. Numerosos grabados).—Imprenta de "Alrededor del mundo".—Madrid 1919.
- 8.—Larra Fernando José.—Mariano José de Larra. Biografía apasionada del doliente de España.—Editorial Amaltea, S. A.—Barcelona 1944.
- 9.—Nombela y Campos Julio.—Larra (Fígaro).—Autores célebres.—Imprenta particular de la "Última Moda".—Madrid 1906-08.
- 10.—Azorín.—Rivas y Larra.—Colección Austral.—Espasa Calpe, Argentina, S. A.—Buenos Aires-México 1947.
- 11.—Cotarelo Emilio.—Post-Fígaro.—Artículos no coleccionados.—Tomo I.—Tipográfica Renovación.—Madrid 1918.
- 12.—Lomba y Pedraja José.—Mariano José de Larra (Fígaro).—Cuatro estudios que le abordan o le bordean.—Tipografía de Archivos.—Madrid 1936.
- 13.—Lomba y Pedraja José.—Mariano José de Larra (Fígaro), como escritor político.—De "la Lectura".—Madrid 1918.
- 14.—Blanco García Francisco.—La literatura española en el siglo XIX.—Tomo I.—Madrid 1899.
- 15.—Díaz Plaja Guillermo.—Monterde Francisco.—Historia de la literatura española e historia de la literatura mexicana.—Editorial Porrúa, S. A.—México 1955.
- 16.—Díaz Plaja Guillermo.—La poesía lírica española.—Editorial Labor, S. A.—Barcelona 1948.
- 17.—Díaz Plaja Guillermo.—Introducción al estudio del romanticismo español.—Espasa Calpe, S. A.—Madrid 1942.

- 18.—González Blanco Andrés.—Historia de la novela en España desde el romanticismo hasta nuestros días.—Sáenz de Jubera, Hnos., editores.—Madrid 1909.
- 19.—Jiménez - Landi E.—Poesía romántica española.—Colección Cisneros.—Madrid 1943.
- 20.—Lomba y Pedraja José.—Teatro romántico.—Biblioteca literaria del estudiante.—Instituto Escuela.—Madrid 1926.
- 21.—Menéndez y Pelayo Marcelino.—Lope de Vega.—Real Academia de la Lengua.—Cuarta Sección —Tomo X.—Madrid 1899.
- 22.—Montesinos José.—Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX.—Editorial Castalia.—Valencia 1955.
- 23.—Pérez Galdós Benito.—Obras Completas.—Episodios Nacionales.—Tomos I y II.—Aguilar, S. A. de editores.—Madrid 1951.
- 24.—Altamira Rafael.—Manual de Historia de España.—Editorial Sudamericana.—Buenos Aires 1946.

INDICE

Capítulo I.—El romanticismo en España.—José Mariano de Larra. Su tiempo (Situación histórica y literaria. Su vida	pág.	4
Capítulo II.—Primeras producciones de Larra.—Breve mención a su poesía y a la publicación del "Duende Satírico".—"El Pobrecito Hablador" Diferencia con los últimos artículos que escribiera	pág.	17
Capítulo III.—Larra costumbrista. Artículos de tipo político	pág.	34
Capítulo IV.—Artículos de crítica literaria. Larra como pedagogo.	pág.	55
Capítulo V.—"El doncel de Don Enrique el Doliente", una de las pocas novelas del romanticismo español.—Obras teatrales. "Macías".	pág.	74
Bibliografía	pág.	86